

COLECCIÓN **INVESTIGACIONES**

Pablo Ponza y Pablo Sánchez Ceci (compiladores)
Fabiana Martínez, Nerina Filippelli, Gabriel Montali

Derechas, discursos políticos y medios de comunicación en la Argentina actual



**Derechas,
discursos políticos
y medios de
comunicación en la
Argentina actual**

AUTORIDADES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Rector. Mgtr. Jhon Boretto

Vicerrectora. Mgtr. Mariela Marchisio

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

Decana. Dra. Mariela Parisi

Vicedecana. Dra. Fabiana Martínez

Secretaría de Ciencia y Tecnología: Dra. Ileana Ibáñez

Directora del I.E.C.E.T.: Dra. Eugenia Boito

Directora del C.I.Pe.Co.: Dra. Paula Alicia Morales

COMITÉ EDITORIAL ANARCHIVO

Directora: Ileana Ibáñez

Coordinador editorial: Lucas A. Aimar

Coordinadora administrativa: Micaela Arrieta

Asistente administrativa: María Constanza Fariña Hernández

COMITÉ DE REFERATO

Dr. Pablo Requena

Dr. Claudio Lobo

Dra. Patricia Sorribas

Derechas, discursos políticos y medios de comunicación en la Argentina actual

compiladores

PABLO PONZA

PABLO SÁNCHEZ CECI

autores

PABLO PONZA

FABIANA MARTÍNEZ

NERINA FILIPPELLI

GABRIEL MONTALI

PABLO SÁNCHEZ CECI

Derechas, discursos políticos y medios de comunicación en la Argentina actual /
Pablo Ponza ... [et al.]; Compilación de Pablo Ponza ; Pablo Daniel Sánchez Ceci.
-1a ed. - Córdoba : Anarchivo. Editorial de comunicación, cultura y tecnología.
Facultad de Ciencias de la Comunicación, 2024.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-90053-7-0

1. Comunicación Política. 2. Derecha Política. 3. Medios de Comunicación. I. Ponza, Pablo,
comp. II. Sánchez Ceci, Pablo Daniel, comp.
CDD 320.014

Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Ciencias de la Comunicación
Anarchivo. Editorial de cultura, tecnología y comunicación
Bv. Enrique Barros esq. | Los Nogales Ciudad Universitaria | 5000 | Córdoba | Argentina
Tel. +54 351 5353680
www.fcc.unc.edu.ar | anarchivo.fcc.unc.edu.ar | editoralanarchivo@fcc.unc.edu.ar

Dirección de la colección: Paula Morales, Pablo Requena y Katrina Salguero Myers
Edición y corrección: Gabriel Giannone
Diseño y composición: Gabriel Giannone
Diseño de cubierta: Lucas Aimar, sobre diseño original de Rafael Caminos.
Imagen de portada creada utilizando Adobe Firefly (2024).

agosto, 2024
Editado en Argentina



Creative Commons - Reconocimiento-NoComercial-SinDerivados 4.0
Licencia Pública Internacional • CC BY-NC-ND 4.0

Usted es libre de: *Compartir* ▷ copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
Bajo las siguientes condiciones: *Reconocimiento* ▷ Debe reconocer adecuadamente la autoría,
proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. *NoComercial* ▷ No puede
utilizar el material para una finalidad comercial. *SinObraDerivada* ▷ Si transforma o crea a partir
del material, no puede difundir el material modificado.

Contenido

- 7 Prólogo
Pablo Ponza y Pablo Sánchez Ceci
- 9 Introducción. Sobre las derechas, los discursos y los medios
en el debate científico actual
Pablo Ponza y Pablo Sánchez Ceci
- 19 Las derechas argentinas en el siglo XXI
Pablo Ponza
- 49 Transformaciones del discurso social: lenguajes de derecha
en contexto de pandemia
Fabiana Martínez
- 81 En el nombre del Cambio: hospitalidad y sacrificio
en la escena política argentina
Nerina Filippelli
- 113 Infiltrados, perversos y manipuladores: figuras de la enemistad
y postulados supremacistas en las obras de Osiris Villegas
y Agustín Laje
Gabriel Montali
- 145 Las fibras del odio: venganza, vergüenza y victimización
Pablo Sánchez Ceci

Prólogo

PABLO PONZA Y PABLO SÁNCHEZ CECI

La idea de publicar este libro nació en torno a una pregunta de estricta actualidad para la agenda política, mediática y científica actual: ¿cómo analizar, comprender y explicar el ascenso de las expresiones de derecha en la Argentina actual? A propósito de dicho interrogante, este libro propone un acceso transversal al tema en base a cuatro dimensiones de análisis que subyacen a la emergencia y paulatina radicalización del campo de las derechas, nos referimos a la dimensión histórica, la cultural, la discursiva y la mediática. Asimismo, el origen de este libro se remonta a un conversatorio realizado el miércoles 24 de agosto del 2022 en la Biblioteca de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), titulado: “El ascenso de las derechas: discursos y medios de comunicación”. Una actividad científica organizada por los equipos de investigación “Estudio comparativo de prensa gráfica: diarios, revistas y publicaciones político-culturales argentinas de la segunda mitad del siglo ~~XX~~ a la actualidad” y “Discursividades políticas y mediáticas contemporáneas: dominancias y resistencias” dirigidos, respectivamente, por el Dr. Pablo Ponza y la Dra. Fabiana Martínez; donde participaron también el Dr. Gabriel Montali, el Lic. Pablo Sánchez Ceci y la Lic. Nerina Filippelli.

Durante esa actividad los miembros de ambos grupos enfocamos nuestras disertaciones sobre distintos asuntos, entre ellos, el desempeño y trayectoria del liberal conservadurismo republicano y el nacionalismo

reaccionario en la mediana duración. Sobre las líneas de continuidad y ruptura que muestra la literatura de nuevos referentes intelectuales como Agustín Laje o Nicolás Márquez. Sobre las novedades que presentan los lenguajes y discursos de las llamadas *nuevas derechas*, así como la transformación y fortalecimiento que registran sus tópicos e ideologemas en contextos de pre y postpandemia. También intercambiamos opiniones e intuiciones sobre la naturaleza del fenómeno libertario y las características del liderazgo de figuras como Javier Milei, entre otros temas. Si bien el conversatorio tenía como destinatarios a los distintos claustros de la comunidad universitaria: estudiantes, egresados, docentes-investigadores y no-docentes, al evento asistieron fundamentalmente simpatizantes y militantes de la Libertad Avanza y Avanza Libertad que, sin ánimos de boicotear la actividad, participaron, debatieron y defendieron sus concepciones e ideas en un clima de respeto y tolerancia. De esa presencia –para nosotros inesperada–, surgieron también algunos interrogantes que nos invitaron a reflexionar sobre el origen, naturaleza e intereses de ese público en particular. Sin ponderar la calidad argumentativa del debate plenario que precedió el final de la actividad, cabe destacar que las intervenciones de los asistentes fortalecieron nuestra convicción sobre la importancia que tiene para la universidad pública en general, y las ciencias sociales y humanidades en especial, que se ofrezcan instancias de acceso abierto, democrático para un intercambio plural que fortalezca la producción y acumulación de conocimiento.

Tras aquella experiencia y luego de un año de elaboración detenida y un proceso de evaluación a doble ciego, se compilan aquí aquellas intervenciones, convertidas hoy en cinco capítulos –cinco estudios de carácter específico precedidos por una introducción– cuya disposición propone una lectura sugerida de general a particular. Como resultado de la colaboración de ambos equipos –uno consolidado en el campo de la investigación histórica y la producción político-cultural de las figuras intelectuales del siglo XX, y otro en la discursividad política y mediática de la contemporaneidad–, ofrecemos en este libro una mirada crítica, desenfadada y compleja sobre una serie de casos que muestran el carácter histórico y a la vez contingente de los fenómenos del presente.

Introducción

Sobre las derechas, los discursos y los medios en el debate científico actual

PABLO PONZA Y PABLO SÁNCHEZ CECI

Antes de dar paso a una breve síntesis de cuál es el estado del debate científico actual, quisiéramos hacer cuatro breves consideraciones que contextualicen y clarifiquen nuestro enfoque. En primer término, aclarar de qué hablamos cuando hablamos de derechas. En segundo lugar, cómo entendemos el vínculo entre sociedad y medios de comunicación en general. En tercer lugar, qué clase de precauciones tomamos para analizar las articulaciones entre medios digitales y discursos políticos contemporáneos. Y, en cuarto y último lugar, qué novedades incorporan las llamadas *nuevas derechas* como fenómenos socio-culturales y políticos, y qué efectos tienen sus intervenciones en los medios de comunicación digitales.

En primer lugar, cabe indicar que, como todo espacio socio-político, ideológico y cultural, las derechas configuran un campo heterogéneo de sujetos y formaciones con puntos de contacto y fuga que pueden ser explorados desde diferentes ángulos o entradas. En este sentido, al igual que Shuttemberg (2018) no consideramos que derechas e izquierdas sean conceptos absolutos ni que constituyan una identidad esencial dentro del universo de las expresiones ideológicas, sino más bien se trata de configuraciones históricas y discursivas contingentes y cambiantes que

consignan una trama interior con texturas diversas, que van desde versiones radicalizadas antiliberales, antidemocráticas, racistas y xenófobas; pasando por nacionalistas-reaccionarios y nativistas; hasta formaciones más moderadas inscriptas genéricamente en el liberal conservadurismo republicano. En otras palabras, como indica Bohoslavsky (2023), las élites, sean de raigambre liberal conservadora o nacionalista reaccionaria, se expresan en ofertas políticas de derecha cuyo dato distintivo es la utilización de lenguajes y la asunción de identidades que aceptan o toleran las jerarquías y las desigualdades. Dichas ofertas políticas se muestran mayormente refractarias a debatir agendas públicas que introduzcan transformaciones, sea para la incorporación de reivindicaciones y/o derechos, como para el reconocimiento de minorías.

En segundo lugar, creemos que los medios de comunicación se han convertido en el escenario predilecto donde se despliegan los discursos más extendidos de lo político para las grandes audiencias y, por lo tanto, además de haberse transformado en actores y protagonistas centrales de buena parte de las disputas por el perfil de las subjetividades políticas, ideológicas y culturales, son también un espacio de socialización colectiva donde diversas comunidades con discursos de carácter particular disputan la centralidad de la escena con el afán o la aspiración de que sus propios ideales adopten carácter de totalidad (Mouffe, 2012).

En tercer lugar, si bien el escenario mediático no es autónomo, creemos que dispone de capacidades crecientes para establecer preferencias en cuanto a canales y modalidades de interlocución e intercambio, así como para imponer ciertas condiciones de enunciación e interpretación de discursos políticos. En este sentido y en cuanto a los medios digitales en particular, sabemos que en la actualidad desempeñan un rol estratégico y que, a diferencia de los medios de comunicación tradicionales (con emisiones masivas y unidireccionales) orientan sus estímulos en base a un recorte y una estratificación socio-económica, socio-cultural y etaria específica, con fuertes efectos de segregación y hermetismo por nicho o comunidad. Por ello a la hora de analizar los discursos que circulan por entornos virtuales queremos subrayar la importancia de tomar dos precauciones, una circumscripta a la producción de discursos y la otra ubicada en la órbita de la recepción. En cuanto a la primera, como señala Becerra (2017), la concentración empresarial condiciona

las intervenciones discursivas, pues el poder financiero-comercial sesga e inclina la orientación de los enunciadores. La segunda precaución se debate en el amplio y diverso universo de la recepción social, donde es factible medir qué impactos tienen en los públicos los diferentes discursos. Si bien el rápido desarrollo de las tecnologías de la comunicación y el paulatino trasvase desde entornos convencionales a virtuales ha provocado un fenómeno de transformación cognitiva con diferentes temporalidades en la recepción; en la ciudad de Córdoba hemos comprobado (Martínez y Ponza, 2022), por un lado, cómo la veloz transformación de las tecnologías se combina con lentes temporalidades en cuanto a usos sociales. Y, por otro, que el impacto en la configuración de una percepción mediatizada de la realidad es heterogéneo y que no sólo está asociado a los tiempos de penetración del mundo digital, sino también a una paulatina aceptación de los entornos virtuales por parte de públicos diversos, territorial, ideológica y culturalmente situados.

En cuarto y último lugar, queremos hacer mención a un aspecto creativo, vinculado no sólo a la novedad de un libro que incorpora las nuevas derechas como fenómenos socio-culturales y políticos de actualidad, sino también a las interacciones cognitivas y psico-afectivas que han logrado introducir a través de las nuevas tecnologías de la comunicación. Como indican Cingolani y Fernández (2019), cuando se trata de analizar discursos políticos deliberadamente dispuestos para ser mediatizados hay que considerar su implementación como “dispositivos de escenificación” (p. 96), esto significa que es pertinente pensarlos como formas de intervención pública en regímenes de visibilidad previamente determinados. Como veremos más abajo, la dimensión simbólica del discurso político incluye una puesta en escena que se materializa en canales comunicacionales, pero también en cuerpos, imágenes, espacios y operadores relacionales. Es decir, las modalidades enunciativas que escenifican la palabra se elaboran de modos específicos que pueden ser identificados y analizados. Son los impactos en la dimensión afectiva de la enunciación política la que convoca buena parte de nuestra interrogación, pues las emociones aparecen inscriptas allí como un objeto a problematizar. En tal sentido, repertorios narrativos como el racismo, la misoginia o la homofobia funcionan como vértebras estructurantes de ciertas gramáticas afectivas que catalizan lo que Butler (1997) denomina lenguajes de

odio. La proliferación del insulto, la voluntad de censurar o violentar físicamente una alteridad se han vuelto parte de un vocabulario político normalizado por las democracias occidentales en general y en la Argentina en particular, donde observamos una rápida expansión de estos lenguajes frecuentemente acompañados por manifestaciones en el espacio público y una *doxa* mediática que pone en tensión los sentidos alrededor de la legitimidad o el valor de la política, la pluralidad y la democracia; sólo por mencionar algunos ejemplos que convocan nuestra preocupación. En dicho contexto el giro afectivo propuesto por Sara Ahmed (2015) nos ha permitido elaborar una caracterización de las emociones como instancia performativa, material, social y cultural que excede lo puramente psicológico, privado o íntimo; y las considera políticas culturales que apuestan deliberadamente a un tipo de construcción e imagen del mundo social.

Una vez aclarado nuestro enfoque, y sin pretensiones de desarrollar un exhaustivo y pormenorizado estado del arte, a continuación, presentaremos un breve resumen de las investigaciones de referencia sobre las derechas, sus discursos y los medios de comunicación en la Argentina actual. De este modo intentaremos, por un lado, reconocer los principales interrogantes sobre el tema y, por otro, dar cuenta de las vacancias o los vacíos existentes. Y señalar a dónde se dirigen nuestros aportes. En los últimos años las expresiones de derecha han sido interrogadas desde diversos ángulos y disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades, en especial desde la historia, la sociología y las ciencias políticas. Los estudios pioneros –publicados en los primeros años del siglo XXI– se concentraron mayormente en algunas expresiones ideológicas y doctrinarias que tuvieron lugar durante el siglo XX. Los interrogantes que guiaron dichos estudios buscaron determinar características y procedencias, temas de interés, zonas de incitación teórica y doctrinaria, así como identificar qué acervos socio culturales operaron como aglutinantes de sus perspectivas y proyectos políticos. Podemos mencionar por caso los trabajos de Funes (2006), Morresi (2010), Vicente (2015), Besoky (2016), Losada (2017) y Galván (2019), que desde claves eminentemente historiográficas hicieron significativos aportes al análisis de las distintas corrientes y formaciones de escala nacional, en especial la liberal conservadora republicana y la nacionalista católica no peronista. Asimismo, con una perspectiva comparada de nivel regional sobresalen los estudios de McGee Deutsch

(2005), Bohoslavskyy Lvovich (2009), así como los de Echeverría (2010) y Rostica (2021), donde se destacan también una serie de estudios preocupados por el desempeño y la trayectoria de algunos colectivos intelectuales, de expertos, de fundaciones, organizaciones, *think tanks* y/o movimientos religiosos con vinculación regional, como es el caso de los trabajos de Soler y Giordano (2016) y Soler, Giordano y Saferstein (2018).

No obstante, el llamado *giro a la derecha*, es decir, la aparición y emergencia de fenómenos de gran repercusión a nivel internacional –como los casos de Trump en Estados Unidos o Bolsonaro en Brasil, por ejemplo– orientaron las preguntas de investigación hacia aquellos rasgos específicos que permitieran desentrañar las singularidades de las formaciones emergentes en nuestro país, así como determinar si consignan alguna clase de innovación ideológica y/o discursiva a la hora de interpelar a la sociedad. Uno de los accesos más productivos fue el estudio de las fundaciones y los *think tanks*, su rol en la captación de simpatizantes y/o adherentes, la conformación de redes de socialización y movilización, su participación en el diseño de estrategias electorales y la consolidación de alianzas políticas. En este apartado, se destacan los aportes de Morresi y Vommaro (2015), quienes han trabajado sobre la identidad y el proceso de socialización del PRO, así como sobre la performance político-partidaria e institucional que tuvo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) entre 2007 y 2015, y luego entre 2015 y 2019 en las presidenciales, ya bajo el sello Alianza Cambiemos. Familiarizados o en diálogo con este tema podemos mencionar también los trabajos de Gomes, Bohoslavskyy Broquetas (2018), o los estudios de Gallo (2008), Faire (2012), Morresi (2016) y García Delgado (2016), que abordan otras formas de organización colectiva. Otros estudios de índole más sociológica son los de Grandinetti (2016) y Vommaro (2016 y 2017), que han explorado los modos de sensibilización y politización de algunos estamentos de clase alta y media alta de Buenos Aires. En esta misma tónica, Gessaggi (2016) ofrece un acercamiento a las características específicas de algunos circuitos educativos de clase alta y media alta de Buenos Aires, una órbita que también es analizada por Vázquez, Rocca Rivarola y Cozachcow (2016), Grandinetti (2019) o Kessler y Vommaro (2019) cuando se refieren a las nuevas formas de militancia juvenil por estamentos de clase. Por último, Goldentul y Saferstein (2020) se preguntan por

la relación entre libros y cultura política de derechas, a partir del análisis de la producción, circulación y redes de difusión de libros.

Otro acceso interesante es el propuesto por Canelo y Castellani (2016), Castellani y Motta (2017 y 2020), Castellani y Dossi (2021), que han investigado los vínculos existentes entre las élites económico-empresariales y los nuevos funcionarios estatales, a propósito de lo que consideran una paulatina captura y penetración de las corporaciones sobre los cuadros técnicos que planifican y ejecutan políticas públicas. En este mismo apartado, pero desde un enfoque territorialmente situado en Córdoba, cabe mencionar los trabajos de Garín y Morales (2016), Fantín y Schuster (2011), Baudino (2004) y Ramírez (1999), que analizan diversas formas de subjetividad empresarial y el surgimiento de nuevas agencias neoliberales. Dichas investigaciones se concentran en categorías analíticas como “la puerta giratoria” y la “colonización del entramado estatal”, que no remiten a otra cosa que a la creciente incidencia y/o permeabilidad de las demandas del sector empresarial sobre los cuadros ejecutores de las políticas públicas. En este sentido, el poder de los expertos o el rol de los saberes y conocimientos de los especialistas técnicos tiene en Córdoba una organización por anotonmasia: la *Fundación Mediterránea*, no sólo como formadora de cuadros económicos medios y altos desde la última dictadura militar hasta la actualidad, sino como núcleo neurálgico de influencia y lobby para colocarlos en las esferas gubernamentales claves para sus intereses.

En cuanto a las derechas contemporáneas y la dimensión discursiva, los estudios se concentran mayormente en tres escuelas: la nórdica de la mediatización, que propone un abordaje interdisciplinario. La de Toronto, vinculada a la ecología intercultural con una paradigma sistémico y cognitivista. Y la escuela socio-semiótica representada por Verón, que en su última etapa reactualizó sus lecturas en base a la sociología de Luhmann. Específicamente en cuanto a las investigaciones de la escuela veroniana, consideramos significativos los aportes de Cingolani (2017), Barreneche (2022), Slimovich (2022), Fernández (2017), Busso (2017), Carlón (2020), por ejemplo, que han trabajado sobre la mediatización de la política moderna, la extensión de la lógica del mercado, la fragmentación de lo social y la incidencia de los medios audiovisuales en la constitución de identidades políticas, hecho que ha permitido ampliar los

registros semióticos. Dicha ampliación consigna la novedad de introducir al cuerpo como materialidad significante, la declinación de lo simbólico sobre lo indicial y lo icónico, a partir de una puesta en escena mediática que altera las modalidades tradicionales. Si bien las investigaciones – tanto desde las teorías de la mediatización socio-semiótica, como desde el análisis del discurso – han realizado aportes en torno al peronismo y en menor medida al macrismo, advertimos que hasta aquí las agendas de investigación se han preocupado más por los oficialismos y las formaciones políticas predominantes, que por otras complejidades simbólicas minoritarias más novedosas hacia el interior del campo de las derechas.

Otros estudios atentos a la dimensión discursiva y a los modos de reposición y resignificación de una cosmovisión neoliberal, que parece haber recobrado ímpetu en los últimos años, circunscriben sus definiciones conceptuales a un régimen de existencia de lo social que estaría sustentado por un tipo de gubernamentalidad basada en las lógicas del mérito, el lucro, el consumismo y la mercantilización de la subjetividad e incluso de la propia existencia. Queremos mencionar aquí los trabajos de Gago (2014), Sztulwark (2019) y el de Gallo (2003), que describen la emergencia de una discursividad cuya retórica antipolítica supone el establecimiento de un orden desideologizado. Asimismo, tal como indican Catanzaro (2019) o Etkin (2021), dicho orden estaría vinculado al desempeño y los programas políticos de las *think tanks*, cuyo despliegue argumental integra componentes sacrificiales, punitivistas y emprendeduristas. Por último, queremos mencionar los estudios de Barros y Quintana (2019) y Biglieri (2020), que analizan una suerte de negación radical de las alteridades políticas – como sucede, por ejemplo, con el populismo – que se ha convertido en un vector estructurante de una identidad que, según dichos autores, ha llegado a una suerte de “goce narcisista mortífero” tal, capaz de erigirse ya como un tipo de sensibilidad plenamente extendido. En el caso argentino, con frecuencia dicha sensibilidad se expresa como un proyecto *deskirchnerizador* que, para Barros (2021), busca disputar y oponer, entre otras cosas, el paradigma de derechos humanos oficial oponiéndole uno alternativo.

Con respecto a los medios de comunicación y su vínculo con las derechas argentinas, las investigaciones muestran un carácter disciplinariamente más híbrido, con distintos aportes desde el ámbito de la

comunicación política, el periodismo, la historia intelectual y la historia de los medios (en especial, los gráficos). Las inquietudes de estos estudios se han enfocado, primero, en historizar y describir las líneas editoriales y el desempeño empresarial de los principales diarios de tirada nacional. Segundo, en identificar las transformaciones y el impacto de los procesos de digitalización en las disputas por la construcción de sentidos. Y, tercero, en los rasgos distintivos y las novedades en cuanto a las formas de intervención pública de las derechas más radicalizadas. En orden de aparición cronológica, se destacan investigaciones sobre las líneas editoriales, las ideas políticas y el desempeño empresarial de diarios tradicionales de gran tirada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX como, por ejemplo, los de Sidicaro (1993), Borrelli (2011 y 2016), Sivack (2015) y Díaz (2016), entre otros. Trabajos que analizan la actuación de *La Nación*, *Clarín*, *El Día* o *Buenos Aires Herald* durante la última dictadura militar y el proceso de transición a la democracia en adelante. Por su parte, los estudios de Minutella y Álvarez (2019), Burkart (2020) o Raíces (2020) analizan la trayectoria de algunos periodistas, editores y revistas comerciales de menor escala entre 1980-1990.

Ubicados ya en casos acaecidos en el siglo XXI, se registran valiosos aportes en cuanto a los efectos del proceso de convergencia tecnológica y concentración empresarial oligopólica de grandes multimedios a escala internacional y regional, como es el caso del trabajo de De Moraes, Ramonet y Serrano (2013), que para el caso específicamente argentino consigna significativos aportes de Maestrini y Becerra (2017), Becerra (2019) o Waisbord (2019). Por su parte, Quevedoy Ramírez (2021) se han concentrado en el proceso de polarización política y el rol de los medios de comunicación en la Argentina de estos últimos años. En cuanto a políticas de comunicación e industrias culturales, cabe destacar los aportes de Maestrini, De Charras y Bizberge (2013), Monje (2018) o Segura (2022), entre otros. Sobre la concurrencia y superposición de intereses entre desarrolladores tecnológicos y empresas info-comunicacionales digitales con efectos nocivos para la pluralidad de voces y la calidad democrática tenemos los de Nicolosi (2014), Goldstein y Bizberge (2014) o Ponza (2020 y 2021). Por último, cabe mencionar los aportes de Schuttenberg y Vicente (2021), Schuttenberg (2021), Stefanoni (2021), Schuttenberg y Retamozo (2022), preocupados por analizar el devenir

de las derechas contemporáneas y su desempeño respecto de algunos medios de comunicación en la escena política actual.

Teniendo en cuenta lo expuesto, el primer capítulo de este libro está a cargo de Pablo Ponza, quien elabora una síntesis de la trayectoria de las derechas argentinas a lo largo del siglo XXI. La hipótesis del trabajo postula que, en un contexto de polarización creciente, entre 2003 y 2023 se produjo un tránsito paulatino desde una hegemonía relativa de centroizquierda hacia una preeminencia de proyectos prehegemónicos de centroderecha, cuya tendencia muestra una significativa aceleración desde fines de 2019 en adelante. El texto de Ponza propone una línea interpretativa que divide este proceso de maduración en cuatro subetapas: 1) 2003-2007 la de la *dispersión orgánica*; 2) 2007-2015 la *socialización integrada*; 3) 2015-2019 la *institucionalización fallida*; y 4) 2019-2023 la *radicalización centrífuga*. El texto se detiene en la lenta temporalidad que da lugar a la configuración de los bloques históricos, al tiempo que ofrece una taxonomía de las diferencias, afinidades, porosidades y vasos comunicantes dentro de la diversa trama de actores y expresiones políticas del campo de las derechas.

El segundo capítulo, a cargo de Fabiana Martínez, consiste en un análisis socio-semiótico de las transformaciones del discurso social a partir de la llegada del Covid-19 y durante el año 2020. La autora trama su análisis siguiendo, centralmente, tres significantes: mercado, odio y sacrificio, en un escenario de disputa por la gestión de la pandemia entre el oficialismo y las fuerzas políticas opositoras de derecha. El texto indaga sobre la configuración de sus lenguajes a partir de una reconstrucción de los lazos de continuidad con un imaginario neoliberal existente que logró cierta hegemonía durante la gestión de la alianza Cambiemos. El análisis de las marchas anticuarentena que realiza Martínez describen el arsenal semiótico de una discursividad social que cuestiona la legitimidad, no sólo de las decisiones gubernamentales en un contexto de emergencia sanitaria, sino también de ciertos significantes alrededor de la idea de democracia, litigando y ampliando el rango de lo decible a partir de la pandemia de Covid-19.

Desde una perspectiva afín al capítulo precedente, el trabajo de Nerina Filippelli se dedica a analizar la comunicación política electoral del macrismo, para rastrear la configuración de escenas de hospitalidad

y sacrificios como dos nodos centrales del imaginario social del neoliberalismo sobre los que se sostienen las formaciones discursivas de las nuevas derechas. A partir de estas reflexiones la autora toca una serie de temas (el cuerpo, el liderazgo, el contacto entre un candidato y el pueblo, el lazo social) que ocupan la centralidad de los debates sobre la política en una época signada por una discursividad mediatizada.

Por su parte, el texto de Gabriel Montali propone un análisis comparativo que busca establecer continuidades y rupturas en las formas de construcción de la alteridad político-ideológica en las obras de Osiris Villegas y Agustín Laje, dos referentes intelectuales de relevancia dentro del campo de las derechas argentinas entre la segunda mitad del siglo ~~XX~~ y la actualidad. Montali parte de una doble hipótesis; primero, que ambos definen al campo cultural como espacio clave para la articulación de una estrategia de defensa del *status quo* cristiano, occidental, capitalista; y segundo, que dicha estrategia apela a la confección de un enemigo en común en tanto recurso de interpelación y cohesión ideológica de sus lectores. En ese sentido, aunque sus obras difieren en cuanto a la caracterización de esa figura y en cuanto al papel que asignan a las Fuerzas Armadas en un marco de conflictos, coinciden en lo que aquí consideramos esencial: la representación del enemigo como una amenaza para la subsistencia de la nación y, junto a ello, el desarrollo de perspectivas supremacistas en torno al capitalismo y el cristianismo.

Por último, el texto de Pablo Sánchez Ceci propone una lectura crítica sobre las emociones en el discurso de las nuevas derechas, a partir de una articulación teórica del giro afectivo con la socio-semiótica. La hipótesis de Sánchez Ceci sostiene una interpretación de tres afectos: la venganza, la vergüenza y la victimización como modulaciones heterogéneas que pueden asumir los discursos de odio. La semiosis del odio no se limita al insulto o la retórica peyorativa, sino que también deja huellas en las *performances* en el espacio público, como en las guillotinas y las bolsas de cadáveres que caracterizaron cierta escenografía de marchas recientes conducidas por identidades políticas de derecha. Por otro lado, esta tópica enardecida se vincula a una subjetividad dañada o melancólica que añora un pasado perdido, por lo cual el odio de las nuevas derechas se interpreta como consecuencia de una tristeza política a la que busca articular una respuesta.

Las derechas argentinas en el siglo ~~XXI~~

PABLO PONZA

Introducción

En los veintitrés años que llevamos recorridos del siglo ~~XXI~~ la dinámica política argentina ha estado dominada por la confrontación entre dos bloques prehegemónicos de poder¹ no homogéneos, cuyo ordenamiento político electoral eminentemente coalicional fue incrementando paulatinamente su virulencia y polarización. Con frecuencia, dicha polarización ha sido explicada a través del par binario kirchnerismo/antikirchnerismo (Barros, 2021; Quevedo y Ramírez, 2021; entre otros) en tanto expresiones antinómicas que, según Kessler y Vommaro (2021), fueron concentrado sus contrastes alrededor de tres grandes tópicos. En primer lugar, el distributivo: la economía y la relación entre

¹ Entendemos por bloques prehegemónicos de poder al conjunto de actores que pujan por imponer una dirección política para la sociedad civil y las actividades del Estado (Gramsci, 2004). Dicho bloque estaría compuesto por la combinación entre estructura y superestructura, es decir, –respectivamente– por el conjunto de relaciones sociales y fuerzas materiales de producción, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas e ideológicas a través de las cuales los hombres adquieren conciencia. La hegemonía es siempre relativa y contingente, y se alcanzaría cuando uno de los bloques se torna dominante, logra una dirección política estable y es capaz de imponer o consensuar por distintas vías su concepción del mundo, sus valores y sus intereses particulares.

Estado y mercado. En segundo lugar, el cultural-moral: las concepciones de familia, las preferencias sexuales, los derechos de género y reproductivos (divorcio, feminismos, aborto, matrimonio igualitario, educación sexual, etc.), una agenda a la que nosotros añadimos las políticas de derechos humanos. Y, en tercer término, el social: el lugar de los inmigrantes en la sociedad argentina, un tópico al que nosotros agregamos el de la seguridad ciudadana.²

En 2017 Pucciarelli y Castellani publicaron *Los años de kirchnerismo*, donde propusieron un diagnóstico político general del período distinguiendo dos grandes momentos o etapas en su desarrollo. La primera, de 2003 a 2008, caracterizada por una lucha por la hegemonía inclinada a favor del peronismo kirchnerista, en tanto proyecto nacional popular democrático compuesto por una voluntad colectiva, cuyo sistema de representación ideológica, político-institucional y de intervención social se identificó con una visión de centroizquierda, receptiva en cuanto a la ampliación de derechos sociales-culturales, y un modelo de Estado que buscó mediar los vínculos entre capital y fuerza de trabajo. Según esta interpretación, la llamada crisis del campo en 2008 habría marcado el inicio de una segunda etapa, pues se trató de un conflicto que congregó un conjunto de actores –política y geográficamente dispersos– que a partir de allí lograron coordinar un espacio de representación liberal conservador republicano electoralmente competitivo, que permitió entre 2015 y 2019 que Mauricio Macri y la alianza *Cambemos* ocupe la presidencia de la nación. Es decir, para Pucciarelli y Castellani (2017) el conflicto con el campo habría marcado el paso desde una hegemonía relativa de centroizquierda, a una hegemonía escindida con la centroderecha. Dicha escisión habría equiparado fuerzas e impedido que uno de los espacios logre imponer su dominio sobre el otro, imposibilitando también la consolidación de un núcleo de producción de discursos y/o representaciones lo suficientemente estable y persuasivo para establecer consensos mayoritarios sobre cuál debe ser la naturaleza, la dinámica y la orientación del modelo económico, social, político y cultural del país.

² Para Kessler y Vommaro (2021) la sociedad argentina parece polarizada principalmente en torno a los conflictos económico-distributivo y cultural-moral sobre la base de un consenso democrático sólido y una identidad nacional asociada al “orgullo de ser argentino”.

En este artículo, como novedad, hipótesis de trabajo y guía de lectura, creemos oportuno introducir dos nuevos elementos a dicho diagnóstico. En primer lugar, consideramos que desde 2017 en adelante el proceso de acumulación de las expresiones de derechas siguió en ascenso, especialmente desde la pandemia Covid-19 en adelante, momento a partir del cual incrementó su aceleración y presencia, transformando el cuadro de hegemonía escindida descripta por Pucciarelli y Castellani (2017) en un escenario que, a nuestro juicio, se inclina ahora tendencialmente a favor de proyectos liberales conservadores republicanos. Esto es, liberales, en tanto corrientes de pensamiento que da centralidad a la libertad de los individuos en sentido limitado –como ausencia de trabas o impedimentos deliberados a la acción individual–; y una concepción de Estado mínimo en cuanto a sus dimensiones y capacidades de regulación e intervención sobre el mercado.³ Conservadores, por su visión jerárquica, tradicionalista, meritocrática y desigualadora, tanto en el plano socio-cultural-moral como en el económico distributivo. Y republicanos, en tanto conceptualizan el gobierno de las instituciones públicas a través de rutinas y procedimientos reglados, y la igualdad de los ciudadanos sólo ante los ojos de la ley.⁴

³ Cabe aclarar que el neoliberalismo es una teoría político-económica que retoma la doctrina del liberalismo clásico, pero la inscribe dentro del esquema capitalista moderno bajo principios más radicales y premisas como la eficiencia, la reducción del gasto social, la libre competencia, el desarrollo de las grandes corporaciones y el debilitamiento de los sindicatos. Según Morresi y Vicente (2019), liberalismo no es lo mismo que neoliberalismo y, al contrario de lo que se suele suponer, el neoliberalismo no tendría sencillamente la voluntad de achicar el Estado, sino de reorientarlo a una mercantilización tecnocrática y despolitizada, entendida esta como la ausencia de polémicas político-ideológicas alrededor del proceso de acumulación económica. El neoliberalismo supone, además, la búsqueda deliberada de cierto nivel de desigualdad que sería necesario para generar una competencia que redunde en crecimiento y posterior rebalse.

⁴ Para Ernesto Bohoslavsky (2023) las élites, sean de raigambre liberal conservadora o nacionalista reaccionaria, se expresan en ofertas políticas de derecha que utilizan lenguajes y asumen identidades que aceptan o toleran las jerarquías y las desigualdades. Son mayormente refractarias a debatir agendas públicas que introduzcan transformaciones, sea para la incorporación de reivindicaciones y/o derechos, como para el reconocimiento de minorías. Para Mauricio Shuttemberg (2018) derecha e izquierda no son conceptos absolutos ni constituyen identidades esenciales dentro del universo político, se trata más bien de construcciones históricas que ponen en juego distintas experiencias políticas e ideológicas que van haciendo a su configuración identitaria.

La segunda novedad que añade nuestra interpretación consiste en que el ascenso de las derechas consigna un proceso de maduración que describiremos en cuatro subetapas (y no solamente en dos): 1) 2003-2007 la de la *dispersión orgánica*; 2) 2007-2015 la de la *socialización integrada*; 3) 2015-2019 la de la *institucionalización fallida*; y 4) 2019-2023 la de la *radicalización centrífuga*. Dicha periodización busca caracterizar no sólo la trayectoria de las derechas en la larga y mediana duración, sino también graficar su estado de desarrollo actual. En el último apartado del texto nos detendremos especialmente en algunos aspectos de la fórmula Milei-Villarruel, una dupla novedosa por radicalizada, que repone y mixta expresiones neoliberales conservadoras con nacionalistas reaccionarios, que se han mostrado capaces de desplazar tanto la frontera de lo decible como el tono de lo audible.

En este punto es oportuno destacar la historicidad que reviste nuestra perspectiva y la importancia que brindamos a la inscripción de singularidades en el análisis de las temporalidades. Siguiendo a Douet (2020), consideramos que los procesos históricos no deben ser analizados como una sucesión de hechos compactos sino como una red de texturas contingentes que expresan el estado de las relaciones sociales en las que los seres humanos reales viven y actúan. Sin embargo, observar y discernir las transformaciones, los cambios y las continuidades que consignan los escenarios y los actores a lo largo del tiempo requiere identificar el advenimiento de fenómenos o acontecimientos no ocasionales que nos permitan determinar cuáles son las novedades que consignan las experiencias actuales respecto de las experiencias pasadas, en virtud de modular unidades temporales cuyas afinidades o diferencias expresen y registren los signos distintivos de cada época, etapa o subetapa histórica.

Si bien una novedad histórica no puede ser extraída y analizada aisladamente de aquellos componentes objetivos y subjetivos que la hacen posible y que la integran al continuo cultural, social, político e ideológico en el que se inscriben; por razones expositivas y metodológicas proponemos aquí un recorte temporal arbitrario e imperfecto basado, por un lado, en el calendario político-electoral reglado y, por otro, en algunos hechos paradigmáticos que vienen siendo tematizados por el debate científico-académico y periodístico de los últimos años. Por ello, las dos

principales fuentes utilizadas en nuestras reflexiones son, en primer término, la literatura sociológica, politológica e histórica especializada. Y, en segundo lugar, las editoriales y notas de opinión política de los diarios *Clarín*, *La Nación* y *La Voz del Interior* en sus versiones digitales. El criterio de selección de estos medios de comunicación responde a que son tres de los diez diarios más visitados y con mayor permanencia de visionado de nuestro país (segundo, tercero y séptimo respectivamente), con una burbuja promedio entre 48 y 64 minutos de visitas mensuales en el caso de *Clarín.com* y *Lanacion.com.ar*, y una burbuja de entre 18 y 25 minutos mensuales para el caso de *Lavoz.com.ar*; según cifras de Comscore (2021a; 2021b), una compañía que mide y monitorea audiencias digitales argentinas a través de una metodología unificada que involucra datos de panel y datos censales vía etiquetado de sitios y/o apps de medios informativos. Por último, cabe indicar que nuestra lectura toma en consideración principalmente tres dimensiones: A) la política: los políticos y las características de sus liderazgos e intervenciones públicas; B) la cultural, entendida aquí como el ejercicio de las concepciones y las ideas que conectan causas con efectos en la construcción de significaciones morales; y C) la comunicacional, la discursiva, la que atiende el lenguaje, los medios y sus formas de nombrar, narrar y describir las realidades que acontecen.

La dispersión orgánica

La subetapa que va de 2003 a 2007 estuvo caracterizada por una *dispersión orgánica* de las formaciones partidarias de derecha que, desde el gobierno de Raúl Alfonsín (1983) hasta la caída del gobierno de Fernando De La Rúa (2001), no mostró liderazgos ni conducciones partidarias electoralmente competitivas a nivel nacional. Tal como indican Morresi, Saferstein y Vicente (2021a; 2021b), durante los dieciocho años que van desde el retorno a la democracia al estallido de la crisis de 2001, las dos principales corrientes de la derecha argentina –en primer lugar, los liberales conservadores republicanos y, en segundo término, los nacionalistas reaccionarios– no mostraron repertorios de acción conjunta en el espacio público. Sin embargo, a partir de diciembre de 2001, con el corralito como

medida aglomerante, miles de personas salieron a las calles bajo el lema “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Dicha reacción espontánea y policiasista no sólo expresó un hartazgo general frente a la crisis económica y la falta de respuestas a los reclamos sociales que proliferaban en todo el territorio nacional, sino también un descreimiento en la política y los políticos. Por ello, para Mónica Gordillo (2010), el estallido de la crisis de 2001 fue una reacción colectiva antipolítica de gran impacto que tuvo la singularidad de congregar la actuación conjunta de actores sociales de distinta procedencia, que confrontaban con el gobierno nacional motivados por el malestar social y una representación simbólica transversal de injusticia e ilegitimidad acumulada a lo largo de la década de 1990. La crisis del 2001 marcó el estallido del régimen previo, tanto de su esquema de acumulación económica como de representación política, dando lugar a la gestación de un nuevo modelo.

Tras el interregno de Duhalde (2001-2003) las facciones más reaccionarias y antidemocráticas del espectro ideológico local, sin presentar iniciativas coordinadas, pasaron del letargo o la exaltación antipolítica no organizada a un encono cada vez más focalizado y articulado contra el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007), a propósito del proceso de revisión de las responsabilidades penales acaecidas durante la represión ilegal de la última dictadura militar (1976-1983). No obstante, el encono no fue súbito ni lineal, sino que consignó al menos tres escalones de tensión creciente (2004, 2005 y 2006) que condujeron a un paulatino proceso de aglomeración polarizada que, no sólo definió los contornos del campo entre amigos y enemigos, sino que permeó la sensibilidad y la capilaridad solidaria de ambos espacios.

El primer escalón de tensión ascendente tuvo lugar el 24 de marzo de 2004 cuando el expresidente dirigió un atizado discurso a los oficiales de las Fuerzas Armadas en el ex centro clandestino de detención ESMA, donde pidió disculpas en nombre del Estado a las víctimas del terrorismo e hizo descolgar el cuadro de Videla de la sala de honor. El segundo escalón tuvo lugar el 14 de junio de 2005 y condujo la tensión a un nuevo estadio, cuando tras un proceso de renovación en la Corte Suprema de Justicia el gobierno logró la declaración de inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final, Obediencia Debida e indultos que favorecían a militares y guerrilleros juzgados durante la gestión Alfonsín

(1983-1989); permitiendo la reapertura de causas por crímenes de lesa humanidad.⁵ El tercer escalón de tensión creciente comenzó el 4 de agosto de 2006 con la sentencia a reclusión perpetua e inhabilitación absoluta y perpetua a Miguel Etchecolatz que, al igual que ocurrió con Héctor Antonio Febres en 2007, el sacerdote Christian Von Wernich en 2008, y todas las condenas subsiguientes hasta 2012, tuvieron como dato sobresaliente que todos los delitos fueron reconocidos como de lesa humanidad, imprescriptibles, de interés patrimonial y sin el beneficio de la prisión domiciliaria.

Con los juicios, las condenas y el esclarecimiento de una verdad oficial, el gobierno de Kirchner marcó un parteaguas, no sólo porque confrontó dos visiones antitéticas de un mismo hecho traumático, sino porque identificó allí el nacimiento del proyecto económico neoliberal. Tal como señala Gerardo Aboy Carles (2005), Mercedes Barros y Andrés Daín (2012), el discurso kirchnerista estableció así una doble relación de continuidad y parentesco entre el proyecto político-económico de la última dictadura y el neoliberalismo de los noventa. Asimismo, por un lado, dio por equivalentes la lucha de las organizaciones de derechos humanos con la de los movimientos sociales, piqueteros y desocupados que se gestaron durante el segundo gobierno de Menem y la Alianza. Y por otro, homologó simbólicamente el sufrimiento de las víctimas y familiares de desaparecidos con el reclamo de los trabajadores excluidos por las políticas económicas neoliberales. En la misma operación, además de agenciar políticamente la representación de las organizaciones que previamente detentaban esa lectura política y esa síntesis histórica, restituyó la centralidad del Estado como ente responsable de reparar los daños causados durante esas dos experiencias, en tanto etapas sucesivas y concatenadas de un mismo modelo de vaciamiento económico, político y socio-cultural.

5 Las leyes N° 23.492 (Punto Final) y N° 23.521 (Obediencia Debida) aprobadas por el Congreso argentino en 1986 y 1987, respectivamente, fueron derogadas en marzo de 1998. Sin embargo, se ha interpretado que la derogación de estas leyes carecía de efectos retroactivos, y por lo tanto los casos de violaciones a los derechos humanos cometidas durante los gobiernos militares permanecían cubiertos por ellas. Finalmente, el 14 de junio de 2005 la Corte Suprema de Justicia de la Nación resolvió que las leyes eran inválidas e inconstitucionales.

La síntesis entre las políticas oficiales de Memoria, Verdad y Justicia, sumado al reverdecer económico logrado entre 2003 y 2011,⁶ el reposicionamiento geopolítico con una agenda regional coordinada por la UNASUR, e intervenciones paradigmáticas como la de la contra-Cumbre de las Américas en Mar del Plata (2005) de rechazo al ALCA, fueron consolidando una hegemonía relativa de centroizquierda, al tiempo que desestabilizaron y reconfiguraron el *status quo* alcanzado durante las gestiones previas. Cabe decir que, entre 2003 y 2005, el incipiente epítome antikirchnerista pasó a la defensiva sin lograr establecer ensayos eficientes de resistencia coordinada. Recién a partir de 2006, previo a las elecciones de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), el campo de las derechas reaccionó y comenzó a oxigenar las porosidades latentes entre aquellos elementos que hasta entonces habían permanecido geográfica, política e intelectualmente dispersos.

A nuestro juicio, el cierre parcial de la subetapa caracterizada por la dispersión orgánica tuvo lugar en 2007, cuando Mauricio Macri y el PRO alcanzaron la jefatura de la CABA, espacio desde el cual se sentaron las bases de una conducción estratégica orientada a capitalizar la creciente polarización. Como indica Gabriel Vommaro (2019), desde entonces el PRO se sirvió de una estrategia política que buscó expandirse desde el centro a la periferia, fundamentalmente, aupados por el pánico moral que provocaba una supuesta *chavización* de la Argentina a manos del kirchnerismo.

La socialización integrada

La segunda subetapa va de 2007 a 2015 y se inició con el éxito de la coalición electoral encabezada por el PRO en CABA, secundada por la UCR, la

⁶ La política económica del gobierno de Kirchner mantuvo la devaluación de la moneda mediante una fuerte participación del Banco Central en la compra de divisas; propuso al FMI una quita del 75% de la deuda y logró una disminución de 61.350 millones de dólares sobre el capital; impulsó las exportaciones y logró un crecimiento económico sostenido en tasas cercanas al 10% del PBI. En el período 2003–2007 la industria argentina creció a un promedio anual del 10,3% en términos del Índice de Volumen Físico (IVF). El papel del Estado en la economía se amplió respecto del que tenía durante el gobierno de Carlos Menem, y avanzó en la estatización de Aguas Argentinas, Correo Argentino y Astillero Río Santiago, creó ENARSA, estableció acuerdos de explotación con PDVSA y otras petroleras, entre otras medidas.

Coalición Cívica y otros socios menores que lograron ampliar su implantación territorial y su diversificación social en tres momentos de maduración sucesiva. El primero comenzó con el proceso de socialización y movilización política que tuvo lugar durante y después de la campaña de Macri y el PRO en CABA. El segundo, con el poderoso aglutinamiento en torno a un enemigo en común que provocó la llamada crisis del campo en 2008. Y el tercero con la Ley de Servicios Audiovisuales promulgada durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner en 2009.

Recordemos que Macri desde el inicio de su gobierno ambicionó proyectar su candidatura a escala nacional (Cerruti, 2015), y para ello promovió un proceso de socialización, politización y movilización de todo su entorno. Según Vommaro (2017) el espacio de socialización de Macri estaba compuesto por tres grandes grupos. En primer lugar, gerentes de grandes corporaciones y ciudadanos de clase alta y media-alta con inserción empresarial, pero sin experiencia política. En segundo término, accionistas, directivos y periodistas de medios masivos de comunicación comercial. Y, en tercer lugar, algunos circuitos intelectuales liberales. En este último caso, cabe subrayar la iniciativa de crear núcleos de pensamiento y socialización entre los cuales se destacan el Grupo Manifiesto⁷ y fundaciones como Creer y Crecer, motorizadas por el propio Macri y Francisco De Narváez; Generación 25, nacida por iniciativa de Esteban Bullrich y Guillermo Dietrich; la Fundación Pericles, presidida por Fabián Rodríguez Simón, y la Fundación Pensar, promovida en 2005 por Sergio Berensztein, Eugenio Burzaco y Jorge Triaca hijo.

Fue a través de estas usinas de pensamiento y socialización política que lograron establecer un diferencial moral estratégico respecto de su antagonista, y un basamento discursivo cuya jerarquía axiológica legitimó una enunciación política opuesta a la de su contradestinatario. Para Quevedo y Ramírez (2021) la dirigencia PRO se presentó como un grupo de empresarios exitosos con la vida económica resuelta, como una vanguardia de *outsiders* incontaminados por una política de cabotaje que,

⁷ Los principales impulsores del grupo Manifiesto fueron el legislador porteño Iván Petrella, el titular de los medios públicos de la Ciudad y exdirector de Random House Pablo Avelluto, el escritor editor de la inquieta revista digital La Agenda e integrante de Fundación Pensar, Hernán Iglesias, y Paula Bisau, quien estaba entonces al frente del área de Movilidad Sustentable en la Subsecretaría de Transporte de CABA.

según esta narrativa, no buscaban consagrarse a través del Estado o la política porque ya eran ricos y por lo tanto no necesitaban robar. La dirigencia del PRO decía venir a ofrecer desinteresadamente su experiencia empresarial y a transferir a la órbita pública un bagaje de conocimientos probados exitosamente en el ámbito privado. Asimismo, el PRO desplegó un discurso vecinalista postideológico y postpolítico que prometía terminar con la polarización y atender la gestión de las cosas con moderación, estableciendo discursivamente un lazo menos emocional y más racional entre política y ciudadanía.⁸ Sin embargo, toda su estrategia de acumulación se basó en una construcción partidista sectaria que explotó el binomio república versus populismo y exaltó la emoción antikirchnerista.

Si bien las *think tanks* y fundaciones afiliadas a la corriente liberal conservadora republicana afines a Macri gozaron del apoyo de su gestión, y fueron por ello las más visibles, cabe indicar que no fueron las primeras en poner en marcha el proceso de socialización y movilización integrada del campo de las derechas. De hecho, como señalan Goldentul y Saferstein (2020), fue la facción nacionalista reaccionaria la primera en activar sus redes defensivas contra lo que consideraban un ataque del kirchnerismo, y a partir de 2006 comenzaron a publicar una serie de libros que no sólo cuestionaron la síntesis histórica oficial y el reinicio de los juicios por crímenes de lesa humanidad, sino que reivindicaron abiertamente el desempeño represivo de las Fuerzas Armadas. Por caso, referentes como Juan Bautista "el Tata" Yofre en *Fuimos todos* (2006), *Nadie fue* (2007) y *Volver a matar* (2009); Ceferino Reato en *Operación Traviata* (2008), Victoria Villarruel en *Hijos de los 70* (2006), y *Los llaman jóvenes idealistas* (2010), presentaron sus libros a sala llena en teatros de la avenida Corrientes, auspiciados por el sello editorial Sudamericana. Estas tertulias actuallizaron las adherencias entre simpatizantes, y sus vasos comunicantes fueron progresivamente desbordando hacia otros linajes de derecha más diversos y lejanos generacionalmente.

⁸ En este mismo libro Nerina Filippelli analiza el singular tipo de interpelación que hizo Cambiemos a lo largo de sus campañas políticas, cuya propuesta apostó por una construcción identitaria alejada de los rituales clásicos de la política tradicional, asociado más bien a espacios y construcciones significantes barriales domésticos, con tono lúdico, afectivo, de cercanía y de pertenencia a una comunidad.

Con otros objetivos, pero en continuidad temática y cronológica con estos libros, Random House-Sudamericana, dirigida por Pablo Avelluto (ministro de cultura durante la gestión presidencial de Macri), publicó *Disposición final* (2012), de Ceferino Reato; *Estamos: una invitación abierta* (2014), de Marcos Peña (Editorial Planeta), coordinado por Alejandro Rozitchner y con prólogo de Mauricio Macri; textos a los que podemos añadir *Un testamento de los años 70* (2013), de Héctor Ricardo Leis, y trabajos de índole testimonial de militares, exmilitares o familiares de militares, como los de José D'Angelo (2014) *La estafa con los desaparecidos. Mentiras y millones*, o el de Carlos Manfroni y Victoria Villarruel (2014), *Los otros muertos: víctimas civiles del terrorismo guerrillero de los 70*, entre los más destacados de esta zaga literaria.

Lo más relevante de dicha producción consistió la divulgación, ampliación y proceso de legitimación del espacio, así como en la creación de vínculos con distintos públicos. Esos lazos afectivos y de afinidad fueron los que permitieron luego una articulación organizativa solidaria que repuso y actualizó lenguajes congruentes hacia las adyacencias generacionales. A propósito de ello, es significativo subrayar el desarrollo en paralelo que tuvo una generación de intelectuales más jóvenes y originalmente sin inserción en el circuito editorial consagrado porteño, como es el caso del cordobés Agustín Laje y el marplatense Nicolás Márquez, que a diferencia de Macri y sus fundaciones, lograron visibilidad desde la periferia hacia el centro, ganando repercusión –primero– a través de pequeñas editoriales como Grupo Unión o Contracultura con libros como *La otra parte de la verdad* (Márquez, 2004) y *La mentira oficial: el setentismo como política de Estado* (Márquez, 2006); *Los mitos setentistas: mentiras fundamentales de la década del 70* (Laje, 2012); *Cuando el relato es una farsa. La respuesta a la mentira kirchnerista* (Márquez y Laje, 2013); *El Libro negro de la nueva izquierda* (Márquez y Laje 2016), y luego con *La batalla cultural* (Laje 2022) o *Generación idiota* (Laje 2023), textos editados por Harper Collins, un tanque editorial internacional que permitió el salto de Laje a las grandes firmas del circuito, hecho que quedó comprobado en la masiva presentación que hizo en la última edición de la Feria del Libro de Buenos Aires.⁹

⁹ Para más detalles, en este mismo libro, ver el capítulo escrito por Gabriel Montali.

Ese público de extracción generacional más reciente y sin necesaria filiación directa con linajes reaccionarios, accedió diagonalmente a esta literatura mediante convocatorias en redes sociales. Es decir, no llegó a esta literatura necesariamente atraído por polémicas históricas sin solución de continuidad, sino más bien por su rechazo o resistencia a una agenda de debate público que incorporó una poderosa interpelación a los roles y estereotipos de género. Recordemos, entre otros ejemplos, el debate por el matrimonio igualitario, la interpelación feminista, el lenguaje no sexista y la activación de minorías que ponían en cuestión valores morales y significaciones propias del ordenamiento patriarcal tradicional que rigen como principios de sentidos de la célula familiar, concebida ésta como átomo primigenio de la vida en comunidad.

Como veremos más detalladamente en el último apartado del artículo, algo semejante ocurrió con el economista neoliberal autodefinido anarco-capitalista y devenido a político, Javier Milei, candidato a presidente por La Libertad Avanza, quien tiene como compañera de fórmula a Victoria Villarruel para las elecciones presidenciales de 2023. Milei y Villarruel completaron así una dupla que combina un neoliberalismo radicalizado en lo económico con un conservadurismo reaccionario a ultranza en lo político-cultural. Al igual que otros candidatos, Milei se sirvió exitosamente de las redes sociales y los medios de comunicación comerciales concentrados como principal canal de difusión de ideas. Como en los casos antes descriptos, la relevancia central de estas iniciativas radicó en la divulgación, la socialización y el tendido de puentes afectivos e intelectuales. No obstante, como singularidad, Milei incorporó una larga serie de conferencias mixtas, un formato de gran utilidad para captar y dinamizar la identificación y el sentimiento de pertenencia a una comunidad política generacionalmente más joven y acostumbrada a esta clase de consumos digitales. El formato mixto –presencial y/o virtual– se distinguen de la épica multitudinaria de los actos políticos tradicionales con la militancia de cuerpo presente reunida en la plaza. Dicha comunidad política, fundamentalmente desde el aislamiento social preventivo y obligatorio implementado durante la pandemia por Covid-19, se fortaleció alrededor del significante *libertad*, un significante genéricamente

conceptualizado como rechazo al Estado y las formaciones políticas tradicionales en sus diferentes formas.¹⁰

El segundo momento de aglutinamiento de las derechas en la subetapa de socialización integrada fue la llamada crisis del campo en 2008. Como indican Pucciarelli y Castellani (2017), a partir del 2008 se advierte el tránsito desde una primacía relativa del proyecto prehégemónico kirchnerista a un régimen de hegemonía escindida compuesto por dos proyectos en disputa: uno de corte nacional, popular y democrático, y otro de carácter liberal conservador republicano, que es para Bohoslavsky, Echeverría y Vicente (2021) la corriente ideológica que predomina en el panorama de las derechas argentinas. Si bien la convergencia sectorial que congregó el conflicto en torno a las retenciones móviles dispuestas por el entonces ministro de Economía Martín Lousteau respondía fundamentalmente al llamado de las organizaciones agrarias, el Acuerdo Cívico y Social, Unión PRO y una parte de la UCR, este conglomerado no hubiese logrado la articulación que logró de no haber contado con el apoyo orgánico de los medios de comunicación comerciales concentrados que, además de difundir, aportar visibilidad con amplia presencia en pantalla y reproducir en directo las intervenciones de sus referentes, ofreció una significativa coherencia narrativa.¹¹

El tercer momento de recalentamiento de esta subetapa comenzó el 10 de octubre de 2009 con la promulgación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que enardecio la ya manifiesta beligerancia entre el Grupo Clarín y el gobierno de Cristina Fernández. Desde entonces los medios de comunicación afines a Clarín jugaron un rol decisivo en el éxito de la movilización del espacio opositor, y a partir de allí llevaron al paroxismo la reproducción congruente de un retrato kirchnerista esbozado como expresión autoritaria, conflictiva y totalitaria del peronismo, cuya naturaleza corrupta y clientelar estaba inmanentemente consagrada a confundir su filiación partidaria con el uso del Estado para su propio beneficio. Dicha acción mediática coordinada no sólo logró un

¹⁰ En este mismo libro Fabiana Martínez, en “Transformaciones del discurso social: lenguajes de derecha en contexto de pandemia”, realiza un análisis semiótico de las transformaciones del discurso social a partir de la llegada del Covid-19, momento en el que se habría iniciado una pugna alrededor de sentidos y lenguajes conservadores y los significantes: mercado, odio y sacrificio.

¹¹ <https://shorturl.at/fS8Ei>.

abroquelamiento discursivo, intelectual y emocional, sino también el establecimiento del binomio adversativo *república versus populismo*.¹²

Sin duda se trató de un conflicto de gran significación simbólica y convergencia material en el proceso de configuración entre amigos y enemigos, así como en la cristalización de un *nosotros* en clave defensiva donde convergieron espacios discontinuos con una fuerte agresividad discursiva. En ese lapso, tanto para las cúpulas partidarias, las corporaciones agroexportadoras, la justicia federal de Comodoro Py y los medios de comunicación comerciales concentrados, el kirchnerismo fue sinérgica y eficientemente caracterizado como una organización conspirativa y moralmente decadente, cuyos rasgos de pertenencia y sociabilidad remitían a un universo ajeno, anormal y amenazante para la alteridad liberal, conservadora y republicana. De hecho, la politización y afectividad dinamizada durante esta subetapa catalizó en variados repertorios de acción colectiva en distintos lugares del país, con epicentro en la ciudad de Buenos Aires y significativos apoyos en las ciudades de Córdoba, Rosario y Mendoza, como fueron, por ejemplo, los llamados banderazos en defensa de la república en 2013, 2014 y 2015.

Si bien, desde el controvertido voto “no positivo” de Julio Cobos en julio de 2008 y la llamada Ley de Medios de 2009, la frontera ideológica y discursiva entre adversarios fue cada vez más hermética, la constelación de identidades que paulatinamente se integró al bloque de poder prehegemónico antikirchnerista nunca mostró una topografía uniforme. Mientras fue oposición logró un equilibrio superficial e inestable que pudo contener el estallido de sus fisuras interiores, privilegiando, por un lado, la concurrencia antagónica y, por otro, un diagnóstico catastrófico de futuro. Sin embargo, en términos de oferta electoral, su éxito en las contiendas fue de magro a moderado a lo largo del primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011), y sólo De Narváez, Solá y Macri lograron capitalizar parcialmente sus liderazgos con una fugaz victoria en las legislativas de octubre de 2009,¹³ cuya tendencia fue revertida por el oficialismo en las presidenciales del 14 de agosto de 2011, tras el poderoso impacto emocional que ocasionó la muerte de Néstor Kirchner el 27 de octubre de 2010.

12 <https://shorturl.at/zl6sz>.

13 <https://shorturl.at/BiBDr>.

La institucionalización fallida

La subetapa 2015-2019 consigna dos novedades, por un lado, la alianza Cambiemos fue el primer gobierno de centroderecha que accedió al poder por la vía electoral en la historia moderna de nuestro país. Y por otro, Mauricio Macri, fundador y principal referente del PRO, fue el primer presidente no peronista desde 1983 que logró llevar a término su mandato tras vencer en *ballottage* a Daniel Scioli (FPV) 51,4% a 48,6%. A juicio de Morresi y Vicente (2019), Macri se presentó como un liberal democrático que buscaba unir a los argentinos, pero su gobierno mixturó una identidad antiperonista clásica con un neoliberalismo modernizante y tecnocrático que aumentó la desigualdad social y económica. Según Gené y Vommaro (2023) la gestión Macri implementó un programa de reformas neoliberales moderadas, pues la minoría del PRO dentro de la coalición de gobierno determinó su debilidad parlamentaria, su incapacidad de resistir presiones internas y condicionamientos de sus socios. Para Vommaro (2019) dicha debilidad obstaculizó la introducción de reformas profundas, denotando la incidencia directa entre fortaleza partidaria y desempeño gubernamental. Visto en perspectiva, la alianza entre el PRO y la UCR –como principales socios– sólo fue exitosa desde el punto de vista electoral, pues las incongruencias en el proyecto de gobierno imposibilitaron alcanzar los acuerdos interpartidarios necesarios para llevar adelante una transformación que se correspondiera con las expectativas creadas en un electorado ansioso e impaciente al aguardo de resultados inmediatos.

Las ambiciosas promesas de campaña incumplidas en torno a pobreza cero y las reformas estructurales de un Estado considerado colosalmente ineficiente, corrupto y desbordado de clientelismo se volvieron en su contra; especialmente en tópicos económicos sensibles como la inflación, el régimen fiscal, el régimen laboral y el déficit primario.¹⁴ Sin duda la pésima performance económica fue el factor que determinó el fracaso reeleccionario de Macri. Según cifras de un INDEC normalizado por su gestión, el gobierno asumió con un 27,8% de inflación anual y se retiró con un 50,5%, y la tasa de desempleo trepó del 7,1%

14 <https://shorturl.at/U4Xuj>.

al 10,6%. Según un informe del FMI, redujo el déficit fiscal de un 6% a un 3,9%, pero el PBI cayó de 642.000 millones a 445.000 millones de dólares. Según un informe del BCRA duplicó las reservas, pasando de 25.000 millones a 43.700 millones. Asimismo, recibió el gobierno en 2015 con el salario mínimo más alto de la región, a un valor promedio de 580 dólares, pero en 2019 terminó su gobierno con un valor promedio de 280 dólares. Otros asuntos que degradaron la imagen de la gestión fueron el caso Panamá Paper, que en 2017 ventiló la existencia de empresas propiedad de Macri y afines con cuentas *offshore* en el exterior; al igual que la condonación de la deuda a Correo Argentino, del Grupo Socma presidido por su padre, Franco Macri, entre otros temas. Por último, la desaparición del submarino ARA San Juan en noviembre de 2017 pareció sumergir a Macri en una pendiente negativa que revirtió temporalmente durante la cumbre del G20 en noviembre de 2018, pero que a la postre sería irreversible.¹⁵

Si bien una vez terminado su gobierno declaró que si volviera a ser presidente haría lo mismo pero más rápido,¹⁶ tres de las cuatro medidas estratégicas y quizás más desequilibrantes que tomó durante su gobierno fueron inmediatas y en favor de los intereses más concentrados de su espacio: 1) el Poder Judicial, 2) las corporaciones agroexportadoras, 3) los medios de comunicación comerciales concentrados, y 4) especuladores financieros. La primera fue el 12 de diciembre de 2015, a sólo dos días de su asunción, cuando por decreto presidencial incorporó a Horacio Rosatti y Carlos Rosenkrantz a la Corte Suprema de Justicia. La segunda fue la eliminación total de las retenciones móviles a la exportación de trigo, maíz y carne, incluida la pesca, y una reducción de cinco puntos a la soja, el 14 de diciembre de 2015, sólo cuatro días después de su asunción. La tercera fue habilitar la fusión del Grupo Clarín con Telecom el 29 de diciembre de 2015, diecinueve días después de su asunción.¹⁷ Y, pocos

15 <https://shorturl.at/HZWEe>.

16 <https://t.ly/YRsU4>.

17 Según Becerra (2019), la fusión de Clarín con Telecom marcó un nuevo estadio en el proceso de concentración empresarial y modernización tecnológico-comunicacional que selló una relación oligopólica fuertemente asimétrica en el sistema de medios a escala local. El Ente Nacional de Comunicaciones (ENACOM, ex-AFCA), dirigido entonces por Esteban Greco, habilitó a Telecom Argentina S.A. a absorber a Cablevisión S.A. mediante la Resolución 5644-E/2017 del 21/12/2017 –expediente EX-2017-20912532-APN-

días después, el 3 de enero de 2016, por Decreto de Necesidad y Urgencia modificó el corazón de las leyes de servicios de comunicación audiovisual y de telecomunicaciones, sancionadas durante la gestión Fernández de Kirchner, eliminando las restricciones a la propiedad cruzada de televisión por cable, TV abierta y radio.¹⁸ La cuarta decisión fue iniciar el circuito de empréstitos internacionales para financiar gastos corrientes y el posterior plan de salvataje financiero con el Fondo Monetario Internacional, raid que no sólo incrementó la deuda externa argentina en 54.000 millones dólares, sino que habilitó de allí en adelante un tutelaje trimestral sobre las políticas económicas argentinas.

Ante la agudización de la regresión distributiva, los sucesivos e impopulares desaciertos del “mejor equipo de los últimos cincuenta años” (según expresiones del propio Macri), el oficialismo intentó desviar la atención concentrada sobre la economía impulsando dos nuevos debates. Por un lado, el proyecto de interrupción voluntaria del embarazo y la Ley de Educación Sexual Integral; y, por otro, el de la cultura del trabajo y la llamada meritocracia. Puesto que ambos asuntos suponían disquisiciones de orden moral, el oficialismo no pudo imponer parámetros tecnocráticos al debate y pronto las discusiones escaparon a su control y, en lugar de cohesionar las filas de la coalición, abrieron nuevas fisuras. Sin duda la discusión alrededor del aborto fue la que más pasiones despertó. Primero, porque desde el punto de vista funcional amalgamó preocupaciones e interacciones sanitarias de orden público con decisiones de orden privado. Segundo, porque desde el punto de vista político partidario se mostró como un debate transversal a todas las fuerzas y con una penetración capaz de generar afiebradas adhesiones, resistencias y divisiones entre pañuelos verdes y celestes. Y tercero, porque desde el punto de vista ideológico empoderó especialmente a organizaciones proampliación de derechos y feministas.

El debate sobre la cultura del trabajo tuvo un carácter más general, en tanto debe ser inscripta en el contexto de una campaña publicitaria

AMEYS#, la Ley N° 27.078, la Ley N° 26.522, y el Decreto N° 267– favoreciendo la vocación concentradora de estas compañías, permitiéndoles conjugar sinérgicamente sus intereses financieros con sus requerimientos tecnológicos y dar lugar a su expansión oligopólica. Y, por fin, la flexibilización de los marcos regulatorios de la ex-AFSCA dejaron de obstaculizar la posición de privilegio.

18 <https://t.ly/aLaPl>.

orientada a instalar la imagen de *Mauricio* como un hombre cercano, un presidente millonario pero sensible, comprensivo, capaz de interpretar las necesidades de los sectores vulnerables; en virtud de rebatir cierta *aporofobia* –por decirlo en términos de Adela Cortina–, es decir, ciertos gestos de rechazo o aversión hacia los pobres y desprecio por lo público.¹⁹ El debate sobre la cultura del trabajo buscó despolitizar y legitimar discursivamente el proceso de degradación económico y social en curso, introduciendo el idelogema meritocrático-sacrificial-individual como baremo de éxito o fracaso del emprendedurismo. No obstante, la escasa pregnancia de argumentos como la búsqueda de la felicidad a través del esfuerzo y la autosuperación económica como objeto último del goce subjetivo, no lograron una adhesión mayoritaria en un contexto de incertidumbre permanente, donde no resulta posible responsabilizar a los sujetos por sus fracasos, soslayando no sólo las pauperizadas condiciones materiales que existen para el desarrollo, sino también por las notables asimetrías en términos de igualdad de acceso a las oportunidades.

En resumen, Macri desperdició la ocasión de consolidar la primacía relativa acumulada por el bloque liberal conservador republicano antikirchnerista durante las dos subetapas previas; concatenando, primero, las desavenencias internas de la alianza; segundo, sembrando dudas respecto de la conveniencia de establecer coaliciones sin proyecto de gobierno consensuado, que trascienda sencillamente tener un enemigo en común y un mismo diagnóstico de futuro catastrófico; y tercero, habilitó el desacople de los elementos más radicalizados y/o exacerbados de la antipolítica, cuya desilusión potenció un proceso de diáspora hacia los extremos donde están ubicados, por ejemplo, Patricia Bullrich y especialmente Javier Milei, quien responsabilizó a Macri de “traer de vuelta al kirchnerismo”.²⁰

La radicalización centrífuga

Por último, la cuarta de las subetapa que consigna este proceso va de 2019 a la actualidad y se caracteriza por lo que hemos denominado la *radicalización centrífuga* de un campo de derechas en expansión y en diáspora hacia

nuevos liderazgos. Tras la frustración acumulada durante los gobiernos de Macri y Alberto Fernández –en especial por sus decepcionantes resultados en materia económica–, las ofertas político partidarias de las derechas comenzaron una reconfiguración que aún está en curso. En opinión de Federico Aurelio (2023), a diferencia de lo que venía ocurriendo en las últimas cuatro elecciones presidenciales, el panorama previo a las PASO 2023 arroja un escenario dividido no en dos grandes binomios sino en tres tercios, uno de centroizquierda y dos de derecha. Por su parte, Raúl Timerman (2023) añade un matiz a dicho diagnóstico y agrega que el escenario no se dividiría en tres tercios sino en cuatro cuartos, pues existe entre un 17 y un 25% de electores indecisos o en blanco cuya inclinación podría determinar el rumbo final de las próximas elecciones. Sin embargo, tanto Aurelio como Timerman coinciden en que las ofertas más competitivas de las derechas a nivel nacional son las de Juntos por el Cambio con Horacio Rodríguez Larreta y Gerardo Morales, liberales moderados con margen de crecimiento hacia el centro de su cuadrante, y/o Patricia Bullrich y Luis Petri, liberales radicalizados con margen de crecimiento hacia la ultraderecha, donde se ubica la fórmula Javier Milei-Victoria Villarruel de La Libertad Avanza.²¹

Por su parte, Eduardo Fidanza (2023), si bien coincide en que la pugna se definirá entre tres potenciales candidatos, señala que esta no es una competencia entre tres propuestas programática o doctrinarias, sino, ante todo, entre dos sistemas de significación moral que se disputan los espacios de identificación ideológica y significación cultural. Y hasta aquí el panorama político local sólo consigna dos sistemas morales claramente diferenciados. Por un lado, el peronista o filoperonista en sus diferentes formas partidarias, pero que en esquemático resumen es nacional popular democrático, capitalista e industrialista, concibe una comunidad organizada alrededor del trabajo y otorga centralidad al Estado como garante frente a la puja distributiva y las controversias entre capital y trabajo. Por otro lado, está el neoliberal conservador republicano en sus versiones moderada y radicalizada, propuestas que comparten esquemáticamente un índice organizativo alrededor del dinero y las finanzas, con una misma visión mercantilista, concentradora,

19 <https://shorturl.at/hpD6D>.

20 <https://shorturl.at/kozlv>.

meritocrática, desigualadora y jerarquizante del orden socio-económico y cultural; y dispone de los dos mismos interrogantes de fondo: ¿cómo llevar a cabo las reformas estructurales del Estado? y ¿cómo integrar en ese proceso al peronismo no kirchnerista?²²

Por razones de espacio y puesto que se ha constituido en la oferta política más novedosa y disruptiva de las derechas argentinas en este subperíodo, nos concentraremos ahora en analizar algunas singularidades de la fórmula Milei-Villarruel intentando responder los siguientes interrogantes: ¿cómo se compone esta fórmula? ¿cuál es su procedencia y orientación?, ¿qué características tiene su potencial electorado?, ¿cómo se suturan sus incongruencias?, ¿qué coincidencias abonan sus porosidades?, ¿cuáles son los vasos comunicantes que hacen posible sus intercambios? y ¿qué vectores narrativos explican su acople electoral?

En primer lugar, recordemos que la relación entre Milei y el nacionalismo reaccionario que representa Villarruel se formalizó en 2019 cuando establecieron una alianza política entre la Libertad Avanza y el Frente NOS, encabezado por el exmilitar Juan José Gómez Centurión. Fruto de esa alianza Milei y Villarruel ocupan hoy dos bancas como diputados nacionales por CABA en el Congreso Nacional. Villarruel es abogada y heredera de un largo linaje militar de dudosa afinidad democrática; es nieta del contralmirante e historiador naval Laurio Hedelvío Destefani e hija del teniente coronel retirado Eduardo Marcelo Villarruel, quien participó del Operativo Independencia en Tucumán durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón (1975), cruenta prueba piloto del sistema de secuestro, tortura y desaparición de personas que a partir de marzo de 1976 se extendió a todo el territorio nacional. Su padre también es veterano de la Guerra de Malvinas (1982) y se desempeñó como segundo jefe de la Compañía de Comandos 602 liderada por Aldo Rico. Victoria Villarruel es presidenta del Partido Demócrata de la provincia de Buenos Aires (previamente Partido Autonomista Nacional, Partido Conservador, Unión Conservadora y Partido Demócrata Conservador) y fundadora de la asociación civil Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas, creada en 2006 tras la declaración de inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final y

Obediencia Debida y como un desprendimiento de Aunar, una agrupación nacionalista reaccionaria fundada en 1993 por el general Fernando Verplaetsen, quien en 2010 fue condenado a 25 años de prisión por torturas y asesinatos en el ex centro clandestino de detención Campo de Mayo, donde se desempeñó entre 1976 y 1977 como jefe de Inteligencia del Estado Mayor del Comando de Institutos Militares Zona 4. Cuando Villarruel asumió como diputada nacional en diciembre de 2021 juró por Dios, la patria, sobre los santos evangelios y por las víctimas del terrorismo subversivo, una definición que alude a lo que ella denomina *memoria completa*, que equipara los asesinatos de las organizaciones político-militares de la década de 1970 con los crímenes de lesa humanidad perpetrados por la última dictadura militar.

Por su parte, Javier Milei se autodefine anarco-capitalista, aunque encarna un proyecto económico neoliberal que se constata en su confesa admiración por Domingo Cavallo, a quien considera el mejor ministro de economía de la historia argentina. De hecho, sus propuestas reponen iniciativas como la privatización de todas las empresas del Estado y la dolarización de la economía, e incorpora para ello a Roque Fernández y Carlos Rodríguez (exministro de Economía y exciceministro de Economía del gobierno de Carlos Menem) como sus dos principales asesores económicos. En cuanto a su perfil socio-cultural, es conservador en tanto rechaza las políticas oficiales de derechos humanos, la interrupción voluntaria del embarazo, la Ley de Educación Sexual Integral, el matrimonio igualitario, los subsidios estatales, el feminismo, el llamado lenguaje inclusivo, los repertorios de acción medioambiental, y apoya la libre portación de armas, al tiempo que promociona la teoría conspirativa del marxismo cultural en sintonía con referentes intelectuales como Agustín Laje.²³ Desde el punto de vista político, si bien ha indicado que las ideas libertarias no son compatibles con las autoritarias, desde 1994 trabajó para Antonio Bussi, pionero en la organización de centros clandestinos de detención, tortura y exterminio en Tucumán, incluso antes del Golpe de 1976, cuando comandó el Operativo Independencia (1975); y llevó como candidato a gobernador de Tucumán al legislador provincial Ricardo Bussi, hijo del experimentado represor.

22 <https://shorturl.at/F8srt>.

23 Ver LN+ <https://shorturl.at/oZahU>.

En segundo lugar, es significativo considerar qué características distinguen al electorado que dice sentirse representado por esta fórmula. Según una encuesta auspiciada por la Agencia de Ciencia y Tecnología del MINCyT –conducida por Eduardo Chávez Molina (2023), director del Grupo de Estudios de Desigualdad y Movilidad del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires–, la porción del electorado que mayor pregnancia muestra respecto del liderazgo de Milei consigna dos características centrales: por un lado, crece en ambos extremos de la pirámide social, y, por otro, lo hace fundamentalmente entre votantes de 18 a 39 años de edad, con especial impacto entre pequeños empresarios, propietarios y directivos con autoprotección laboral y desregulación impositiva de 30 a 39 años (54%), entre trabajadores manuales menos calificados de 30 a 39 años (37,7%) y en grupos de 30 a 39 años que trabajan en condición de autónomos (23,7%). Dicha encuesta fue realizada entre septiembre y diciembre de 2022 en 5.239 hogares de distintos conglomerados urbanos del país, y si bien son cifras que deben ser contrastadas en el proceso eleccionario, indican algunas proporciones. En un universo de casi 4,2 millones de electores de 18 a 23 años de edad, el 21% se identifica libertario y sólo uno de cada cuatro de esos jóvenes es mujer.

En tercer lugar, el acople electoral Milei-Villaruel puede explicarse a través de tres vectores narrativos interdependientes: el primero es de carácter programático-conceptual, el segundo consigna imaginarios histórico-aspiracionales, y el tercero es de naturaleza psicoafectiva. El vector programático-conceptual combina expresiones antipolíticas y antipopulares con componentes autoritarios, y responde linealmente al pragmatismo y la necesidad de acumulación a partir de demandas y propuestas amplias, sintéticas y comprensibles. La demanda circunscribe la responsabilidad y la culpa de la catastrófica corrupción económica y la decadencia moral en la que estaría sumido el país a la llamada *casta* –los políticos y sus privilegios–, excluyendo deliberadamente de esa imputación al resto de actores intervenientes, sean empresarios, grupos de presión corporativa o la sociedad civil en su conjunto. La propuesta consiste en la dolarización de la economía y la clausura del Banco Central, una liberalización irrestricta de los capitales y el fortalecimiento del mercado a través de la abolición del sector público y la transferencia

voluntaria de todas las operaciones y servicios a su cargo en favor de empresas privadas.²⁴ El esperpento conceptual de dichas formulaciones serían inteligibles para Boltanski (2016) como parte de una estructura identitaria postmoderna y postpolítica, cuya narrativa admite múltiples posicionamientos de enunciación y, por lo tanto, una heterogeneidad de sentidos que deja librada la articulación de sus contradicciones al criterio de sus adherentes. En especial en torno a la relación entre política, Estado y realidad, es decir, allí donde confluyen lo público y lo privado, una intersección donde suele confundirse la dimensión colectiva con la individual. Esto es, la política partidaria como espacio de representación colectiva, el Estado como ente donde confluyen las partes de una totalidad, y la realidad como objeto de percepción individual y de acceso subjetivo.²⁵

El segundo vector de acople y sutura entre neoliberales conservadores y nacionalistas reaccionarios se monta sobre una construcción arquetípica del pasado, que opera y desborda tanto sobre las percepciones del presente como sobre las expectativas de futuro. La construcción del pasado, de una imagen estereotipada del pasado, se monta sobre una selección arbitraria de hechos cuyo ordenamiento suponen explicar un proceso histórico de larga duración. Esa interpretación selectiva y aspiracional achata sin rigurosidad los relieves del tiempo y el ancho volumen procesual que esconden los eventos. Sin embargo, esa idea se imprime –más o menos sucinta y linealmente– como un argumento que explica y da coherencia a una cadena de sentidos de actualidad en la corta duración. Es decir, una selección arbitraria de datos y hechos del pasado consagran representaciones aspiracionales destinadas a ofrecer legitimidad y verosimilitud a interpretaciones de coyuntura; interpretaciones a través de las cuales el sujeto supone comprobar y, por lo tanto, asume que sus derechos le han sido injustamente expropiados. Por último, para completar una operación combinada, el pasado y el presente legitiman los diagnósticos de futuro catastrófico.²⁶ Por ejemplo,

24 Los detalles del proyecto económico pueden conocerse a través de redes sociales y conferencias vía internet. Por ejemplo, el “Ciclo de Coyuntura con Javier Milei”, dictado en la Bolsa de Comercio de Córdoba el 18/02/2022; o “La estruendosa superioridad del capitalismo”, dictado en el marco de las Conferencias TEDx (San Nicolás) el 11/02/2019.

25 Sobre el carácter postpolítico de La Libertad Avanza ver: <https://shorturl.at/YtgDl>.

26 <https://shorturl.at/FT7Rj>.

los nacionalistas-reaccionarios se movilizan al espacio público en una acción defensiva de los principios que representa la bandera argentina, símbolo nacional de unidad patriótica por excelencia. Se movilizan para reivindicar y exaltar la supremacía de la fuerza natal como frontera de las concepciones disolventes, exógenas, débiles, abortivas.²⁷ La acción defensiva tiene origen en los usos y costumbres tradicionales inscritas en la imagen de un pasado patrio prístino, puro e íntegro que estaría en riesgo. Desde una victimización nostálgica, dicha acción de naturaleza defensiva remite a un legado hispano, castizo, católico de carácter integrista, cuyo arraigo tuvo lugar principalmente en instituciones altamente verticalistas y dogmáticas como, por ejemplo, la Iglesia o las Fuerzas Armadas; instituciones que –entre 1930 y 1983– autoasumieron dramáticamente el rol de centinelas de un orden capitalista y cristiano amenazado, primero por la *chusma democrática*, luego por el *comunismo internacional*, más tarde por la *demagogia peronista*, después por el *marxismo ateo* y finalmente por la *subversión armada*. En la actualidad esa unidad defensiva se actualiza y cohesiona frente a nuevas amenazas, como el lenguaje no sexista, el aborto o un feminismo que parece haber venido a desconfigurar los sentidos existenciales de un sujeto taxativamente heterosexual, cuyo estereotipo familiar y comunitario se tipifica bajo roles modélicos patriarcales, monogámicos, monoparentales y monoteístas.²⁸

Por su parte y con matices más estilizados, el relato histórico liberal conservador también se monta sobre una construcción arquetípica del pasado que remite a la idea de un pasado luminoso. Pero a diferencia de los nacionalistas reaccionarios su imagen idílica evoca una suerte de Argentina dorada, cosmopolita, blanca y europea; potencia económica mundial que se habría convertido en el granero del mundo desde 1885 hasta 1946; año en que comenzó la presidencia de Juan Domingo Perón y con ella el tobogán populista de distorsión intervencionista. Milei, por ejemplo, hace uso de dicha interpretación sin un volumen procesual equilibrado, y selecciona arbitrariamente algunos datos del PBI per cápita disponibles para 1895, año en que la Argentina disponía

de los salarios más altos del mundo. Con ese recorte de datos Milei concluye que la Argentina era una potencia mundial y que hay que volver a esa fórmula. Sin embargo, oscurece, entre otras cosas, que en aquellos años la Argentina era un país exclusivamente agrario y no disponía de un desarrollo social, industrial, científico, tecnológico o armamentístico a la altura de las potencias de la época, sino que el régimen oligárquico local ocupaba un lugar funcional en la distribución internacional del trabajo plenamente subordinado a las demandas de la Corona Británica; y el sistema de representación en la toma de decisiones políticas estaba jerarquizado por una calificación basada en la renta y/o la educación (Alonso, 2010; Bonaudo, 1999).

Si bien ambas construcciones de larga duración son históricamente imprecisas y la herencia de esas vertientes remite a identidades pre-existentes que no revisten una genealogía de perfecta linealidad, sus narrativas presentan afinidades culturales de corta duración cuya resignificación actualizada sutura sus ambigüedades, subrayando dos claves de continuidad interpretativa. Por un lado, dicha recapitulación rescata esencialmente el mérito, el coraje y el liderazgo de un grupo de hombres blancos y distinguidos, hijos de un país que descendió de los barcos y marcó un rumbo civilizatorio integrado al mundo occidental; y, por otro, la promesa de reconstruir un horizonte utópico que revierta la desintegración económica, política y, fundamentalmente, moral en la que está sumido el país desde que llegó el peronismo; y devolverla así al lugar de privilegio que nunca debió haber perdido.

El tercer vector de acople electoral entre Milei y Villarruel, es decir, entre neoliberales conservadores y nacionalistas reaccionarios, es psicoafectivo y se alimenta de discursos de odio dirigidos, no indiscriminados. Estos discursos están orientados a la política en general (son de naturaleza antipolítica), hacia el populismo peronista en particular, y al kirchnerismo y Cristina Fernández de Kirchner como centro neurálgico en su máxima especificidad. La frustración que encarna este discurso opera como un dispositivo relacional y aglutinante, cuya victimización encubierta es a la vez nostálgica y melancólica. En la victimización nostálgica subyace una pérdida considerada humillante y delictiva, en este caso (supuestamente) a manos del peronismo kirchnerista; y el duelo –sea por la pérdida de libertades, la cancelación de un presente o de un

27 <https://shorturl.at/Yf1kZ> y <https://shorturl.at/NZgLu>.

28 Ya Patricia Funes (2006) o Beatriz Sarlo (2001) han comprobado cómo en el siglo XX esta corriente ideológica se autopercebió como la reserva moral de una nación amenazada.

futuro promisorio – es a su vez melancólico, en tanto el agravio no sea suprimido, se continúa en el presente y se proyecte hacia el futuro. Tanto la impotencia, la irritación y la desdichada por lo perdido (“por el robo de un PBI”, “por la década robada”, “por la ruta del dinero K”, etcétera) como la inhibición del goce material que no pudo ser y que no es porque *nos fue arrebatado*, funcionan como operadores de integración afectiva en la medida que las víctimas – cada una por sus propias razones – quedan implícitamente hermanadas por un reclamo compartido; no sólo de justicia y reparación, sino también de castigo, denigración y defeción violenta de los culpables.

Varios dirigentes de las derechas argentinas representan de distintos modos y en diverso grado las imputaciones dolosas de dicho desplacer doliente; por ejemplo, Patricia Bullrich, Cinthya Hotton, Juan José Gómez Centurión o José Luis Espert. Aunque Javier Milei es quien mejor escenifica la indignación aguda y el estado psicoemocional de sus adherentes. Si bien Milei se presenta como un técnico y un erudito capaz de revertir la decadencia, rectificar el camino hacia una descomposición irreversible y reponer el orden moral perdido; la tensión colérica de su cuerpo, de su rostro enrojecido y la vigorosa belicosidad de sus gestos lucen como el psicodrama en *modo política* de un sujeto con dificultades para gobernar su resentimiento e interponer barreras inhibitorias a sus emociones. Su presencia escénica es incendiaria y diferenciada, y tanto su gramática textual como su universo gestual exudan un melodrama semiótico inconfundible con el de otros liderazgos. En el marco de esa ventana fisiológica espontánea y auténtica, el rugido irascible de Milei aparece como el de un *León herido* que mata o muere, harto del abuso de un Estado asfixiante y una casta política inmoral e imperdonable que le ha quitado algo que es suyo.

Para terminar, cabe subrayar que este proceso aún se encuentra en curso, que abre gran cantidad de nuevos interrogantes; entre ellos ¿qué efectos socio-culturales tiene un cuadro anímico de impugnación exaltada de la política y los políticos?, ¿la victimización nostálgica y el duelo melancólico suponen respuestas somáticas?, ¿qué clase de respuestas?, ¿la ansiedad reprimida y el estrés ocasionado por las pérdidas materiales y los daños morales supuestamente ocasionadas por la política y los políticos, exigen reparación?, ¿cómo, de qué modo?, ¿cómo se canalizan

las perturbaciones anímicas y las heridas narcisistas de quien se autopercibe y se afirma como una víctima de la inoperancia y la corrupción?, ¿es el fervor vehemente que escenifica Milei en sus intervenciones públicas una promesa eufemística de desagravio compensatorio, destructivo y extremo?, ¿anticipa el universo discursivo de Milei una demolición inversamente proporcional a los perjuicios que supone le ha causado la llamada casta? Muchas preguntas, pocas respuestas.

Como señalan Webber y Kruglanski (2017), la radicalización por desilusión y/o indignación es una fuerza motivacional de origen psicológico que los sujetos buscan asir en sentidos de naturaleza gregaria, que sólo pueden ser determinados por la configuración simbólica que le confiere un entorno grupal. Es decir, la fuerza motivacional individual cobra sentido en tanto sea valorada y legitimada por el grupo o la comunidad a la que el sujeto cree pertenecer. Sin embargo, es importante no perder de vista que la desilusión y/o indignación anti política es una fuerza motivacional previa a la aparición pública de Milei-Villarruel, y esa fuerza – posiblemente – los trasciende con independencia de los resultados electorales que puedan obtener. Por ello, este cuadro anímico individual y colectivo asoma inquietante. Como un *iceberg* cuya punta flotante, helada y cortante emerge a la superficie como un síntoma que los sujetos – en la realidad social – se ocuparán luego de traducir, o no, en acciones materiales concretas y contundentes.

Recordemos, por caso, algunos discursos de odio que han ido adoptando ciertos correlatos materiales: las bolsas mortuorias, las guillotinas, las horcas con la imagen de funcionarios kirchneristas colgados en la Plaza de Mayo, así como otras representaciones eufemísticas del crimen político que, en distintas ocasiones y en distintas épocas, tuvieron lugar en nuestro país. Recordemos también los comentarios agraviantes en redes sociales y el silencio de la mayor parte del arco político opositor cuando la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner sufrió un intento de asesinato, cuando fue víctima de un pistoletazo fallido que no alcanzó su rostro, y que por una nimia disfunción mecánica evitó (o pospuso) una conmoción violenta, un acontecimiento de sangre, traumático e irreversible.

Referencias bibliográficas

- ABOY CARLÉS, G. (2005). Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemónismo y la refundación. En *Estudios Sociales*, Año XV, 1er sem., Santa Fe: UNL.
- ALONSO, P. (2010). *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política Argentina de fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Edhasa.
- AURELIO, F. (2023). Entrevista de Fernando Carnota y Nuria Am, Radio con vos FM 89.9: https://www.youtube.com/watch?v=o_OJfEhn80o 19/05/2023.
- BECERRA, M. (2019). Concentración mediática, un símbolo de la era Macri. *Letra P*. <https://t.ly/4oseS>.
- BARROS M., MORALES V. y DAÍN A. (2012). El kirchnerismo y la desmesura de lo político (pp. 15-46). En Barros M., Morales V. y Daín A. (2012). *Escritos K*. Villa María: Eduvim.
- BOHOSLAVSKY, E., ECHEVERRÍA, O., VICENTE, M. (2021). *Las derechas argentinas en el Siglo XX. De la era de las masas a la guerra fría*. Tomo I. Tandil: UNICEN.
- BOHOSLAVSKY, E. (2023). Conferencia reunión científica: Derechas latinoamericanas en contexto de disputa hegemónica. Bloque 1. GESHAL, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires. 19/04/2023.
- BOLTANSKI, L. (2016). *Enigmas y complots*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BONAURO, M. (1999). *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*. Nueva Historia Argentina T. IV. Buenos Aires: Sudamericana.
- CHÁVEZ MOLINA, E. (2023). *Encuesta nacional sobre la Estructura social de Argentina y Políticas públicas durante la pandemia por Covid19 (ESAYPP/PISAC-Covid19) 2021-2022*. Buenos Aires: MINCyT.
- COMSCORE (2021a). Perspectivas del escenario digital latinoamericano. <https://shorturl.at/wRGEc>.
- COMSCORE (2021b). Rankings de Medios en Argentina: 2020. <https://shorturl.at/huls9>.
- DOUET, Y. (2020). Enfrentando la crisis de la modernidad. La hegemonía y el sentido de la historia en Gramsci. En *Actuel Marx*. Vol 68, N°2. París. Pp. 175 a 192
- FIDANZA, E. (2023). Entrevista Televisiva 05/05/2023: <https://shorturl.at/sDYgH>.
- FUNES, P. (2006). *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- GENÉ, M. y VOMMARE, G. (2023). El sueño de una Argentina liberal (y sin peronismo) ¿Cómo la centroderecha argentina se prepara para volver al poder?. *Nueva Sociedad*, marzo.
- GOLDENTUL, A., SAFERSTEIN, E. (2020). Los jóvenes lectores de la derecha argentina. Un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*. Buenos Aires: vol. 24 pp. 113-131.
- GORDILLO, M. (2010). *Piquetes y cacerolas. El argentinazo 2001*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GRAMSCI, A. (2004). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- KESSLER, G., y VOMMARE, G. (2021). *Polarización, consensos y política en la sociedad argentina reciente*. Buenos Aires: Fundar.
- MILEI, J. (2019). La estruendosa superioridad del capitalismo. Conferencia TEDx San Nicolas Provincia de Buenos Aires, <https://www.youtube.com/watch?v=jEEQ4bevw1Q>
- MILEI, J. (2022). Ciclo de Coyuntura con Javier Milei. Conferencia Bolsa de comercio de Córdoba: <https://www.youtube.com/watch?v=uWTHK6NPyXA>.
- MORRESI, S., SAFERSTEIN, E., y VICENTE, M. (2021a). Las derechas argentinas en el siglo XXI. Entre la nueva política y el anti-izquierdismo radicalizado. *El progresismo y la izquierda ante la nueva Derecha: claves para la región*. Pp. 16-47. Montevideo: Friedrich-Ebert-Stiftung.
- MORRESI, S., SAFERSTEIN E., y VICENTE, M. (2021b). Ganar la calle. Repertorios, memorias y convergencias de las manifestaciones derechistas argentinas. *Clepsidra*. Vol.8, N°15, pp 134-151.
- MORRESI, S., VICENTE, M. (2019). El ocaso del macrismo. *Nueva Sociedad*. Octubre 2019.
- PONZA, P. (2022). Macri lloró en el Teatro Colón: Identidades políticas y disputas culturales en los medios digitales. En Martínez, F. *Discurso y Poder*. Córdoba: Tinta Limón.
- PUCCIARELLI, A., y CASTELLANI, A. (coord) (2017). *Los años del kirchnerismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- QUEVEDO, L., y RAMÍREZ, I. (2021). Claves del enfrentamiento político en la Argentina reciente. *Polarizados*. Buenos Aires: Capital Intelectual. Pp. 11-34.
- SARLO, B. (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino. Tomo VII, Buenos Aires: Ariel Historia.
- SCHUTTENBERG, M. (2018). De la locura a la normalidad. La Nación y los primeros cien días de Macri. *Trabajos y Comunicaciones*. 2da. Época, N° 47, e053. La Plata: UNLP. FHCE.
- TIMERMAN, R. (2023). Entrevista televisiva de Gustavo Silvestre, Minuto Uno. <https://www.youtube.com/watch?v=PikmGW2zxs4>.
- VOMMARE, G. (2019). De la construcción partidaria al gobierno: PRO-Cambiemos y los límites del 'giro a la derecha' en Argentina. *Colombia Internacional* (99). Pp: 91-120.
- WEBBER, D., y KRUGLANSKI, A. (2017). The psychology of terrorism. En B. J. Bushman (Ed.). *Aggression and violence: A social psychological perspective*. Abingdon: Routledge Taylor & Francis Group. Pp. 290-304.

Transformaciones del discurso social: lenguajes de derecha en contexto de pandemia

FABIANA MARTÍNEZ

Introducción

Posiblemente en el campo de las ciencias sociales y humanas estaremos mucho tiempo reflexionando sobre las consecuencias y efectos que provocó la pandemia del Covid-19 en nuestras sociedades. En este caso, y desde una perspectiva sociosemiótica, indagaremos en lo que consideramos una de las principales derivaciones de este acontecimiento: la reconfiguración de los lenguajes neoliberales previamente instalados por Cambiemos; en un desplazamiento que dio lugar a nuevos lenguajes de derecha, inéditas formas de violencia simbólica y discursividades con componentes antidemocráticos a partir del año 2020. En efecto, si ciertos discursos parecían relativamente carentes de consenso a finales del año 2019, tras el momento de una primera dislocación frente a lo inédito del acontecimiento pandémico, resultaron eficaces como formas de sutura tendencialmente hegemónicas, ofreciendo una nueva grilla de inteligibilidad que se asentó en la convergencia de los discursos desplegados por la oposición y las marchas anticuarentenas. Este retorno no aparece como la imposición de un bloque monolítico propio de un neoliberalismo de escala nacional que regresa intacto, sino más bien como

una multiplicación de las posiciones de enunciación que dieron lugar a lo que reconoceremos como heterogéneas modulaciones de lenguajes de derechas. Esto sucedió a partir de un magma que en principio, de un modo un tanto caótico y apóretico, presentó todo tipo de enunciados conservadores, desde las odiantes manifestaciones antiestatales frente a las políticas de salud hasta las consignas explícitamente patriarcales.¹ Este último caso, en particular, evidencia cómo en los contextos diversos de las marchas anticuarentenas y los llamados banderazos se corrieron los límites de lo decible, y comenzaron a ser audibles diversos tópicos que antes eran considerados inaceptables.

El análisis que presentamos a continuación intenta abordar algunos de estos procesos, a partir de diversas materialidades significantes. Nuestra apuesta interpretativa es que a partir del año 2020 se modificaron los límites de lo decible en nuestra sociedad hasta hacer posible el retorno resignificado de componentes discursivos de Cambiemos, y de otros enunciados radicalmente conservadores que en los años previos permanecían en los márgenes y provocaban un fuerte repudio social (Angenot, 2010). Estos procesos provocaron una ampliación de los lenguajes de derechas, en tanto dimensión simbólica constitutiva de la recomposición organizada de un conjunto de fuerzas políticas reaccionarias y conservadoras. Nuestras principales preguntas son: ¿qué tópicos estructuraron estas configuraciones discursivas a partir del año 2020 en las particulares condiciones de la pandemia?, ¿qué ideologemas los constituyeron y cómo resignificaron sentidos previamente disponibles, que en cierta forma le ganaron la batalla simbólica al discurso del gobierno y rehabilitaron narrativas conservadoras previamente periféricas?

Los primeros efectos del Covid-19 se transformaron en una cuestión social en nuestro país a partir del 3 de marzo del 2020. En un primer momento, hubo consenso sobre las políticas públicas desplegadas. Para abril del mismo año, un conjunto de enunciados contrarios al gobierno

¹ En Córdoba, en la marcha del 17-A del año 2020, el Patriarcado Unido Argentino marchó con una bandera en la que se veía a un soldado abrazar a una mujer. El Grupo GUIA (Guardia de la Identidad Argentina) milita desde el año 2015, se autodefine como cristiano-nacionalista, uno de sus principales referentes es Seineldín y realizan actividades en conjunto con los grupos antiabortistas. Como señalan en su canal de YouTube, reivindican a los carapintadas como los “últimos argentinos” y desarrollan teorías conspirativas sobre el coronavirus.

comenzó a hacerse cada vez más visible. Paulatinamente fue configurándose una trama de tópicos que volvieron a ofrecerse como claves de inteligibilidad de los diferentes acontecimientos que se iban produciendo en el complejo contexto de la pandemia, y en ocasiones reaparecieron significantes que antes de la llegada del virus estaban cancelados.² Así, fue configurándose una zona de lenguajes reactivos al gobierno, que tienen como una de sus características principales dosis crecientes de violencia simbólica y la configuración adversarial tanto del peronismo como de los colectivos que han movilizado en los últimos años procesos de ampliación y reconocimientos de derechos (como, por ejemplo, las organizaciones feministas o los organismos de derechos humanos). Por otro lado, los enunciados fueron configurando zonas con evidentes fronteras simbólicas entre ellas: los leones se diferenciaron de las palomas y construyeron sus propias retóricas y demandas. Como señala Zamarguilea (2021), la importancia de esta operación discursiva y política es la rearticulación de un bloque de derecha iniciada en el año 2020, lo que permitió recuperar algunas de las tareas que esa fallida experiencia había dejado pendientes.

En este desplazamiento de los límites de lo decible, se dieron dos acontecimientos político-discursivos importantes. Por un lado, una vasta trama de discursos antipolíticos y antipopulistas que venían gestándose desde el año 2008, las movilizaciones del 2012 y otras acciones antikirchneristas lograron cristalizar en el nuevo contexto y adquirieron una inusitada circulación. Estos componentes habían sido centrales en la composición de la identidad de Juntos por el Cambio, en el año 2015; en particular el repudio al peronismo y su vinculación con aspectos autoritarios y corruptos. Encontraron en la pandemia condiciones que habilitaron

² La noción de inteligibilidad implica que ciertos significantes asumen una capacidad privilegiada para la interpretación ideológico-discursiva de una serie de acontecimientos en un momento dado. Por ejemplo, en este caso, una clave refutacional en relación a toda medida tomada por el gobierno: la prevención en las cárceles es *liberación de los violadores*, la cuarentena es *cuarantena*, la suspensión preventiva de actividades es *infectadura*. En síntesis, la acción del Estado se configura siempre como un daño, una amenaza. Por otro lado, durante la pandemia el miedo a la invasión a la propiedad privada y el acecho del comunismo, en tanto enemigo de la Nación, tomó forma en diversas doxas pseudonacionalistas (el caso Vicentín, la estigmatización de la “vacuna rusa”, la llegada de los “médicos cubanos”, las consignas “no queremos ser Venezuela”) El “enemigo de la Nación” volvió a ser, inesperadamente, una clave de inteligibilidad.

su restauración, anclada en las críticas a las medidas contra el Covid-19. Por otro lado, actores de otras fuerzas políticas que venían operando críticamente en relación a Macri, y que estaban en los márgenes, alcanzaron un mayor reconocimiento (Milei, Gómez Centurión). En poco tiempo se consolidaron con una estrategia de diferenciación respecto a identidades neoliberales preexistentes, a las que trataron de “tibias”, y provocaron un efecto de corrimiento hacia la derecha en el campo político general, aun cuando su capacidad de acceso a cargos estuviera muy limitada en términos electorales. A los relatos neoliberales preexistentes les agregaron una puesta en duda de las propias condiciones democráticas y unas persistentes proxémicas del odio, lo que legitimó a los sentidos conservadores un poco más.

Nos interesa detenernos en este momento, como quien mira cuidadosamente un paisaje, para analizar a partir de una perspectiva socio-semiótica ciertos discursos producidos en el año 2020, en los que se desplegó toda una gnoseología de la pandemia y sus posibles formas de gestión, de acuerdo a tendencias que también se presentaron a nivel global y regional y a partir de estrategias comunicacionales innovadoras. Haremos uso de la categoría de discursos conservadores o de derechas, haciendo alusión a un cierto núcleo de significados que estos enunciados comparten: se trata de doxas antipolíticas, antiestatales, antipopulistas (y en particular antikirchneristas), neoliberales en lo económico y conservadores en lo moral. A veces, son melancólicas de la dictadura cívico-militar y anhelantes de un orden perdido que se traduce en una demanda de punitivismo. Todas son indiferentes a la desigualdad económica y social (Dubet, 2016), promueven el mérito individual, consideran que las instituciones clásicas de la política (partidos, militancias) son anacrónicas y corruptas; sin embargo, disputan el poder en las instituciones de la democracia y lo hacen a través de un constante trabajo de producción simbólica e ideológica. En los últimos tiempos son también adversarias en relación a lo que designan como la “ideología de género”, negacionistas y promotoras de una supremacía blanca y odiante. Han sido estudiadas tanto por las ciencias políticas como por los estudios del discurso en tanto gubernamentalidades relativamente hegemónicas en las últimas décadas, aunque –por una razón de espacio– no haremos en esta ocasión una revisión de estos estudios.

La pandemia hizo posible unas modulaciones específicas y heterogéneas de estos lenguajes, provocando una variedad que se da por primera vez en la historia de la democracia. Una pluralidad de opciones narrativas de derecha que a su vez compiten entre sí, ofrecen claves de intérpretes conservadoras a diferentes sectores sociales y etarios. Tres gramáticas diferenciadas se despliegan en esta zona amplificada. En primer lugar, aparece una matriz vinculada a los tópicos hegemónicos de Cambiemos, movilizados por sus principales referentes y activistas en redes, los que fueron además pregnantes en las marchas anticuarentena. Organizaciones y funcionarios importantes (como Pichetto, Bullrich, Carrió, Macri) forman parte de este conjunto que se presenta como una continuidad resignificada de los mismos discursos que perdieron credibilidad en la elección presidencial del 2019. También participan activamente en la restitución de estos enunciados los medios de comunicación que asumen posturas críticas al gobierno, y las militancias organizadas en redes que alcanzaron una inédita capacidad de interpellación durante la pandemia, quizás por la imposición del aislamiento que generó una mediatisación intensa de la vida cotidiana. Un segundo conjunto de discursos se vincula con algunos colectivos marginales, radicales y de apariciones esporádicas referidos a la reivindicación de la dictadura, la religión y la hegemonía masculina. Durante las marchas, fue posible ver banderas con programáticos específicos sobre el patriarcado, la consigna “religión o muerte” o la figura de Videla. Estos enunciados circularon aproximadamente entre mayo y julio durante los banderazos, para luego desaparecer porque no lograron ninguna verosimilitud.³ Aún a pesar de esto, constituyen indicios de una

³ En cierto sentido, no lograron sedimentar en tanto matriz significante estable, sin embargo, permanecen como lenguajes disponibles que pueden en el futuro alcanzar efectos de creencia. Esto es fundamental para el porvenir de la democracia. Operan de modo concomitante con otros ideologemas, y devastan simbólicamente no sólo la política, sino también el sistema democrático, en las formas de la melancolía de la dictadura, el llamado al “alzamiento”, el tópico del vacío del poder y la noción de una “esencia argentina” amenazada. El discurso de Aldo Rico del 22 de julio de 2022 se inscribe en esta línea significante, llamando a un alzamiento militar. Marginales y episódicas, quedaron en condición de momentos: son indecibles. El discurso social no admite las *verdades* patriarcales explícitas o las reivindicaciones directas de la dictadura cívico-militar y es capaz todavía de generar instancias sancionatorias (declaraciones de repudio, etc.). Recuperado de <https://shorturl.at/uuZxR>.

reconfiguración de lo decible que admite ahora reivindicaciones melancólicas vinculadas a una moral conservadora y que quedan potencialmente disponibles para alguna semiosis futura, cuando no habilitando un reverso en el momento presente. Así, por ejemplo, todo enunciado explícitamente patriarcal (todavía marginal) habilita en cierta forma la construcción del colectivo feminista como un adversario. Finalmente, identificamos una tercera zona del campo discursivo que se vincula con los tópicos libertarios diferenciados de Juntos por el Cambio, fundamentalmente a partir de la figura de Milei, pero también con los colectivos militantes, *influencers* conservadores y figuras mediáticas.⁴ La paulatina adquisición del crédito y la visibilidad pública y mediática de estos enunciados se dio durante la pandemia, aunque estas organizaciones radicalizadas venían articulando a través de coaliciones y de la fundación de espacios desde el 2019.⁵ Organizaron numerosas manifestaciones contra la cuarentena, disputando los sentidos de las políticas sanitarias en un odiante desprecio que tensó los límites de lo decible.⁶ En este caso, las disputas en torno al significante “libertad” (vinculado a una intensa individualización) y las denuncias sobre el “enemigo populista” constituyen mecanismos de inteligibilidad centrales y novedosos.

4 Algunas de estas figuras son Milei, Maslatón, Laje, El Presto, Lila Lemoine, Zicarelli, Tipito enojado, y algunas organizaciones como Pibes Libertarios, Estudiantes por la libertad, Nueva Centro Derecha, La Libertad Avanza, Revolución Federal, Jóvenes republicanos, Fundación Libertad, etc.

5 Como señalan Morresi, Saferstein y Vicente (2021), sectores que criticaron por derecha al gobierno macrista fueron ganando relevancia y presencia en las calles y redes sociales (Javier Milei, Agustín Laje, José Gómez Centurión, Espert), desplegándose en reuniones empresariales, presentaciones de libros y conferencias, pero también en medios de comunicación y marchas callejeras. En el año 2019, Gómez Centurión y Espert se presentaron a elecciones como alternativas por derecha al PRO y a pesar de los magros resultados “ayudaron a reorientar el debate público hacia la derecha”, planteando ya algunos de los tópicos que retornarían con intensidad en las marchas anticuarentenas (2021).

6 Este panorama coincide parcialmente con las diferentes derechas que definen Morresi, Saferstein y Vicente (2021) y Morresi (2020): la derecha neoliberal (PRO), la derecha nacional populista y la derecha libertaria. Sin embargo, nuestra perspectiva de análisis no es una taxonomía exhaustiva de los discursos existentes en las últimas décadas, sino el análisis de una topografía constituida en torno al acontecimiento de la pandemia. Lo que confirmamos es la visibilidad del primer y el segundo conjunto, con un desdibujamiento de la derecha nacionalista. Es decir, nuestro análisis es más sincrónico que diacrónico: como hemos dicho, un régimen de enunciabilidad definido en un contexto singular.

Si bien estas configuraciones emergieron en un contexto inusual, quedaron como marcos disponibles y sedimentados, generando identidades narrativas pregnantes en el campo político que han comenzado a operar con eficacia en las elecciones presidenciales del año 2023. Así, a los 40 años de democracia, más que una proliferación del lenguaje de los derechos y de reencantamiento de la política, lo que encontramos es un afianzamiento de los discursos neoliberales en lo político-económico y conservadores en lo moral. En el marco de una investigación más amplia, referiremos en este capítulo a la primera formación discursiva: la resignificación de los lenguajes de Cambiemos en pandemia y sus principales tópicos.

Algunos fundamentos teóricos

Desde un punto de vista teórico, nuestra investigación se desarrolla a partir de unos postulados vinculados a la sociosemiótica, en una mirada teórica y analítica que considera la dimensión simbólica de los procesos políticos y sociales. La categoría de discurso es central en esta perspectiva, con énfasis en las nociones de construcción y de una regulación de lo decible (en el sentido de un orden del discurso). Esto implica que la problemática del signo no se vincula con unos objetos que se expresan o con unas condiciones objetivas dadas que se reflejan en él, sino que produce los objetos de los que habla. Nos inscribimos en una problemática del significante según la cual un término no expresa a un sujeto ni encuentra un sentido inmanente y estabilizado, sino que adquiere (o no) una cierta capacidad para estructurar el campo político en un momento dado según su fuerza de interpellación. Es decir, importa el significante capaz de definir una grilla de inteligibilidad, el que puede investir eficazmente de sentidos un acontecimiento por sobre otras significaciones posibles. Por esta misma razón el lenguaje es performativo, ya que al alcanzar un cierto estatus de verdaderos algunos enunciados pueden provocar un conjunto complejo de efectos posibles.

Al considerar la dimensión simbólica como constitutiva de todo proceso social, asumimos que no hay una diferencia tajante entre discursos y hechos (Verón, 1980; Foucault, 2005). Como ha señalado Verón, “la

acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que la genera y del universo imaginario que ella misma engendra dentro de un campo determinado de relaciones sociales" (2003, p. 15). Así, cuando referimos a que unos objetos se semantizan de una cierta forma en el contexto de un trayecto temático o una formación discursiva, no suponemos la existencia de una entidad dada que adviene a la luz, sino de unas superficies de aparición en las que encuentra justamente su status de objeto, en las que se vuelve nominable, descriptible. En síntesis, se trata de la descripción de un sistema de enunciabilidad en el cual unos objetos se configuran y transforman (Foucault, 2005, p. 220). En este sentido, no naturalizamos ninguna nominación como evidente, y las contingentes formas de nombrar adquieren una dimensión de inherente politicidad. Todo objeto emerge en unas condiciones discursivas que postulan una fijación precaria del sentido: "en nuestro intercambio con el mundo los objetos nunca nos son dados como entidades meramente existenciales, ellos se nos dan siempre dentro de articulaciones discursivas" (Laclau, 1990, p. 118). Tal significado no tiene nada de apriorístico, no deviene de ninguna lógica objetiva: entendida como un proceso ilimitado, temporal y contingente, en la red de la semiosis social objetos y sujetos se significan de modos singulares. El carácter precario de esta fijación marca también una cierta inestabilidad de los sentidos, una arena de lucha. Como han señalado diversos autores, es posible argumentar teóricamente un estado del discurso social siempre dividido, en el cual diferentes discursividades disputan por imponer los sentidos legítimos. Las nociones de "multiacentuación ideológica" de Voloshinov y de "hegemonía discursiva" de Angenot dan cuenta de estas concepciones discursivas (Martínez, 2018). Así, entre las implicancias teóricas de un análisis de este tipo, no se supone una identidad política ya configurada o un individuo no condicionado que se expresa en el discurso. Tal como lo señala también el Análisis político del discurso, se evita toda referencia explicativa a instancias externas que puedan imponerse de modo lineal:

Nuestra mirada procura alejarse tanto de los análisis centrados en las meras "intenciones" o "intereses" de los agentes cuyo sustento se encuentra en la concepción del sujeto político autoconciente y preconstituido, como de aquellas lecturas que buscan estructuras de sentido subyacente que imponen

límites apriorísticos a las configuraciones políticas. Nuestra atención se dirige entonces hacia la disponibilidad y prevalencia de lenguajes políticos en y a través de los cuales los agentes sociales se identifican políticamente y batallan para dar sentido al mundo que los rodea. (Barros y Daín, 2012, p. 17)

Una perspectiva sociosemiótica sigue estrictamente este trayecto al considerar fundamentalmente los lenguajes políticos, sus procesos de disputas y transformaciones y el modo en que dieron sentido a un cierto acontecimiento y sus actores.

Desde un punto de vista metodológico, en nuestro metalenguaje serán centrales dos categorías de Angenot referidas al análisis del discurso social: tópico e ideologema. Vitale retoma la noción de tópico para definirlo como un conjunto de ideologemas que pertenece a la doxa y que es considerado verosímil en un momento dado; es decir, una formulación que se encuentra admitida como verdadera por un grupo social determinado (2015, p. 2). Este concepto resume un complejo problema que se presenta de modo recurrente en las perspectivas sociosemióticas, como la vinculación entre ideología y discurso: al partir de un supuesto teórico construcciónista, se evita todo tipo de definiciones de lo ideológico como una instancia representacional o de contenido. Como ha señalado Voloshinov, el signo es ideológico y la ideología es semiótica. Y ambos se vinculan en la producción de un régimen de verdad que se da en las condiciones específicas de una época. En esta perspectiva, no es discernible una topografía social en la que los signos serían sesgados, mientras que otros no: más que ideologías, lo ideológico aparece como una gramática posible de significación y como una categoría que atraviesa toda la vida social y simbólica (Verón, 1980). Simplificando una cuestión que tiene una amplia tradición teórica, señalemos que, siguiendo la tradición de Voloshinov, Angenot propone que "todo signo es ideológico",⁷ contra

⁷ Para Angenot, esto quiere decir que "todo lo que se puede identificar, como tipo de enunciados, verbalización de temas, modos de estructuración o composición de enunciados, gnoseología subyacente con una forma significante, todo eso lleva la marca de maneras de conocer y de representar lo conocido que no *caen por sí solas*, no son naturales, ni necesarias ni universales; comportan apuesta sociales, expresan –indirectamente– intereses sociales, ocupan una posición (...) en la economía de los discursos sociales" (1998, p. 23). Ya esta cuestión había sido profundizada en la lectura althusseriana que realiza Pêcheux en relación a las formaciones discursivas, al marcar

toda idea de código neutro o inmanente. Así también, la noción de discurso social designa “la totalidad de la producción ideológica-semiótica propia de una sociedad” (Angenot, 1998, p. 21). Más específicamente, la noción de ideologema aparece como correlativa a la de tópico y designa a las “pequeñas unidades significantes dotadas de aceptabilidad difusa en una doxa dada” (Angenot, 2010, p. 25).

Estas unidades de sentido son dinámicas, migran y en su circulación van transformándose. Tópicos e ideologemas tienen la forma de materialidades discursivas, incluso translingüísticas, y presentan siempre un cierto marcado axiológico. Sobre estas huellas trabajaremos para dar cuenta de ciertas configuraciones propias de un momento dado, intentando dar cuenta de su singularidad de época. El ideologema aparece como una unidad acotada de sentido que exhibe a la vez una cierta acentuación ideológica.⁸ Así, tópico e ideologema aparecen como categorías operatorias vinculadas, y en conjunto aparecen en totalidades mayores que Angenot define como gnoseologías, visiones de mundo o modos de conocery objetivar la totalidad social. En cierta forma, ideologema es una noción afín a la de invariantes semióticas de Verón, en tanto recurrencias de ciertas operaciones en procesos de significación en un archivo dado, que encuentran sus condiciones de posibilidad más allá de la lengua pero que a la vez no se derivan directamente de ninguna otra objetividad dada.

como central la relación ideología-discurso y a la vez señalar una complejidad inherente de esta relación: sobre la naturaleza de esta correspondencia se dirá que no es una pura equivalencia, ni una simple distribución de funciones sino una intrincación entre formaciones discursivas e ideológicas cuyo principio residirá en la interpellación y la forma-sujeto (Pêcheux, 1966, p. 145).

8 Al referir a esta unidad de análisis, Angenot no establece el alcance del término “pequeña”, y tratándose de fenómenos de sentido no es posible tampoco definirla taxativamente. Aun así, por una analogía terminológica con la categoría de *semema*, podemos interpretar que se trata de una “unidad mínima” de la significación, relacional y no sustancial, definida en un contexto exploratorio, parafraseando la definición de Greimas y Courtés (1990, p. 348) en el cual un término adquiere una significación más o menos estabilizada. Es notable que también el estructuralismo se preocupó por la categoría de lo “mínimo”: “También el carácter *mínimo* del sema debe ser entendido en un sentido muy relativo: mínimo con relación al campo de exploración escogido” (Greimas y Courtés, 1990, p. 349). Unidades menores permiten a partir de unas ciertas reglas de articulación explicar configuraciones y gramáticas mayores: este es el procedimiento explicativo del estructuralismo. Angenot se inscribe en una línea diferenciada de la Escuela de París, la vinculación entre ideologema y semema en el fondo es conceptualmente impropia.

Recurrimos a estas categorías para dar cuenta de lo propio de ciertas discursividades que se desplegaron en el contexto de pandemia. Y, en particular, analizamos cómo fueron resignificados y revitalizados tres tópicos centrales de la identidad política de Cambiemos: el mito del “mercado libre”, la configuración abyecta de la política en general y el populismo/kirchnerismo en particular y las proposiciones sacrificiales como posible resolución al Covid-19. Para dar cuenta de estas configuraciones se ha constituido un corpus amplio, en el que incluimos tanto discursos de los medios masivos clásicos (como la televisión y la gráfica) como de interacciones digitales (en este caso, seleccionamos las principales etiquetas que caracterizaron contenidos en las convocatorias a los banderazos o marchas anticuarentena).⁹

Resignificaciones en pandemia de los tópicos neoliberales

La pandemia en nuestro país sorprendió a un gobierno que había triunfado en las elecciones presidenciales por escaso margen unos pocos meses antes; en diciembre del 2019 el Frente de Todos (Alberto Fernández, 48%) le ganó a Juntos por el Cambio (Mauricio Macri, 40%). En el inicio, las primeras decisiones políticas de salud pública tomadas por el presidente Alberto Fernández, con el apoyo de los gobernadores de las provincias, se vincularon con el “virus” entendido como un “enemigo a combatir” y configuraron un “Estado cuidador” (Farrán, 2020). En este sentido, dos de las medidas más importantes para combatir el virus fueron el Aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) y el Distanciamiento social preventivo y obligatorio, desde el 20 de marzo de 2020 en adelante (DISPO, Decreto 297/20). A fines del mismo año, el plan de vacunación fue otra decisión de salud pública central. En uno de los primeros discursos presidenciales referidos al Covid-19, el virus fue definido como “el problema de salud más grave que hemos tenido en toda nuestra vida democrática”

9 El corpus incluye los discursos de los hashtags #Bájense los sueldos (30/04), #Cacerolazo30A (30/04), #CFKLadronadelaNaciónArgentina (17/05), #9jBanderazo porlaRepública, #9dejulioporla libertad (9/07), #17AContralaimpunidad, #17aSalimostodos, #17a (17/08), #12OSeamosLibres (12/09), todos del año 2020, más notas de diarios nacionales entre abril y octubre del mismo año (La Nación, Infobae, Página 12, Perfil, Clarín).

(19/03/20) y como una amenaza mundial que exigía medidas excepcionales. Desde el principio, el gobierno propuso dos tópicos frente a este escenario complejo: el de los cuidados (de sí, de los otros, a través del aislamiento, el uso del alcohol, el barbijo, etc.) y el tópico de un Estado activo, capaz de desplegar políticas en diferentes ámbitos (social, sanitario, económico).¹⁰ La insistencia en los cuidados preventivos desplazó la necesidad de mantener las actividades económicas e institucionales frente al crecimiento de los contagios. En sus inicios, estas políticas alcanzaron un alto consenso. El acatamiento generalizado de los decretos, las postales de concordia del Ejecutivo nacional con los gobernadores, el reconocimiento a los médicos y a las instituciones públicas de salud, los medios de comunicación unificados en la promoción de una campaña basada en la responsabilidad social, son los indicios simbólicos de este consenso. A partir de mayo se desató un litigio constante acerca de la legitimidad de estas decisiones (Martínez, 2020). Así, por más sólido que pareciera, este consenso relativo comenzó a desdibujarse rápidamente.

Al mes de las medidas de distanciamiento obligatorio, las primeras consecuencias económicas y sociales comenzaron a visibilizarse. Con el aislamiento, la vida cotidiana de las personas y las instituciones se trastocó gravemente, y una avalancha de críticas se desató hacia fines de abril del 2020. La oposición comenzó a cuestionar, las redes se activaron, la ciudadanía anticuarentena comenzó a expresarse en las calles.¹¹

10 Diferenciándose así de políticas sanitarias que desarrollaron otros líderes, como Trump, Johnson y en Brasil Bolsonaro. Un tercer tópico importante, pero menos significativo para el caso de la tematización de las vacunas, fue una definición comunitaria de la pandemia y, por lo tanto, de una salida también necesariamente social, basada en el reconocimiento de la solidaridad y los lazos y no en la posibilidad individual de prevenir o resolver el problema.

11 El término mismo de “cuarentena” –en tanto designación metafórica que se impuso rápidamente– implicaba un matiz desafortunado para el gobierno: un estado de suspensión, encierro e incertidumbre, más que una política activa contra una enfermedad. Dio lugar a diversos neologismos axiológicos negativos: “cuaresma”, “cuarentanqui”, “cuarenflex”, “cuarendendeuda”, “cuarenbullying”, etc. Con la expresión “el Presidente se enamoró de la cuarentena” se fijaron varios sentidos: no es una decisión racional, se vincula con un estado pasional, se gestiona desde una omnipotencia voluntarista y pathémica de un Ejecutivo irracional (<https://shorturl.at/omjaL>). A partir de abril, un conjunto de metáforas siempre peyorativas pasó a designar la gestión sanitaria: “infectadura”, cuarentena como “Estado de sitio”, “infectadura como totalitarismo”, “terror sanitario”, etc.

En este punto, los límites de lo decible fueron tensados insistentemente: ya era posible cuestionar los cuidados e incluso negar la existencia del virus. En un discurso especular y antagonista, las medidas de cuidados fueron tematizadas como típicas de un populismo autoritario e interventor, y entendidas como una violación de los derechos de los ciudadanos y las empresas. Un campo interminable de disputas de sentido se configuró. La “cuarentena” fue definida como devastadora para la economía y peligrosa para las personas. Los intelectuales anunciaron que la democracia estaba en peligro: en Argentina se vivía una “infectadura” (1/06/20).¹² Cuando el gobierno comenzó a considerar el problema de los contagios en las cárceles, una movilización reclamó que no fueran liberados “los violadores de nuestras hijas” (banderazo del 30/04/20).¹³ El “campo” exigió el respeto por la Constitución Nacional (9/07/20),¹⁴ se quemaron barbijos frente al Obelisco (7/05/20),¹⁵ la oposición calificó al gobierno de “dictatorial” (Carrió, 6/09/20)¹⁶ y Macri denunció que la verdadera oposición de este escenario era la “República contra la republiqueta” (Carta, La Nación, 13/09/20).¹⁷ En septiembre, una segunda carta de intelectuales habló de “terror sanitario” (09/09).¹⁸ En nueve meses, dos cacerolazos y siete banderazos ocuparon las calles y las agendas mediáticas desplegando públicamente todo tipo de denuncias contra el gobierno, el aislamiento y la corrupción. Como señala Morresi, las manifestaciones contra el gobierno de Alberto Fernández fueron claves en este escenario. Comenzaron con una frecuencia semanal y una baja resonancia; sin embargo, frente a las medidas sanitarias, se organizaron de forma más aceitada, con la articulación de grupos militantes, referentes mediáticos, personalidades públicas o núcleos de redes sociales (Morresi et al, 2020). Cuando estas convocatorias convergieron con fechas patrias y protestas contra otras medidas del gobierno (como la intervención en la cerealera Vicentin o la propuesta de reforma judicial), se ampliaron en tanto trama sociopolítica y en su

12 <https://shorturl.at/ppDG1>.

13 <https://shorturl.at/E8jTX>.

14 <https://shorturl.at/IPSIO>.

15 <https://shorturl.at/48jxo>.

16 <https://rb.gy/wfirr2>.

17 <https://rb.gy/zw99ba>.

18 <https://rb.gy/kua7rb>.

red significante. Primero, se autodenominaron cacerolazos (30 de abril, 7 de mayo, 10 de junio). A partir de entonces, y particularmente activas en las efemérides nacionales, convocaron en términos de banderazos, el 20 de junio (junto a la protesta contra acciones en Vicentin), el 9 de julio (contra la salida de Lázaro Báez), el 1 de agosto (articulada contra la reforma judicial), el 17 de agosto, 13 de septiembre, 19 de septiembre, 12 de octubre. A mediados de octubre de 2020, la aprobación de la gestión de la emergencia alcanzaba el 43%,¹⁹ con una evidente preocupación de la población por los asuntos económicos, laborales, educativos, etc. De allí en adelante la crisis económica y política no cesó de desgastar a la figura presidencial.

La configuración de estas impugnaciones, como ya hemos señalado, no se dio en un vacío, sino que retomó y torsionó algunos lenguajes que una hegemonía neoliberal había dejado disponibles. Así, en un proceso rápido, enunciados marginales en el estado del discurso social se vieron beneficiados en su circulación por súbitas fuerzas centrípetas, como vectores que intervienen para la reconfiguración de una matriz de sentidos luego de la dislocación de la pandemia, a favor de significantes nodales conservadores (mercado, odio, sacrificio). En primer lugar, encontramos que la defensa de la fórmula de la economía sobre la vida que reclamó el retorno de las actividades contra el aislamiento obligatorio es una resignificación del mito del “mercado libre” (Barros, 2001). En segundo lugar, analizaremos las figuras discursivas negativas de la política y la configuración del enemigo peronista/kirchnerista. Se desplegaron desde un primer momento, a partir de un cacerolazo cuya principal demanda era que los políticos se bajaran los sueldos para combatir el Covid-19 y que Cristina debía renunciar por “chorra” (30/03/20). Finalmente, observamos el retorno de los componentes sacrificiales que caracterizaron al neoliberalismo en los tópicos de la “inmunidad de rebaño” o incluso en los discursos antivacuna que se desplegaron más tardíamente, y que encuentran como fondo el repudio a lo colectivo y la afirmación de las subjetivaciones individualizantes.

Avancemos en el análisis del primer tópico: economía *versus* vida. En nuestro país, un elemento común a las identidades neoliberales es

el “mito del mercado libre” (Barros, 2001), proposición que se resignificó en contexto de pandemia. Este fue un elemento constante en el discurso de la alianza Cambiemos que estructuró además toda la gestión económica, basada en la financiarización y el alto endeudamiento público. Un significante central de los discursos en estos años fue el *ethos* vinculado al emprendedor meritocrático adaptado a la forma de la empresa, y la economía y el mercado como formas fetiches de sus discursos. Recordemos una pequeña escena que ejemplifica este estatus junto a la gestión económica desplegada. El 12 de agosto de 2019, luego de los resultados desfavorables que obtuvo Juntos por el Cambio en la primera vuelta de las elecciones presidenciales nacionales, Macri espetó una amenaza que dio un estatus inédito al mercado en el medio de una lectura prioritariamente económica de un resultado político.²⁰ En este discurso se definió como una entidad del imaginario político dotado de poderes y de capacidad punitiva, capaz de destinar todo tipo de sufrimientos al pueblo que había optado equivocadamente por el kirchnerismo, mereciéndose, por lo tanto, castigos que se anuncian con vehemencia. El mercado aparece así como una entidad capaz de proponer y también de prescribir unos ciertos programas narrativos, siempre vinculados a la necesidad de una circulación/producción económica

20 Macri, 12/08/19: “Y además haciéndonos cargo de todas las dificultades que ha generado esta elección porque de la euforia que había en el mundo económico local e internacional el viernes, a partir de encuestas que estaban equivocadas. Que decían que íbamos a tener un buen resultado, veíamos gente que venía a invertir, a apostar, a comprar empresa argentina, a traer dinero, generando empleo, oportunidades de progreso para todos, el día lunes, ante el resultado adverso al gobierno y favorable al kirchnerismo lamentablemente hoy hemos tenido un día muy malo, muy malo. Hoy estamos más pobres que antes de las Paso, hoy nos ha pegado un impacto muy fuerte esto, el dólar de nuevo volvió a subir, con todas las consecuencias que eso tiene, todos lo sabemos. (...) Y especialmente hacernos cargo de que este proceso electoral no castigue aún más a los argentinos, porque si había muchos que estaban con bronca, a partir de lo que pasó hoy en los mercados, las cosas no van a mejorar, lamentablemente. (...) No hay dudas de que si el viernes estábamos en una situación donde el dólar bajaba, las empresas argentinas mejoraban, la financiación aumentaba y se consolidaba el proceso de baja de inflación y de crecimiento de la economía, y a partir de este resultado electoral, desfavorable al gobierno y favorable al kirchnerismo, se da vuelta todo... las empresas bajan un 30%, el riesgo país subió 350 puntos en una hora, y el dólar subió lo que subió, eso demuestra que hay un problema grave entre el kirchnerismo y el mundo, y es que el mundo no le confía, el mundo económico, el mundo político, no le confía en lo que pretende hacer con la Argentina otra vez” (Macri, 12 agosto de 2019. <https://rb.gy/ntz1cu>).

19 <https://rb.gy/oqr2oc>.

ilimitada y constante, que no puede ser suspendida. Nada puede obstar a la flujo capitalista. Una gnoseología de este tipo establece como criterio de éxito y aceptabilidad de unos colectivos su productividad económica: las primeras críticas a la cuarentena se articulan argumentativamente con este ideologema. En este sentido, ante la perspectiva de la continuidad del aislamiento, ya a mediados de abril, Miguel Angel Pichetto en una entrevista televisiva delineó con éxito simbólico estos tópicos, reclamando una flexibilidad de la cuarentena: “esta semana creo que hay que hacer algunas flexibilizaciones, para que la gente vuelva a la actividad económica, porque los efectos en la economía son letales”.²¹ Con estas operaciones, que se mantuvieron luego invariables a lo largo de toda la pandemia, se iniciaron las críticas más severas al gobierno. Fueron pronunciadas en pleno consenso unificado, pero no provocaron ningún escándalo: por el contrario, encontraron condiciones para una rápida proliferación y una verosimilitud inmediata. El daño económico era innegable, sin embargo, no necesariamente debía entenderse en esta clave y podía ser ponderado de otra forma, en relación a las vidas resguardadas, la búsqueda de soluciones médicas, etc. En este sentido, es posible afirmar que, en la confrontación con las explicaciones del gobierno, esta interpretación fue ganando la pugna simbólica. Esta operación realiza una inversión directa de la pareja axiológica que venía estructurando los discursos de Fernández: la economía es más importante que la vida y cualquier cosa que la interrumpa (como la cuarentena) es causa de muerte, crisis o caos. Desde el principio, la configuración de un colectivo social dañado fue visiblemente constituido en estos discursos. En esta narrativa fue configurándose un nuevo peligro. Hay, entonces, algo más grave que el virus: la cuarentena y el gobierno que la promueve. En una sucesión de componentes diagnósticos, comienzan a definirse nuevos criterios para la inteligibilidad del escenario, en concurrencia con los medios de comunicación que jerarquizan en sus agendas las consecuencias económicas, descontextualizadas de todas las políticas públicas que se implementaban en ese momento y de los procesos en los países que no habían interrumpido sus actividades y que presentaban escenas de muerte alarmantes. Así,

²¹ Las citas corresponden a la entrevista en La Cornisa, 19 de marzo de 2020 y a una nota del diario Perfil (3 de abril de 2020). <https://t.ly/VoSwT>.

el significante “cuarentena” quedó fijado a la noción de un daño económico y material, político después, y finalmente moral, que se argumentó a través de dos estrategias: los datos cuantitativos y las categorizaciones negativas del ASPO y el DISPO:²²

- ◆ una serie de datos cuantitativos que insisten en los daños materiales: “87% empresas tiene serias dificultades para pagar sueldos”, “el 64% directamente manifiesta que no va a poder pagar”, “el 23% sólo pagará la mitad”, “el 75% de estas empresas tiene cheques rechazados”, “el 81% de estas empresas encuestadas no pudo acceder a los créditos con la tasa”, “el sector comercial 44% tiene cheques rechazados”, “hay que abrir esto, genera depresión y es devastador para la economía”, “hay un 40% de la población que vive de trabajo informal”.
- ◆ unos enunciados taxativos que comienzan a marcar axiológicamente de modo negativo a las políticas en general: “la inactividad es total”, “los efectos en la economía son letales”, “procesos de quiebra que se vienen para el mes de agosto”, “sin empresarios y empresas no hay trabajadores”.

La preeminencia de la forma empresa, la flexibilización y el riesgo como componentes de una moral neocapitalista, la defensa directa de los intereses de los empresarios, pero también la tematización de la incertidumbre y angustia frente a una cuarentena indefinida y sus perjuicios para trabajadores, independientes y pequeñas empresas dan verosimilitud a la lectura. Así, de la misma manera que lo fue durante el gobierno de Macri, se espera constantemente que el individuo actúe por el bienestar de la economía, aún en condiciones adversas, fusionando, como señala Brown, la independencia hiperbólica con la “disposición al sacrificio” (2016, p. 169). Indirectamente, en estos discursos, además, se desdibuja completamente la noción de un “Estado cuidador” que efectivamente desplegaba un conjunto amplio de políticas públicas en ese momento. En esta clave, gobierno/Estado se funden en la gestión de una “cuarentena” que sólo provoca daños irreparables a toda la sociedad, en la medida en que un mercado detenido es equivalente a un peligro letal.

El segundo tópico, también visiblemente pregnante, fue el referido a las configuraciones negativas de todas las figuras de la política y en

²² Daño objetivo, pero también subjetivo: la cuarentena causa depresión, es necesario asumir los riesgos de la vida y la muerte.

general de lo público. Surgieron inmediatamente, en las formas discursivas de la demanda y la denuncia a la vez, para luego diluirse, o focalizarse en ciertas identidades. Proliferaron en redes, y fundamentalmente en twitter, a partir de etiquetas desde el principio peyorativas.²³ Existe en primer lugar una denegación completa de la “clase política” que rememora el gran clivaje construido en la crisis del 2001²⁴ (ciudadanos *versus* todos los políticos), y que se evidencia en la consigna del 30 de marzo “Bájense los sueldos”, como una solución posible a la pandemia. Este ideologema es concomitante con el que acabamos de analizar, ya que una vez tematizada la “cuarentena” como negativa, la *clase política* aparece como la principal responsable del daño. Si los ciudadanos están realizando un sacrificio, la clase política debe compartirlo también. La intensidad adversarial de estos enunciados callejeros es fuerte por la aparición de matices pathémicos que lindan con el repudio, el odio, el deseo de aniquilación de un otro: “Ellos y todos los funcionarios, jueces, ministros, legisladores, intendentes cobran el 100% de su sueldo sin trabajar y el autónomo pagará el 100% de sus impuestos sin facturar. ¿Esto es Justicia social? El ajuste solidario deber ser igual para TODOS, ¿no?”; “Por este receso obligatorio ganaremos menos todos los autónomos, los monotributistas, los informales y muchos trabajadores en relación de dependencia que tendrán que aceptar rebajas salariales para no perder el trabajo”; “Es hora de que los funcionarios que tienen sueldos holgadamente por arriba de lo que gana el promedio de los argentinos (no me refiero a la empleados públicos sino a aquellos que tienen resto más que suficiente para hacer un esfuerzo solidario con sueldos altísimos) tengan un gesto ante esta situación angustiante para la ciudadanía”; “¡¡Esto consigue la presión popular!! Ya logramos torcerle el brazo a la oposición (que tampoco quería bajarse los sueldos)”; “ahora nos toca hacer que el presidente Alberto Fernández nos escuche. Estamos en emergencia, lo dijo el propio Fernández, pues bien, en esa emergencia

23 Los enunciados siguientes provienen de un relevamiento de los hashtags “Bájense los sueldos” (30/04), “Cacerolazo30A” (30/04), “CFKLadronadelaNaciónArgentina” (17/05), “9jBanderazoporlaRepública”, “9dejulio por la libertad” (9/07), “17ACentralimpunidad”, “17aSalimostodos”, “17a” (17/08), “12OSeamosLibres” (12/09), todos del año 2020.

24 Y que fue fundamental en la construcción de un *nosotros* de la alianza Cambiemos en el año 2015, es decir, se trata de una oposición relacional fundamental para la identidad neoliberal que itera resignificándose según los contextos.

debemos colaborar todos (políticos incluidos)”; “Muchachos, les llegó la hora de ganar menos”; “Un Estado que funde pimes y se sube los sueldos!! El Estado en su totalidad tiene que bajarse los sueldos y los gastos. Basta de privilegios y beneficios”; “no fueron capaces de ser solidarios con su pueblo bajándose la dieta”.

El pedido de la disminución de salarios para la creación de un fondo para combatir el Covid-19 es desesperanzado, viene configurado de entrada en términos negativos y peyorativos. La clase política en su conjunto es ociosa, indiferente, abusiva y privilegiada. En tanto colectivo homogéneo, *los políticos* son caracterizados como dotados de privilegios y ventajas, mientras los “otros” (*nosotros, yo, todos, los trabajadores, los monotributistas, los autónomos, el pueblo, los argentinos, la ciudadanía, la gente de bien*) sufren todas las privaciones. Se trata de una escena dicotómica, en la que sin hacer diferencias partidarias se configura un gran enemigo de la sociedad y se configura un pueblo dañado, ignorado, saqueado y gravemente afectado por causa de la pandemia. Esta doxa asume siempre una forma transactiva y propone una única relación argumentativa: *los políticos* aparecen como la causa de todos los males. La estrategia de enunciación es diferenciada de otros contenidos: intensamente interpelativa, aparece como una orden desde el colectivo ciudadano al político, configura contradestinatarios directos. El modo verbal imperativo predomina (el ciudadano destina un programa narrativo, se inviste de la modalidad del poder), de la interpellación directa rápidamente se pasa al insulto: “bájense el sueldo, hagan algo por el otro”; “muchachos, les llegó la hora, ¿para cuándo se piensan bajar los sueldos los políticos y los jueces?, basta de humo!, basta de privilegios y beneficios, se nos burlan en la cara!”; “chanta, bájense los sueldos, sentimos vergüenza de ustedes, políticos, senadores, diputados y jueces!”; “señores, empiecen y bájense los sueldos, por favor!”; “los ‘honorables’ diputados y senadores, ratas que siempre han vivido llenos de privilegios y su mesa llena de exquisiteces a costa de nosotros”, etc.²⁵ El tono más interpelativo se desliza hacia las injurias, los insultos y las designaciones peyorativas de todo tipo, lo que a su vez configura un

25 La misma estructura presentó la fórmula del 2001: *Que se vayan todos*, desiderativa, imperativa, interpelativa y marcada por una pareja axiológica incommensurable, ellos *versus* nosotros.

enunciador pathemico atravesado por emociones tristes (enojo, indignación, frustración). Esta fórmula, configurada así, sólo aparecerá al principio de la pandemia, a fines de marzo, para luego desdibujarse. Su emergencia, aunque episódica, nos habla de la persistencia de una tópica pospolítica intensificada por la excepcionalidad de las privaciones que provoca la pandemia. Si bien aquí queda acotada a la demanda de la disminución de los sueldos, es importante señalar que este tópico puede intensificarse hasta lograr matices antidemocráticos, ya que la ineptitud de la clase política deriva en un diagnóstico de ineptitud de las instituciones democráticas.²⁶

Por otro lado, en segundo lugar, además de tratar como enemiga a la clase política en su conjunto, existe un repudio que se concentra en torno a identidades específicas, como el kirchnerismo, el peronismo y el populismo. Este tópico sí fue persistente en el tiempo y hasta la actualidad. Podría decirse que es el sentido incesante de la discursividad del macrismo, en torno al cual se configura la principal frontera antagónica con un exterior, siempre constituido por el populismo. Y la pandemia se constituyó en un escenario en el cual fue posible diversificar y renovar las posiciones de enunciación antagónicas con varios efectos de sentido que marcaron la escena política en ese momento. El odio al kirchnerismo es un sociograma denso, compuesto por varios ideologemas y migrante por diversos géneros discursivos. Estos discursos llevaron la delantera en la configuración de un enemigo y lograron en cierta forma generar una grilla de inteligibilidad que fue a la vez anticuarentena y antiperonista, como si estas dos cuestiones fueran inherentes la una a la otra. Los costos inevitables (económicos, institucionales, sociales y afectivos) de un aislamiento obligatorio en unas circunstancias excepcionales encontraron su lugar de inscripción en todo significante anticuarentena. En lo simbólico, esta vanguardia adversativa se instaló con relativa facilidad a partir del segundo mes, frente al discurso de destinación amplio y consensualista del Frente de Todos, orientado a construir un colectivo social unificado en su lucha contra la enfermedad y sin adversarios definidos. Ciertas medidas coyunturales de corte polémico (la llamada “liberación de presos”, medidas en relación a Vicentin, reforma judicial)

²⁶ Lo que activa memorias antidemocráticas: fundamentalmente, el tópico del *vacio de poder*, que aparecerá en el llamado destituyente de Aldo Rico dos años después.

colaboraron en la construcción de un frente antagonista articulado, en el cual todas las topografías de las derechas se confunden y aparecen como en un coro interminable. Este discurso provocó la partición de una comunidad que intentaba imaginarse unida frente al enemigo invisible, configurando un exterior a todas las políticas sanitarias.

Las circunstancias hicieron posible una radicalización axiológica y pathémica de los enunciados antiperonistas, en la medida en que los ideologemas de corrupción, dictadura, privación absoluta de derechos se articularon con actos de habla insultantes y nombres ofensivos, y en poco tiempo se transformaron en proxémicas del odio y de aniquilación del otro. Entre estos tópicos encontramos un nudo de denuncias articuladas, algunas ya existían previamente y otras fueron resignificadas en el contexto de la cuarentena. Así, la pandemia aparece como una excusa para que se gobierne sin límites; de aquí que el gobierno de Fernández sea una dictadura; además el kirchnerismo es corrupto y es objeto de todo tipo de designaciones insultantes y nombres ofensivos. En primer lugar, encontramos un diagnóstico reiterado: el “virus” es una excusa para concentrar poder en el Ejecutivo y suspender las instituciones democráticas (el Congreso, el Poder judicial, etc.). Así lo demuestran las sucesivas extensiones de la cuarentena. En este punto, los actores opositores y las marchas disputaron con éxito los sentidos de las medidas, que ya no se vincularon con una protección a la salud social sino con una excesiva intervención en las instituciones, y son una amenaza. La pandemia parece provocar un gobierno autoritario: “Ellos necesitan gobernar sin contrapesos para poder imponer todas las arbitrariedades que niegan los avances del mundo” (Macri, 4/03/20),²⁷ “El congreso y el poder judicial no deberían haber entrado en cuarentena” (Pichetto, 19/04/20),²⁸ “Algunos poderes han identificado una oportunidad para arrogarse un poder desmedido” (Macri, 19/05/20),²⁹ “Fernández: la república no te pertenece. La patria somos todos y que viva la patria!”.

También, el concepto de “abuso de poder” junto a las fallas de las instituciones democráticas se desliza hacia otro significante: este gobierno sin límites es una dictadura. Esta es la categorización que propone un

²⁷ <https://shorturl.at/OabcX>.

²⁸ La Cornisa (entrevista televisiva). <https://t.ly/sYCQs>.

²⁹ <https://t.ly/EcQnw>.

grupo de intelectuales y científicos en junio del 2020: “infectadura” es un neologismo que activa estas connotaciones y sintetiza este ideologema. El título de esta carta pública es un componente diagnostico amenazante: “La democracia está en peligro” (1/06/20).³⁰ Las analogías entre Fernández y Lugones señalan “un fenomenal avance en la concentración del poder para eludir cualquier tipo de control institucional”. La carta denuncia el desmantelamiento de los poderes: “El Congreso funciona discontinuado y la Justicia ha decidido una insólita extensión de la feria”. La segunda carta se instituye como demanda de lo ya perdido: “Por la vigencia de la Constitución y la Democracia” (30/09/20).³¹ El tópico del virus como excusa aparece con fuerza: “en nombre de cuidar la salud de la población, el gobierno avanzó con una agenda ajena al contexto que vivimos y disociada de la realidad”; “El presidente eligió romper cualquier posibilidad de acuerdo social para hacer frente a la pandemia, al impedir trabajar a quienes dependen de un ingreso para su sustento, y al intentar apoderarse de empresas privadas, mientras apunta a una reforma de la justicia totalmente extemporánea”; “los casos de personas que han sido encarceladas, perseguidas, agredidas, perjudicadas y denunciadas en nombre de la salud pública y violentando garantías esenciales estipuladas por la Constitución Nacional”; “por el bien de nuestra democracia todos los casos de violencia institucional deben esclarecerse por completo, y los responsables ser juzgados”. Estos discursos están en línea con otros documentos publicados por organismos internacionales neoliberales, como el Manifiesto de la Fundación Internacional para la Libertad:

Algunos gobiernos han identificado una oportunidad para arrogarse un poder desmedido. Han suspendido el Estado de derecho, e incluso, la democracia representativa y el sistema de justicia. (...) En España y la Argentina dirigentes con un marcado sesgo ideológico pretenden utilizar las duras circunstancias para acaparar prerrogativas políticas y económicas... A ambos lados del Atlántico resurgen el estatismo, el intervencionismo y el populismo con un ímpetu que hace pensar en un cambio de modelo alejado de la democracia liberal y la economía de mercado. (FIL, 2020)

30 https://t.ly/b3r_E.

31 <https://t.ly/FACXh>.

En todos estos discursos opera una misma norma: la única forma de la democracia es aquella que está al mando del capital, es decir, el proyecto ideológico neoliberal.

En las marchas anticuarentenas, el tópico se reitera con cierta insistencia, al menos hasta el mes de agosto en el que es desplazado por la demanda de *libertad*: son frecuentes los carteles como “Dictadura”; “Libertad, Constitución, República”; “Cuarentena aislar a los enfermos / tiranía aislar a los sanos”; “Defendamos la República”; “Usan al Covid. Abuso de poder. No te cuidan. Son todos chorros; Fernández basuras, son la dictadura”.

En tercer lugar, otra estrategia de des prestigio constante fue insistir en la equivalencia entre kirchnerismo/Cristina y corrupción. Esta serie discursiva fue importantísima a partir del año 2015, en una convergencia que sedimentó entre discursos políticos, mediáticos y jurídicos. No podemos aquí profundizar en un campo semántico que tiene una configuración compleja y que va más allá de la materia lingüística. El muñeco que refiere a la vicepresidenta presa, con su volumen monstruoso, su valija con dólares, está constantemente presente en las marchas, haciendo sentido. El tópico de la corrupción tiene dos modalidades: el diagnóstico certero, el enunciado en tercera persona, adversarial pero todavía descriptivo; pero también el deslizamiento peligroso hacia el enunciado en segunda persona, el acto de habla que se destina de modo directo y que adquiere un tono insultante y amenazante, anunciando graves dones negativos a futuro. En cierta forma, este desplazamiento vinculado a las modalidades de la enunciación va desde lo ilocutivo hacia lo performativo; el insulto espetado no sólo juzga moralmente, sino que comienza a anunciar un campo de posibles efectos y consecuencias físicas. La amenaza directa, más que la construcción de un contradestinatario, comienza a dominar el campo de los discursos opositores. Un conjunto de discursos configura al odio como uno de los afectos políticos protagónicos del período. Así, por un lado, la corrupción como definición y componente didáctico se reitera en las marchas: “El kirchnerismo es corrupto”; “Un pueblo que elige corruptos y traidores no es víctima, es cómplice”; “Juez Rafecas, justicia corrupta es injusta”. Pero también la reiteración del insulto hacia la figura de Cristina Kirchner, más que hacia la del presidente, es notable y así lo demuestra la proliferación de las formas de un

lenguaje ofensivo.³² El hashtag CFK Ladrona de la Nación Argentina (17 agosto, 2020) concentra ambas modalidades a través de la articulación de diferentes componentes del orden del enunciado:

- ◆ descriptivos: “la asociación ilícita, la banda de delincuentes”, “La inflable, infaltable, la de verdad, imputable”, “Kristina = mafia”, “la marcha de la gente de bien”, “La corrupción mata más que el virus”, “El poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente”, “Nos robaron tanto que nos quitaron el miedo”, “Corruptos embates contra la República”, “Quiero CFK presa”, “Sin reforma de la justicia acaba indefectiblemente presa: 13 procesamientos, dólar futuro, vialidad”, “Los Sauces, HoteSur y memorándum;

³² En el mismo hashtag, otros enunciados: “Basta de corrupción. Basta de impunidad”, “Por una Argentina sin corrupción, Cacerolazo en defensa propia de este gobierno corrupto”, “La asociación ilícita”, “Impunidad: nunca más”, “La banda de delincuentes”, “Ciudadanos que queremos ser libres de corrupción”, “En el Obelisco con la chorra inflable”, “La inflable, infaltable, la de verdad, imputable”, “Fuera de Argentina, vos y tu manada de chorros”, “La marcha de la gente de bien”, “El poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente”, “Nos robaron tanto que nos quitaron el miedo”, “Corruptos embaten contra la República”, “No permitamos que esta banda de delincuentes quede impune”, “Queremos a los peores corruptos y saqueadores del país de una justicia independiente”, “Quiero CFK presa”, “Sino reforma la justicia acaba indefectiblemente presa: 13 procesamientos, dólar futuro, vialidad”, “Los Sauces, Hotesur y memorándum, Los queremos presos o muertos! Se van!”, “Con los delincuentes que se quieren llevar puesta la República”, “CFK ladrona de la Nación Argentina”, “Van por todo estos mafiosos”, “La procesada”, “Calabozo a la chorra y asesina CFK”, “No queremos un estado narkokomunista”, “Korruptos y ladrones como usted”, “Hoy te lo dijimos en la calle y en la puerta de tu casa sos la ladrona de la Nación”, “Usted es una chorra, una megadelincuente, la queremos presa, y presa por una centuria como mínimo, ladrona, sinvergüenza, infame, mentirosa”, “Esta hiena de CFK”, “Con esta mina ladrona y sinvergüenza”, “Y sí, te robaste todo”, “Llamar ladrona a CFK está incompleto, debería decir: ladrona, corrupta, multiprocesada, apátrida, demagoga, abogada trucha...”, “Ladrona de la Nación, Cristina Kirchner, y por qué no ladrona del mundo, vamos por todo, CFK es la ladrona más grande del mundo mundial”, “No somos anticuarentena, somos anticorrupción”, “Esta manga de ladrones te dice...”, “Depende de nosotros el final de esta mafia que nos gobierna”, “Maldito gobierno narco, lacras”, “Sacar a esta banda de narco-corruptos del poder”, “Qué poco tiempo les queda, hijos de puta”, “Cristina chorra”, “Todo aquel que haya robado debe ir preso. Y si era funcionario debe quedar inhabilitado para cargos públicos de por vida”, “Quiero un país sin ladrones ni corruptos”, “Contra las usurpaciones, la impunidad y la inseguridad”, “Una autocracia cuyo único objetivo es la impunidad de los corruptos. No pasarán”, “Qué mierda son todos”, “Unjuez corrupto es el peor delincuente”, “Cristina presa ya. Basta de encierro. Corruptocracia. Mafocracia. Ladrones”, “Cristina presa ya”, “Casta inmoral y asesina”, “Qué gobierno de mierda”, “Devuélvanme la vacuna”, etc. El rumor odiante es ilimitado.

- ◆ programáticos: “Por una Argentina sin corrupción”, “Cacerolazo en defensa propia contra gobierno corrupto”, “Impunidad, nunca más”, “Ciudadanos que queremos ser libres de corrupción, no permitamos que esta banda de delincuentes quede impune”;
- ◆ y, finalmente, interpelativos insultantes, la consigna infamante: “Basta de corrupción, basta de impunidad”; “Sean solidarios basta de jubilaciones de privilegio”, “Cristina = mafia, Kretina = corrupción”, “Los queremos presos o muertos, se van!”, “esta manga de ladrones”, “Maldito gobierno narco-ladrones”, “Qué poco tiempo les queda, hijos de puta!”, “Calabozo a la chorra y asesina CFK, korruptos y ladrones como usted”, “Hoy te lo dijimos en la calle y en la puerta de tu casa, sos la ladrona de la Nación!”, “Usted es una chorra, una megadelincuente, la queremos presa, y presa por una centuria como mínimo, ladrona, sinvergüenza, infame, mentirosa”; “esta hiena de CFK”.

Existe un desplazamiento en estos ideologemas que van adquiriendo distintas entonaciones: por tomar un ejemplo significativo, en marzo el diagnóstico calificativo axiológicamente negativo, “Cristina chorra”, toma en julio una forma diferente: “Chorra, vamos por vos”. El coro de enunciaciones sedimenta en el tiempo, configura su temporalidad propia y va planteando una pequeña escena de ajusticiamiento, de omnipotente ciudadanía vengativa que toma la forma de la amenaza e inaugura un campo de efectos físicos. Ya no se trata de una descripción (confrontada a otras en un estado dividido del discurso social, según las cuales *Cristina es otra cosa*) sino de una amenaza configuradora de un futuro en el que se asienta un vínculo de cierta violencia, punitivo y destituyente. El tópico de la corrupción fue rodeado de valoraciones axiológicas negativas en las marchas, de diverso tono: “Algo mucho más peligroso que el coronavirus es el populismo. El populismo lleva a hipotecar el futuro” (Macri, 4/03/20), “Qué gobierno de mierda, 48% de imbéciles”, “Gobierno de científicos, gobierno de facistas”.

Estos dos tópicos entrelazados generaron dos novedades. En primer lugar, las derechas lograron configurar a un “pueblo dañado” de manera rápida y eficaz, tanto en los medios de comunicación y las redes como en las calles. La configuración de múltiples daños atribuidos al gobierno dio consistencia a esta entidad colectiva y, por lo tanto, fuerza a las demandas que sostén, dándoles una credibilidad inmediata. No es que antes

no hubieran logrado configurar colectivos afectados, pero en este caso esto articuló con unas fronteras diferenciales respecto al enemigo intensamente adversariales y también pathémicas, pasionales, lo que derivó rápidamente en tematizaciones odiantes y antidemocráticas. Quizás este efecto, que se ha evidenciado ya como perdurable, sea el más significativo en relación a estas configuraciones simbólicas, en términos del debilitamiento de un imaginario democrático.

Analizaremos, finalmente, el tercer tópico: la pandemia y el sacrificio. Es claro que el neoliberalismo se opone a todo intento de articular colectivamente una acción política, lo que a su vez emana de la forma-empresa que se impone como matriz capaz de definir cualquier institución, y de subjetivar por lo tanto en términos de autonomía y (auto)emprendedurismo. Como han visto exhaustivamente diversos autores (Catanzaro y Stegmayer, 2019; Stulwark, 2019), el futuro es pensado como un trayecto de poder-hacer meramente individual que no establece lazos con otras entidades o subjetividades. Esta gramática fue resistente a la condición inédita del acontecimiento con toda su peligrosidad y excepcionalidad: pervivió (peligrosamente, decimos) una noción según la cual lo mejor era no intervenir y dejar que la pandemia siguiera su curso natural. En esta narrativa, las víctimas y muertes no tienen peso en la cuenta. Este tópico, articulado con una configuración negativa de lo estatal, sedimentó rápidamente luego del consenso obtenido por las políticas sanitarias, para provocar todo tipo de refutaciones y cuestionamientos a las medidas del gobierno, incluso al plan de vacunación implementado en octubre del 2020. Las declaraciones referidas a la inmunidad de rebaño como salida posible para terminar con el aislamiento fueron tópicos que se estructuraron con fuerza en los medios de comunicación, las redes y las marchas. El 30 de junio del 2020 una editorial de Carlos Pagni argumentó a favor de esta teoría, que alcanzó entonces una alta visibilidad mediática. Su presentación se inicia con la constatación de una caída del índice de la actividad económica del 26% en relación al mes anterior, lo que configura un escenario de crisis “peor” que en el año 2001. Esta analogía marca la gravedad del escenario enfatizando en lo económico y en los costos de la cuarentena: “estamos ante un fenómeno muy dramático desde el punto de vista de la destrucción de empleo, tejido empresarial, capital invertido, conocimiento en las empresas, porque estamos ante

una oleada de cierres de empresas, quiebras, etc”³³. Este tópico es a la vez individualizante y sacrificial, en nombre de sostener la economía y los mercados: “Otra estrategia es lo que se denomina inmunidad de rebaño. Por ahí habría alguna solución o expectativa (...) nos vamos contagiando y nos vamos inmunizando. Hay un momento en que esa inmunidad involucra a tanta gente que la epidemia empieza a ceder y la curva comienza a bajar en serio”. Este tipo de promociones críticas al distanciamiento se vincula con una gnoseología neoliberal: sin cobertura de ningún tipo y como si todos vivieran en igualdad de condiciones, cada individuo quedaría liberado a la enfermedad y la muerte para garantizar así, a partir del sacrificio individual, la continuidad de los funcionamientos económicos. Este costo aparece como admisible, los enunciados están en el orden de lo decible, no resultan escandalosos: “se está descubriendo que la inmunidad de rebaño se adquiere con una proporción no necesariamente alta de población. Es decir, habría un grupo de gente que se contagia más, entre un 15% o 20% de la sociedad, y una vez que esto están contagiados el resto que se va infectando es cada vez menor. O porque viven aislados, o porque son menos vulnerables. Entonces, podría llegar a pensarse que con un 15%, 20% o 30% de gente que ya tuvo el virus se garantizaría que comenzaría a bajar la curva de contagios”.

En rigor, no hay otra alternativa si es que el programa consiste en dar de baja la cuarentena: “Decir eso es políticamente incorrecto, pero de lo contrario lo que se plantea es una cuarentena tras otra”. La inmunidad aparece como el reverso inmediato del contagio, en una relación argumentativa y programática a la vez. Como era de esperar, existieron refutaciones a esta editorial, incluso por parte de científicos expertos.³⁴

33 <https://shorturl.at/puZZr>. Transcripción de editorial televisiva en *Odisea Argentina*.

34 Rodrigo Quíroga en su twitter: “Carlos Pagni (y también Regazzoni anoche en tv) vuelve a reflotar la idea de la inmunidad de rebaño con 30% de infectados. En AMBA significa 5 millones de infectados, muchos con secuelas crónicas, 100.000 internados en terapia intensiva y 25.000 a 50.000 muertos. ¿Qué parte no se entiende?”. El científico fue concluyente: “Apostar a la inmunidad de rebaño es una locura. Tiene un costo altísimo en lo sanitario y económico. La epidemia se puede controlar mediante cuarentenas cortas e intensas, y con un fuertísimo rastreo y aislamiento de contactos” (1/07/20). Sin embargo, los planteos de Pagni resultaron aceptables, de forma visible, en términos de Angenot, y parecían perfectamente razonables una vez legitimada la pareja axiológica economía sobre vida. En el fondo, se trata siempre de refutar la validez de las políticas públicas sanitarias.

Sin embargo, estas argumentaciones refutadoras no lograron el mismo reconocimiento ni tuvieron la circulación que la editorial.

Como un reverso del discurso oficial, que afirmaba la necesidad de cuidar las vidas antes de alentar el retorno a las actividades económicas, que marcaba la irrelevancia del mercado para resolver la pandemia, en estos discursos la pareja axiológica vida/economía se invierte, de acuerdo a las jerarquías neoliberales. Como señala Pagni en su texto, en una configuración pedagógica del enunciador que recurre a la figura de la amenaza, es decir, al anuncio de dones negativos: “esto repercute en el aumento de la pobreza, se presume que va a llegar a 50%, aumento de la indigencia, aumento de los niveles de desempleo, tensión en el sistema financiero porque las empresas que entran en convocatoria (...) presionan sobre los bancos y dejan de pagar, caída en los niveles de recaudación, menos tributos porque la gente deja de pagar los impuestos, y además consume menos y no hay ganancias. Es decir, esto es lo que habría que corregir de ese discurso que, más o menos subliminalmente, produce Alberto Fernández”. En síntesis, defensa del funcionamiento económico, aunque esto implique más precarización de las vidas.

El componente sacrificial es fundamental en el proyecto neoliberal y estuvo vigente en el contexto de la pandemia. El neoliberalismo argentino sostiene en nuestro país la economización de todas las áreas sociales en aras del rendimiento, así como en general sostiene medidas que permiten que “algo intrínsecamente horroroso o denigrante suceda al planeta” (Brown, 2016, p. 17). En el caso de la pandemia, el desafío a las políticas sanitarias que promovían las marchas generaba estas condiciones para la sociedad completa o a cualquier sujeto de forma azarosa, un riesgo intrínsecamente horroroso. Algunos medios de comunicación alentaron, sin hacerlo, una indefensión ante la pandemia, particularmente para ciertos sectores sociales; es decir, una precarización de la vida. Uno de los tópicos que sostuvo esto fue el predominio de un léxico económico por sobre el de los cuidados que propusieron fundamentalmente los militantes de la alianza Cambiemos, pero también los libertarios, configurado como una demanda legítima y de derechos. Los inmensos costos del aislamiento, en todos los niveles, generaron las condiciones de admisibilidad y la rápida proliferación de este discurso en las marchas anticuarentena. Ya que junto a las consecuencias macroeconómicas estaban también las

dificultades cotidianas y emocionales, la comensalidad fallida (como señalaba un cartel en una marcha: “no poder llevar el pan a la mesa”) y las angustias que efectivamente se enfrentaban día a día. En síntesis, una argamasa de pasiones tristes leídas desde la inteligibilidad de la resolución sacrificial.

Por otro lado, el tópico peyorativo hacia la política y lo público muestra aquí sus consecuencias ideológicas y performativas: debilitada esta noción de lo común, se hace posible impugnar las respuestas colaborativas y solidarias a las crisis. Sería posible decir: sus consecuencias argumentativas, el devenir de la ideología. Se dice, en cambio, que el individuo esté dispuesto a sacrificarse por el bien de los mercados, o que algunos deban morir para que otros vivan. En el caso de los discursos negadores del virus, cuestionadores de las políticas sanitarias y de las vacunas o promotores de la “inmunidad de rebaño” opera una llamada subjetivante, que es la del ciudadano neoliberal. Este ciudadano “perfectamente interpelado” no exige protección contra las pérdidas, acepta la intensificación de las desigualdades como algo básico para el funcionamiento del capitalismo y libera al Estado de la responsabilidad de las condiciones de vida del conjunto. Como señala Brown: “está listo cuando se le pide que se sacrifique a la causa del crecimiento económico, el posicionamiento competitivo y las restricciones fiscales” (2016, p. 175). La interpelación neoliberal (individualizante) que se entrama con todo enunciado que prescriba el predominio de lo económico sobre lo social y lo político reaparece resignificada en los diversos tópicos discursivos que resistieron a una solución colectiva, asentada en la acción de las instituciones públicas.

A modo de cierre

A través de este análisis discursivo, lo que venimos a afirmar es que frente a la dislocación provocada por la llegada del Covid-19, la reconstitución de la trama significante que dio sentido a los procesos posteriores no se entramó con los lenguajes políticos comunitarios, populistas o vinculados a la solidaridad, sino con los neoliberales que proponían precarización, individualismo, subjetividades meritocráticas, narrativas del odio, reivindicaciones del mito del mercado libre. En consecuencia, el rechazo

a los lenguajes de los derechos, las militancias, los colectivos políticos, lo común de la política y la legitimidad de las instituciones partidarias y de la democracia. Así, como señaló Butler, neoliberalismos previamente existentes obturaron las posibilidades de reconocer durante la pandemia las dependencias mutuas y resignificar el Estado.

No es que esto implique una uniformidad del estado del discurso social, por el contrario. En rigor, esta división es constitutiva de todo campo discursivo, y es posible analizar la singularidad de las modulaciones que adquiere en cada momento. Este es el aporte de una perspectiva semiótica: en el seno mismo de un litigio interminable, analizar qué lenguaje político prevaleció y cómo logró dar sentido a unos acontecimientos. En este caso, durante la pandemia se produjo una división y una batalla ideológica-discursiva que aparece como continuidad –desplazada– de los clivajes previos, de la “grieta” tan tematizada y la polarización ideológico-cultural anterior, con una hegemonización relativa por parte de los lenguajes de Juntos por el Cambio.

A este complejo devenir lo designaremos como un “giro a la derecha”, aún sin haber analizado en este artículo las discursividades concomitantes del Frente Nos, de La Libertad Avanza, de la Fundación Libertad, que operan activamente también en este escenario. Como señala Zamarguilea, en nuestro país la pandemia confluyó con “otro proceso no menos importante, y que sigue desarrollándose en la actualidad: la rearticulación de un bloque de derecha postderrota de Mauricio Macri en su intento de reelección presidencial” (2021, p. 479). Es decir, los desplazamientos que acabamos de analizar constituyeron también una base significante para la credibilidad de los enunciados libertarios, al tematizar de forma devastadora el Estado, lo público, la política y el peronismo. Esto se vincula con la capacidad electoral creciente de estas identidades políticas. En cierta forma, como señala Brown, la racionalidad neoliberal prepara el terreno para la movilización y legitimación de fuerzas ferozmente antidemocráticas. El neoliberalismo en nuestro país se presenta como un pasado cercano y sedimenta, a partir de la pandemia, sentidos que funcionan activamente como condiciones de posibilidad de lenguajes que son aún más conservadores.

Por esta razón, el proceso que acabamos de analizar es de una importancia crucial para el porvenir de la democracia y el imaginario

igualitarista. Si bien es contingente, y no es posible deducir efectos lineales ni representa la definitiva eliminación de nada, en cierta forma, en estas disputas se configura una amenaza a las formas políticas más inclusivas y a derechos adquiridos. La trama que articuló mercado libre, sacrificio y repudio a la política y lo público fue eficaz, y alcanzó el estatus de un nuevo verosímil social, adaptado a las condiciones de la pandemia en sus claves de inteligibilidad y sus nuevas demandas. El significante *democracia*, relativamente estable en las últimas décadas en nuestro país, se desestabilizó y entró en disputa, quizás por primera vez desde la transición democrática. La configuración de la frontera adversativa a partir de la calificación peyorativa y la amenaza, dos figuras semióticas muy precisas y que fueron cruciales en las marchas anticuarentena, se intensificó como nunca antes. Un poco después, en este escenario, el odio político encontró articulaciones importantes y marcó la configuración de un nuevo estado de la discursividad política, con una marcada violencia simbólica y performativa. Correlativamente, en las marchas callejeras, la configuración de un “pueblo dañado” fue fundamental para el éxito simbólico de estas proposiciones y la deriva hacia nuevas demandas (como la libertad). En síntesis, los lenguajes neoliberales fueron capaces de mostrar su eficacia, adquirir nuevas configuraciones y performar una base sedimentada que hizo posible la ampliación del campo de lo decible y la multiplicación de las posiciones de enunciación conservadoras en nuestro país.

Referencias bibliográficas

- ANGENOT, M. (1998). *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba: Ed UNC.
- ANGENOT, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo decible y lo pensable*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BROWN, W. (2016). *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso.
- BROWN, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo: el ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Buenos Aires: Traficantes de sueño.
- BARROS, S. (2001). *Orden, democracia, estabilidad: discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Córdoba: Alción.
- BARROS, M. y DAÍN, A. (2012). *Escritos K*. Villa María: Eduvim.

- CATANZARO, G. y STEGMAYER, M. (2019). El nuevo giro neoliberal en Argentina. *Critical Times*, 2:1.
- DUBET, F. (2016). *¿Por qué preferimos la desigualdad?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- FARRÁN, R. (2020). Estado cuidador. *Le Monde Diplomatique*, 11 abril de 2020.
- FOUCAULT, M. (2005). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FIL [FUNDACIÓN INTERNACIONAL PARA LA LIBERTAD]. (2020). Manifiesto FIL. <https://shorturl.at/kqBAe>.
- GREIMAS, A. y COURTES, J. (2004). *Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- MORRESI, S. (2020). Convergencias inesperadas de las derechas políticas. En: Bolcatto, A. y Souroujon, G. (comp). *Los nuevos rostros de la derecha en América Latina*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- MORRESI, S., SAFERSTEIN, E. y VICENTE, M. (2021). *Nuevas configuraciones derechistas en Argentina*. Montevideo: Friedrich-Ebert-Stiftung.
- LA CLAU, E. (1990). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- MARTÍNEZ, F. (2018). Discurso, poder y hegemonía: algunas teorías sociosemióticas. *Graffilia. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*. N° 26, enero-junio 2018. México.
- MARTÍNEZ, F. (2020). Los límites de lo decible: emergencia de discursos anticuarentena. *Actas de Periodismo y Comunicación*, Vol. 6, N° 2. Universidad Nacional de La Plata.
- PÈCHEUX, M. (1975). *Les verités de La Palice*. París: Maspero.
- STULWARK, D. (2019). *La ofensiva sensible*. Buenos Aires: Caja negra.
- VERÓN, E. (1980). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- VERÓN, E. (2003). *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Hachette.
- VITALE, A. (2015). *Memoria y acontecimiento. La prensa escrita argentina ante el golpe militar de 1976*. Buenos Aires: Biblioteca de historia política.
- ZAMARGUILEA, R. (2021). ¿Un nuevo individualismo autoritario? Notas para una caracterización de las nuevas derechas extremas en América Latina. *Perspectivas: Revista de Ciencias Sociales*. Año 7, No. 13, enero-junio, 2022.

En el nombre del Cambio: hospitalidad y sacrificio en la escena política argentina

NERINA FILIPPELLI

Introducción

Este trabajo se inscribe en un proyecto de mayor alcance que se propone abordar las configuraciones discursivas de Cambiemos. Nuestro propósito es dar cuenta del funcionamiento simbólico de esta identidad, de la proposición de un tipo de lazo y una visión del mundo que fue capaz de interpelar eficazmente a los argentinos y signar el campo político desde su emergencia hasta la actualidad. En este caso, analizaremos dos componentes del discurso macrista –la hospitalidad y el sacrificio– que entendemos como articulados en el devenir identitario de esta fuerza política. En este análisis, dos lógicas que parecen inconexas o incluso contradictorias, la figura del recibimiento, el encuentro, la circulación de afectos eufóricos y optimistas que se podrían relacionar a la idea de “una derecha sensible”, empática con el “vecino”, aparecen vinculados de modo singular a una lógica sacrificial. Nuestro análisis se propone indagar en particular los llamados “timbreos” y ciertos momentos de encuentro que se constituyeron en piezas fundamentales de la comunicación electoral de esta fuerza política, en tanto escenificación

de ciertas formas de encuentro entre una figura política, o candidato, y sus destinatarios, que condensan estas lógicas de funcionamiento significante: hospitalidad, por un lado, pero también narrativas sacrificiales, por el otro. Para esto se seleccionaron fragmentos de la convocatoria “mano a mano con Mauricio” llevada adelante en 2014, la campaña presidencial de 2015 y algunas escenas de encuentro durante la gestión en 2016.

Trabajamos desde una perspectiva semiótica y discursiva que se aleja de la idea del carácter representacional del discurso. Asumimos al orden simbólico y discursivo como una dimensión constitutiva de lo social y lo político (Verón, 1993). El carácter performativo del lenguaje (Butler, 2004), en su capacidad de hacer existente e instaurar aquello que nombra. En esta mirada toda producción significante está estrechamente vinculada a un lugar social (Maingueneau, 2003), a unas ciertas condiciones de producción (Verón, 1993), a un particular contexto. Existe una doble imbricación en la que los sentidos están determinados por lo social y a su vez lo social no puede comprenderse sin las configuraciones simbólicas a partir de las cuales se constituye. En esta mirada, la dimensión simbólica se presenta como una vía de acceso a la comprensión de la realidad social y la acción política.

Desde este lugar postulamos que una identidad, en su devenir, en la construcción de su trayectoria, presenta invariantes semióticas, modos de funcionamiento significante que se repiten a lo largo del tiempo, van sedimentando y producen como efecto normas, valores, identidades y con ello definen una serie de relaciones sociales que pueden vincularse a una gnoseología, una visión del mundo (Angenot, 2010).

A lo largo de su trayectoria como identidad Cambiemos propuso un singular tipo de interpellación. Una construcción simbólica alejada de los rituales clásicos de la política institucionalizada y asociada más bien a los espacios y construcciones significantes barriales, domésticos, privados e íntimos, postulando una vinculación cercana, lúdica y afectiva. Esta identidad logró construir un *nosotros*, un sentido de pertenencia y comunidad al ritmo de la instalación y legitimación de niveles cada vez más profundos de desigualdad social. En el 2015 logró desplazarse de lugares más marginales, relegados al ámbito de la ciudad de Buenos Aires (CABA, en las que se sostuvo en 2007 y

2011), para cobrar centralidad en el campo político en la gestión de los tres distritos más importantes del país: la presidencia de la Nación, la provincia de Buenos Aires y la capital porteña. Ya en 2019, luego de la derrota en las elecciones nacionales, el macrismo se constituyó en la principal oposición al oficialismo y hasta la actualidad es una fuerza con un significativo potencial electoral y vocación de poder en un escenario de proliferación de las vertientes de derecha cada vez más radicalizadas en nuestro país.

En este marco, es objeto de nuestro interés la pregunta por los mecanismos significantes que propuso esta identidad, por la construcción simbólica del encuentro y el lazo que se postuló entre la figura del líder y sus destinatarios. Proponemos indagar esta singular construcción del vínculo que tiene como componente una intensa demanda sacrificial, y que logró interesar a los argentinos construyendo ciertos sentidos en torno al deber ser de un sujeto, su vinculación con el Estado y la sociedad. Postulamos que el mundo por venir se proyecta y disputa simbólicamente. Las posibilidades de futuro, los infernales modos de estar juntos y estar separados tienen en la dimensión significante un lugar fundamental.

En la primera parte de este trabajo se presenta una caracterización de la discursividad de Cambiemos en general. En una segunda instancia se caracterizan los timbreos y escenas de encuentro entre el líder y sus destinatarios atendiendo no solamente a la dimensión lingüística sino también al nivel de la puesta en escena de la palabra, lo que implica considerar dimensiones icónicas e indiciales en el orden de los cuerpos y los espacios. Recuperaremos en esta instancia ciertas consideraciones elaboradas en trabajos previos en los que caracterizamos a los timbreos como “escenas de hospitalidad” (Filippelli, 2023).

A partir de estas consideraciones se detiene la mirada, en tercera instancia, en el modo en que se configuran los rasgos de un componente sacrificial en la proposición de un tipo de lazo, la interpellación que busca condensar un “nosotros”, una visión del mundo. Finalmente, elaboramos una serie de consideraciones sobre el funcionamiento significante en los tópicos propuestos.

Cambiemos: una derecha neoliberal con potencia electoral

Las derechas en el siglo **XXI** han cambiado sus estrategias, han mudado sus lenguajes y han logrado tensionar y reconfigurar el escenario político. Cambiemos inició un movimiento, desplazó ciertas lógicas propias de las derechas del siglo **XX** e intervino de una manera novedosa en los juegos de la democracia para lograr su acceso al poder. Quizás se podría pensar en estos desplazamientos, imbricados en un complejo proceso político y social, como una de las condiciones de posibilidad de un giro a la derecha que hoy estructura el campo político argentino.

Desde su emergencia en los años dos mil, forjada al calor y el desencanto de la crisis del 2001, el PRO (que luego sería el partido principal de la coalición Cambiemos) irrumpió en la escena política bajo el emblema del cambio de un modo inédito, estableciendo un punto de inflexión en la política argentina, ya que logró romper el esquema bipartidista sin diluirse en las estructuras tradicionales del peronismo y el radicalismo sino más bien nutriéndose de sus cuadros. Esta fuerza construyó su trayectoria de manera diferenciada, absorbiendo componentes heterogéneos, preservando su núcleo identitario y marcando su vocación de poder (Morresi y Vommaro, 2015). Tal como señala Bohoslavsky y Morresi (2016), desde que se introdujo la posibilidad de voto (universal y masculino) en 1912 ningún partido de derecha había logrado ganar elecciones sin los mecanismos de la proscripción o el fraude electoral. Las derechas estuvieron, al menos durante el siglo pasado, signadas por la debilidad electoral. Si el siglo **XX** había estado marcado por cierta inmovilidad, esquematismo e incapacidad de permear al electorado, Cambiemos en este sentido fue una emergencia novedosa y un punto de inflexión que encuentra sus condiciones de posibilidad en la crisis que en 2001 signó la vida política y social en Argentina.

Esta se instauraba como un escenario social incierto y brutal para las grandes mayorías y dislocaba el campo político, ya que las figuras políticas simbolizaban la configuración del daño, condensaban la herida social como sus responsables. El repudio generalizado a todo lo que tuviese que ver con la política, el desamparo, la desesperación devino en una crisis de representación (Bidaseca, 2004) que ciertos sectores pudieron capitalizar como una oportunidad. La descomposición de las

formas de contención social fue también una disgregación organizativa que afectó a los partidos políticos tradicionales.

Una considerable cantidad de recursos humanos de diferentes cuadros políticos quedaron “flotantes” y dispuestos a ser aglutinados en una nueva formación (Morresi y Vommaro, 2015). La inestabilidad fue condición de posibilidad y a esta construcción se abocó el PRO, liderado por Mauricio Macri, que nutrió sus filas de figuras políticas que en otro contexto difícilmente se hubiesen lanzado a un nuevo espacio. La Unión Cívica Radical cedió su estructura, enlazándose y aportando políticos experimentados y base territorial. A estos se sumaron, como señalan Vommaro y Morresi (2015), recursos humanos provenientes de organizaciones no gubernamentales, tanques de pensamiento, empresas, técnicos expertos y figuras del peronismo. Esta coalición, que se reconstruye desde los estudios politológicos (Bohoslavsky 2016) como una fuerza de centroderecha vinculada a la tradición liberal-conservadora y asociada a un “paradigma neoliberal” (Morresi, 2015), a su vez sintoniza con la instauración del neoliberalismo a nivel global.

Desde esa posición en el campo político se configuró una formación ideológica y un dispositivo de enunciación que habilitó cierto tipo de interpellación subjetiva y lenguaje en torno a la política, el Estado, y la vinculación entre el líder y sus destinatarios.

Los timbreos en la discursividad de Cambiemos

Esta novedosa identidad capitalizó las retóricas de impugnación a la política en general y propuso nuevos repertorios discursivos e interpellaciones a los vecinos abandonados por el Estado y desencantados de la política (Martínez, 2016). Frente a la indignación social generalizada expresada en las marchas de los ahorristas afectados, los cacerolazos, los movimientos piqueteros y las asambleas barriales, se construyó como la nueva y la buena política opuesta a todo lo conocido y a los que fracasaron en el 2001, con un marcado componente moral. Interpeló a su electorado bajo el emblema de la pasión por el “hacer” voluntario, la gestión técnica y eficaz, construyendo a sus figuras políticas como aquellos que, movilizados por la decadencia del sistema, intervienen en política para mejorar

las cosas. Así, bajo las promesas electorales de terminar con la pobreza, luchar contra el narcotráfico y unir a los argentinos se delineó la retórica postideológica alejada de los clivajes clásicos (izquierda/derecha) que se puso en funcionamiento desde un dispositivo de enunciación simétrico postulando un lazo signado por la cercanía y la individualización. Tal como sostiene Martínez (2020) el macrismo alentó una “nueva visión de mundo mercantilizada, patrimonialista, lúdica y pastoral que sedimentó de múltiples maneras” (p. 25).

Particularmente, los timbreos son una forma de encuentro y estrategia política en la que los dirigentes van a los barrios o bien a las casas de los vecinos a su encuentro en la modalidad de una visita. Tal como sostiene Annunziata (2018), es una “estrategia de proximidad” que se expresa en recorridas por los barrios, visitas a vecinos, entre otras modalidades como la mostración de la intimidad, la familia, la utilización de redes sociales que se ha tornado fundamental, etc.

En relación al plano de la significación y de la estructuración de un modo de comunicación, diremos que este tipo de mostración y apelación a la proximidad se ha materializado en Cambiemos como una modalidad de puesta en escena que desde el 2001 a la fecha se ha constituido como una regularidad, que puede pensarse como una invariante de la discursividad en el orden de la construcción del contacto con los colectivos.

En relación a la construcción de significación, se pone en funcionamiento lo que podríamos llamar un dispositivo de enunciación (Verón, 2004) simétrico en relación a la figura política y sus destinatarios (los vecinos). En el caso de Cambiemos y como modalidad de la comunicación política, estos encuentros se significaron como voluntad de diálogo y capacidad de escucha por parte de las figuras políticas como modalidad de interrupción.

Hemos trabajado ciertos rasgos de Cambiemos en el análisis de los timbreos, entendiendo a esta modalidad comunicativa y discursiva como una escena que condensa las principales regularidades discursivas que permiten dar cuenta del funcionamiento significante de esta identidad. Así, el modelo de llegada (Sigal y Verón, 2014), la configuración afectiva entusiasta y la figura del político como “un vecino más” estructuraron el funcionamiento simbólico de esta discursividad a lo largo de los años y se transformaron en invariantes semióticas de interés para nuestras

indagaciones. A estos componentes los hemos trabajado en torno a la noción de *escenas de hospitalidad* (Filippelli, 2023), en referencia a las modulaciones significantes que se condensan en los timbreos y que, a lo largo de este trabajo, vincularemos a un componente sacrificial que funciona como su reverso.

Así, las *escenas de hospitalidad* nuclean una serie de componentes –la configuración de un dispositivo de enunciación simétrico, un modelo de llegada al campo político y la construcción de la figura del hombre común– que recuperamos en este trabajo para profundizarlos y vincularlos a otros, como la singular interrupción afectiva que tiene lugar en una topografía privada e íntima, el desinvestimiento del cuerpo político y un componente sacrificial.

El modelo de llegada es una categoría que posibilita dar cuenta de la construcción de una narrativa que tiene que ver con la escenificación del ingreso al campo político. Implica la postulación de una secuencia, ciertos principios explicativos y móviles de acción. Esta noción, propuesta por Verón y Sigal (2014) da cuenta de los modos en que se construye una posición de enunciación en torno al modo de ingreso de ciertas figuras al campo político. Habilita la construcción simbólica de una identidad que se inscribe en una historia y aparece asociada a valores, objetos y afectos. Por ejemplo, así como el modelo de llegada del kirchnerismo se inscribe en la militancia de los setenta, el “imaginario militante” se torna central y define el *ethos* del líder político (Montero, 2003) desde el seno mismo del campo político y la trayectoria militante. Cambiemos se configuró desde afuera de la política, invistiendo un carácter de cierta pureza y desresponsabilización de las figuras políticas frente a la idea de corrupción.

Tal como sostienen Martínez y Sgammini (2015), esta configuración funciona como una “estrategia de legitimación” que modeliza a un enunciador que vino de un exterior de la política, vinculado en reiteradas ocasiones a la gestión empresarial, la vocación emprendedora y las ideas de eficacia y transparencia que funcionan siempre en contraposición a la idea de la política como corrupción y distorsión. Como afirman las autoras, se postula la interrupción al “vecino”, en general desilusionado de la política, y configura a los partidos y las formas clásicas de la política como anacrónicos, corruptos e ineficaces. Así, en términos del funcionamiento simbólico, la exterioridad misma “parece

garantizar la principal propiedad de este grupo, que es su honestidad" (p. 7), en una operación moralizante donde estas figuras se invisten de la idea de lo bueno y lo nuevo en vinculación a ciertas identidades que se postularán como límite y diferencia que se modeliza como lo viejo y corrupto, y se asocia no solamente al sistema político en general sino al kirchnerismo en particular. Como postulan Catanzaro y Stegmayer (2019), el macrismo se construyó como *excepción* en las series discursivas de la política argentina (p. 168).

La narrativa del ingreso de las figuras por fuera del campo político se vincula en esta identidad a singulares formas de interpelación afectiva. La dimensión afectiva es el segundo componente que queremos señalar en relación a las escenas de hospitalidad. Cuando hablamos de un componente afectivo en esta discursividad cabe señalar el modo en que entendemos aquí a los afectos. Dentro del vasto y prolífico campo de estudios en torno a la indagación sobre las emociones, recuperamos aquí una concepción afín a la perspectiva del giro afectivo. Como señala Cuello (2019), esta mirada implica el cuestionamiento la jerarquía histórica entre emociones y razón a la vez que se distancia de principios de lectura sobre los afectos entendidos como "buenos o malos", "revolucionarios o conservadores", "productivos o improductivos", "positivos o negativos", así como se ha trabajado en la deconstrucción de binarismos como "mente y cuerpo", "público y privado", etc. Como señala el autor:

El "giro afectivo" busca problematizar el rol que cumplen los afectos y las emociones en el ámbito de la vida pública y su operatividad en la gestión, reproducción y continuidad de las estructuras de poder que organizan las relaciones sociales. (Cuello en Ahmed, 2019, p. 13)

Desde este lugar, la dimensión afectiva aparece como un componente relevante a considerar en las configuraciones de la discursividad política contemporánea en la medida en que se trama con lo simbólico a la hora de postular una visión del mundo, un tipo de lazo social, un modo de sujeción a un orden. En ese sentido, el neoliberalismo también puede entenderse como una "forma de gobierno emocional" en la cual afectos como la felicidad, la alegría, el optimismo, la esperanza funcionan como orientadores de las disposiciones subjetivas y de nuestros modos sociales y políticos de vincularnos.

La discursividad de Cambiemos se construyó desde las formas lúdicas y joviales (Martínez, 2016) en sus modos performáticos de construcción política; como configuradora de emociones legítimas y no legítimas (Sánchez Ceci, 2021). Asociada a pasiones alegres y despolitizantes (Bonvillani, 2020) y a los imperativos de la felicidad (Martínez, 2016; Filippelli, 2021) y la esperanza; así también, sus retóricas han sido vinculadas a afectos como el amor y el odio (Barros y Quintana, 2019). El despliegue emocional en los discursos construye una singular visión del mundo y establece una serie de posiciones sociales diferenciales. En los discursos de esta derecha neoliberal las disposiciones alegres y optimistas significadas como positivas son centrales para motorizar el lenguaje, así como también la circulación afectiva de la esperanza y la disposición compasiva y empática. Se puede pensar que estas configuraciones despliegan la imagen de una "derecha sensible" (Morresi, 2015). Por otro lado, a propósito de la realidad latinoamericana y la pertinencia de la indagación de los afectos afirmativos, Cuello señala que transitamos una reorganización de la política neoliberal,

[...] cuyos lenguajes expresivos, repertorios afectivos y políticas de organización de lo público se apoyan en discursos basados en la espectacularización paroxista de la confianza, la creatividad, el diálogo, la voluntad y el sacrificio, en una subjetividad mediada por la matriz empresarial de la verticalidad meritocrática y el consenso pacificador. (Cuello en Ahmed, 2019, p. 15)

Como ha señalado en Argentina Stulwark, "las técnicas de gestión de la sensibilidad constituyen una pieza central del dominio neoliberal" (2020, p. 25). Sin embargo, se ha indagado poco sobre qué afectos específicamente se movilizan en ciertas piezas comunicacionales en las que una gnoseología pospolítica habilita un modelo de llegada de un líder desde afuera de la política y sus instituciones tradicionales.

En la interpelación afectiva se juega la proposición de un lazo entre la figura política y sus destinatarios. La construcción de una modalidad de la creencia, un modo de ver y de sentir el mundo. En particular, nos interesa qué afectos se configuran cuando se pone en escena un vínculo entre un candidato empático y unos vecinos desilusionados de toda la clase política: en el ingreso al espacio doméstico y privado de los vecinos, en la promoción de conversaciones vinculadas a la vida diaria,

las faltas y expectativas de ciudadanos comunes, en el compartir las comidas, los mates y las cartas, ¿qué afectos y vínculos se construyen que permiten configurar al candidato como un *hombre común*, dialógico, accesible y sensible?, ¿cómo se construye la *creencia* en estas escenas vinculadas a las figuras de la amistad y la cercanía más allá de toda mediación institucional?

Se puede pensar, siguiendo a Ahmed (2019), que en la discursividad de Cambiemos un componente afectivo es la felicidad que se modeliza como promesa, como una proyección hacia el futuro, lo que la convierte en un deseo pospuesto y motoriza otra serie de emociones: la esperanza de un futuro mejor, el optimismo en la espera y la expectativa. En el desarrollo de este trabajo proponemos pensar que la dimensión afectiva indagada anteriormente desde la idea de la felicidad como promesa se complementa con las figuras de la compasión, la empatía y una lógica confesional en ciertas escenas que se imbrican con un “ethos pastoral”.

El tercer componente de las escenas de hospitalidad que se configuran en los timbreos tiene que ver con el orden de la puesta en escena de la palabra política, que vincularemos aquí a la construcción de una *topografía privada*. Allí se configura un desplazamiento de los lugares clásicos de la comunicación política no solo en términos de la territorialidad en el pasaje de los actos públicos a los espacios barriales y domésticos, sino también en la tematización de los asuntos públicos en los que no se escenifican cuestiones vinculadas a las políticas gubernamentales sino más bien el espacio íntimo, biográfico y emocional de los ciudadanos. El espacio público, la movilización multitudinaria, los cuerpos reunidos (que hacen a un *pueblo*) en la plaza o en el acto político, son sustituidos por un estallido de microencuentros producidos en espacios domésticos, en los que se desarrolla no una serie de acciones políticas (cantar consignas, cristalizar demandas) sino los rituales de la propia vida cotidiana doméstica (jugar a las cartas, almorzar, tomar mates, recorrer un lugar de trabajo, etc.). La escenificación de estas escenas de recibimiento y hospitalidad implica ciertos géneros discursivos: ya no la argumentación política y adversativa, propia de las movilizaciones clásicas, sino la conversación cordial y fluida, asentada en los “recursos seguros” y los temas generalísimos de la vida en común, un dialogismo en el que el candidato se afirma desde la proxémica y la kinésica como un hombre común, transparente y por

lo tanto confiable. Por el contrario, los actos políticos multitudinarios se configuran como vinculados a la corrupción, la comensalidad errada (los *choriplaneros*), el encuentro fingido, demagógico o *krispado*, la destrucción del espacio público. Así, en principio, esta identidad se ha construido más bien alejada de los actos públicos multitudinarios y de las formas ritualizadas de la política.

Lo que hemos trabajado desde la idea de simetría, cercanía y horizontalidad en un dispositivo de enunciación opera, a nivel significante, en la puesta en escena como un *desinvestimento del cuerpo político* que se presentó reiteradamente bajo una figura compleja. Por un lado, construyendo a las figuras políticas a partir de ciertos rasgos de los *hombres comunes*: la humildad, la empatía, la capacidad de escucha y diálogo, una construcción donde la idea de la cercanía se vincula a un efecto de horizontalidad entre la figura política y sus destinatarios. Si bien una figura del campo político no podría lograr como efecto una simetría total, la construcción de la imagen de los líderes de esta coalición, a partir de aparecer investidos de ciertos rasgos de los hombres comunes, postuló lazos de horizontalidad en sus modalidades de interacción. Nos referimos a la escenificación de los modos de ser y de vestirse –sencillos y empáticos–, la escenificación de los modos de desplazarse por los espacios cotidianos. Así veremos a las figuras políticas andando en bicicleta, caminando por las calles de tierra de barrios marginales, conversando con un vecino en el colectivo, visitando un comercio o haciendo compras en el supermercado (modos de vestir y moverse alejados de las modalidades más formales e institucionalizadas).

Se trata de la postulación de los modos de estar juntos que en esta discursividad será “estar cerca” y “escuchar a los vecinos” en la idea de la cercanía en sí como acción política. Esta construcción significante funciona tramada en una retórica que postula al sistema político en general como el que, lejos de cumplir su rol, ha sumido en el abandono a los ciudadanos; lo que “establece la frontera entre hombres probos (comunes) y políticos (corruptos/corporativos)” (Martínez y Sgammini, 2015, p. 9).

Estos componentes se erigen en las escenas comunicacionales y discursivas que materializan los momentos de entrada a los barrios (muchas veces humildes y socio segregados) y los ingresos a los ámbitos laborales o domésticos de los ciudadanos. Se trata de la construcción de una topografía privada, doméstica e individualizada que desplaza a la política del

ámbito público y desdibuja las dimensiones conflictuales y colectivas en la postulación del lazo entre la figura política y el destinatario.

Por otro lado, en este dispositivo de enunciación simétrico existen momentos de complementariedad en los que la figura política se configura desde la distinción y la jerarquía, toda vez que se escenifica una modalidad *celebrity*¹ en la que los destinatarios aparecen exaltados, agraciados o emocionados por la presencia en sí misma de la figura envuelta en el sonido de los flashes de las cámaras. En estos fragmentos es el sólo hecho de “estar cerca”, “escuchar” lo que se significa como acción política por excelencia y hasta el cumplimiento de una promesa.

Estas *escenas de hospitalidad* postulan una visión armónica y entusiasta de lo social. Se trata de una retórica lúdica, jovial que reúne a sus destinatarios (los vecinos) bajo la figura del “equipo” compuesto por aquellos “argentinos de bien” en la delimitación de un “nosotros” profundamente moralizante (los honestos, los transparentes, los voluntariosos, los serviciales, los solidarios). Operación simbólica que destierra a todo aquello que no coincide con esta identidad al espacio de lo abyecto, que encuentra en esta discursividad una condensación especial en la construcción adversarial del kirchnerismo. Como sostienen Catanzaro y Stegmayer en vinculación a esta identidad:

[...] ha desplegado, desde su misma constitución, un discurso de la armonía entre los argentinos condensado luego en el slogan `todo es posible juntos`. Un discurso emprendedorista que instaba e insta a que la proximidad y los afectos, en su `sana` retirada de lo público hacia el ámbito de la domesticidad, consiguieran dejar atrás los conflictos y divisiones mentados y –en su lectura– `proyectados` sobre el país por políticos y partidos obnubilados por el rencor y la pugna de intereses. (2019, p. 160)

Ahora bien, la hipótesis que orienta estas formulaciones postula que el lenguaje de esta derecha neoliberal que encarna Cambiemos en ciertas escenas, en los timbreos y momentos de encuentro con los vecinos, *escenas de hospitalidad*, se anuda a una lógica sacrificial. Queremos argumentar que, en la interpelación armónica y reconciliada del diálogo, en la promesa de un futuro mejor, de “unir a los argentinos” y “acabar con

¹ Para indagar en la “cultura de la celebridad” como tema cultural, político y social, así como la espectacularización de la política, ver Mazzaferro (2018).

la pobreza” en nombre del cambio se modula como reverso un sacrificio individual y social con sus rasgos de crueldad.

Las escenificaciones del esfuerzo y la entrega individual para lograr un país mejor, el elogio a los gestos meritocráticos y emprendedoristas y el desplazamiento de la enunciación de las figuras políticas proyectando el rol del Estado y las políticas públicas recrudecen la idea de que el país está en nuestras manos. El *desinvestimiento del cuerpo político*, la postulación de una *simetría radical* que desdibuja las jerarquías tradicionales de los rituales políticos tienen un componente de desresponsabilización del Estado que se desplaza a los ciudadanos.

En este sentido, la meritocracia y el emprendedorismo, la retórica e interpelación entusiasta sobre “lo que podemos hacer juntos”, “todo lo que podemos hacer” como proyección de unión de una suma de voluntades y revoluciones con pasión por el hacer, es también la proyección y socialización de las cargas y las faltas hacia la comunidad como si en ella reinasen igualdad de posiciones. La hipoteca del tiempo vital para lograr condiciones dignas es valorada positivamente en estas *escenas de hospitalidad*. A partir de estas consideraciones nos proponemos analizar cómo estas modalidades de la puesta en escena de la palabra política, significadas como empáticas, cercanas y alegres, se vinculan con un componente sacrificial.

Para ello tomaremos cuatro escenas para analizar la construcción simbólica de los llamados “timbreos” y ciertos momentos de encuentro que se constituyeron en piezas fundamentales de la comunicación de esta fuerza política. Se trata de indagar en la configuración de un dispositivo de enunciación que dispone modalidades de interacción, la postulación de un lazo entre una figura política y sus destinatarios, una afirmación sobre el deber ser del Estado, el rol de la acción política y el lugar del sujeto en una sociedad.

Los timbreos en Cambiemos entre la hospitalidad y el sacrificio

Este dispositivo de enunciación se erige en el orden de lo íntimo, lo doméstico, lo cotidiano y lo individual en una *topografía privada* a la vez que un *desinvestimiento del cuerpo del líder político* y un alejamiento de la retórica

institucional en la cual se erigieron las políticas comunicacionales de la identidad de Cambiemos. Es preciso señalar que estas modalidades discursivas deben pensarse como la construcción de una identidad diferencial que emerge en contraposición a los rituales clásicos de la política tradicional y los lenguajes populistas y kirchneristas en particular (que se pueden pensar como sus condiciones de producción).

La operación de distinción tiene como contracara ciertas formas comunicacionales y estéticas, discursivas, las modalidades de escenificación del cuerpo en el espectáculo político (actos multitudinarios, la constitución jerárquica del líder que es una figura espectral del pueblo, etc.), los discursos argumentativos extensos y pedagógicos, las figuras de lo polémico y lo adversativo que definen los límites de la discursividad de Cambiemos.

Conceptualizamos en este trabajo a los timbreos como una modalidad de la comunicación política central en la identidad de Cambiemos desde su trayectoria hasta la actualidad. A su vez reconstruimos estas modalidades discursivas como escenas de “*hospitalidad*” que, sostendremos, posibilitan un tipo de vínculo y delimitan un campo de lo decible en las interacciones configuradas.

La categoría de hospitalidad fue elaborada y ampliamente desarrollada por ciertos intelectuales a propósito de otros fenómenos sociales, entre ellos Jaques Derrida y su pensamiento sobre la hospitalidad que, como señala Kortanje (2009) “es una obra nos lleva por el problemático sendero de la extranjería, el turismo y la migración” (p. 451). Desde este enfoque fueron elaboradas distinciones como hospitalidad “absoluta”, la incondicionalidad hacia todo otro y la hospitalidad “restringida” como limitación; y sus postulaciones se recuperan en diversos trabajos de investigación. Cuestiones a las que lleva el pensamiento derrideano son la vinculación de la inhospitalidad de la hospitalidad, el modo en que la hospitalidad y la hostilidad en algún punto se implican y coexisten.

A los fines de este escrito no nos proponemos profundizar en las derivas de esta concepción, pero sí nos detenemos en algunas cuestiones que creemos forman parte de esta definición y sus significaciones para comenzar a elaborar esta categoría.

“No sabemos qué es la hospitalidad” afirma Víctor Uc Chávez (2022), reseñando el pensamiento de Derrida (2021), ya que “no es un

concepto que se preste a un saber positivo” sino que de algún modo está siempre por venir. Se presenta en algunos casos como un derecho, una obligación o un deber. La noción de hospitalidad está ligada a la noción de derecho, a un derecho de visita, a ser recibido temporalmente. Y a la noción de “sí mismo”, también ligada a un “estar en casa”, un lugar de pertenencia y de identidad. “Así, no hay *ipse* ni *ipseidad* sin un *chez y un chez soi* y, al mismo tiempo, por ello, no hay hospitalidad sin *ipse*. Ya sea este *ipse* individual o colectivo, la hospitalidad comienza siempre con él” (Uc Chávez, 2022, p. 301).

Aquel que recibe, que brinda hospitalidad, abre su lugar, comparte algo de sí, de lo propio e íntimo al otro que en ese territorio es un extranjero. Este principio remite a un nivel de apertura de sí a aquello que es ajeno y desconocido (en nuestro caso de análisis se abre la puerta al llamado del otro en nombre del cambio).

En términos de la etimología del significante refiere a la “ley de la hospitalidad” en el mundo griego y romano. Allí, el recibimiento de un forastero inauguraba un vínculo en el que existía un intercambio de algún regalo u objeto que forjaba una *fides*, una lealtad, que se transmitía a través de generaciones familiares fundando un principio de reciprocidad. Esta última se vincula a la idea del movimiento de dar y recibir en la misma medida, es el intercambio que constituye un vínculo. Nos preguntamos en estas escenas ¿qué objetos, símbolos, acciones ponen en juego la figura política y sus destinatarios en torno a los cuales se construye la lealtad y la creencia? ¿Qué tipo de lazo se funda entre el líder y sus destinatarios? ¿Cuál es el rol del Estado y del sujeto en estas configuraciones?

Primera escena. “\$100 para ayudar al país a salir adelante”. A fines de 2015 Alfredo, un hombre mayor que vende tortas fritas al costado de la ruta, le escribió una carta junto a su mujer al recién electo presidente de la Nación con una colaboración de cien pesos para “ayudar al gobierno”. De este mensaje trascendió y circuló por los medios de comunicación un breve fragmento de la carta escrita de puño y letra a través de la publicación por parte del presidente en sus redes sociales (y luego profusamente circulada por los medios de comunicación). Allí, el vendedor, enunciaba:

Por tal situación del país, acepte estos \$100 porque con un poquito cada uno, juntaremos mucho. Y usted va a solucionar algunas cosas y saldremos

adelante. Y apenas Mónica y yo podamos, le enviaremos unos pesos más. Para lo que nos pueda necesitar. (Macri, 2016)

Este primer caso se estructuró en torno a tres momentos que marcaron la sucesión temporal de la acción política: la presentación de la carta, el llamado de la figura política en carácter de respuesta y la promesa del encuentro. Y la escenificación del encuentro mismo, momento central de postulación del vínculo. La construcción de la visita de la figura política a estos vendedores se fue configurado a través de noticias y piezas de la comunicación política de Cambiemos. Esta escena se trama en una narrativa que postula la llegada del líder a sectores a los que el sistema político había abandonado y en este marco la presencia en sí misma es valorada positivamente y significada como el cumplimiento de una promesa:

En diciembre le mandé una carta al señor presidente. Me la contestó. Me llamó por teléfono, tuvimos una charla y me prometió venir. Hoy viene. (Macri, 2016b)

Por lo menos cumplió con lo que prometió y vino a vernos. (Infobae, 2016)

En estas escenas de hospitalidad, la acción política y el obsequio hacia los vecinos es la presencia del político que funda una *fides* (una lealtad) y desencadena una intensa movilización afectiva vinculada por un lado a las figuras del amor, la felicidad, la empatía, el agradecimiento, la conmoción en ciertos encuentros y otras escenas donde predominan las angustias, las faltas, la escenificación de un daño individual y social. En esta narración se exhibe también un acto de habla exitoso: el cumplimiento de la promesa. Este componente afectivo se trama con las diversas modalidades de contacto que involucran al “cuerpo significante”. Comienzan con la mirada que dota de existencia a un vínculo, conecta al enunciador con sus destinatarios y moviliza una serie de deslizamientos significantes en la interacción, los besos, estrecharse en un abrazo, el tomarse de las manos. Las dimensiones icónicas e indiciales forman parte de la dimensión simbólica que constituye los procesos políticos.

En este orden se construye la imagen de una “derecha sensible”, capaz de interpelar a los sectores vulnerables bajo la promesa de cambio

y felicidad futura. La postulación de esta *proximidad* a la vez funciona como el cumplimiento de una promesa reciente y del deber del Estado “hacer, estar y escuchar” llenando el lugar vacío que corresponde a la política en la vida de la gente. La presencia del líder implica en este marco el afecto y agradecimiento

“Que gustó por dios, que gusto enorme Mauricio” dice Alfredo mientras Mónica (su mujer) llora y se tapa la cara con las manos. La visita del mandatario es también un regalo de cumpleaños. Macri abraza a la mujer que le agradece y lo bendice reiteradas veces. (Télam, 2016)

“Hoy es un día diferente. Totalmente... Un día feliz”, afirma el vendedor Mónica le cuenta a Macri sobre Alfredo: “Él lo ama mi presidente. Siempre dice ¡Es mi presidente!”

“¡No me cabe el corazón en el cuerpo! ¡No me cabe el corazón en el pecho! Muy orgulloso, muy feliz, muy contento por el gran regalo que tuvo Mónica en su cumpleaños... Más no podemos pedir”, dice Alfredo emocionado. (Macri, 2016b)

En su análisis sobre el neoliberalismo en Argentina, Catanzaro y Stegmayer caracterizan al momento actual como una inflexión “más emocional, austera y moralizante” que pone en juego un “repertorio de pasiones domésticas, auténticas, pre-políticas y ego-centradas que relibidinizan el lenguaje de la administración social” (2019, p. 164). Así, el amor, la felicidad, el agradecimiento habitan estas escenas configurando la sola llegada del político como un hecho feliz, valorable y festejable.

La escena de hospitalidad está signada por el ritual del recibimiento, se vincula a la noción de acoger a alguien en el lugar propio e implica en la etimología del significante la idea de admitir aquello que llega. Desde este lugar el encuentro es significado como algo inédito y emocionante:

“El presidente me llamó el jueves a eso de las 11 de la mañana y yo, por supuesto, creí que era una joda...” (La Nación, 2016)

“Es increíble, sí” (dice Mónica). El vendedor en referencia a la exaltación de su mujer explica “No lo puede creer” (Télam, 2016).

En estos marcos de interacción se configura un dispositivo de enunciación simétrico, es decir que opera en una suerte de horizontalidad entre la figura política y sus destinatarios. En la postulación de la cercanía y proximidad radical, lo que le cabe al destinatario (el vecino) es el agradecimiento y la acogida en tanto anfitrión que recibe a la figura que llega “desde afuera de la política” y a el lugar “de cada argentino”. La topografía de *lo íntimo y lo privado* se modelizan en los lugares en los que deviene la vida de cada vecino. El vínculo y el compartir se materializan en la circulación de afectos y objetos fundamentalmente en torno a la comensalidad y las rutinas cotidianas.

Si en las escenas de hospitalidad el huésped entrega un presente, un objeto o símbolo que funda un vínculo de lealtad, la figura política brinda su presencia en sí significada como valiosa en la medida en se inscribe en una narrativa en donde el sistema político ha abandonado a los argentinos. Es una figura que se acerca a lo precario, se inviste de los rasgos de lo humilde, lo valorable y funda una *fides*, un lazo de agradecimiento y confianza.

“¡Muchas gracias! Que Dios lo bendiga siempre... Yo tengo mucha Fé. Mucha Fé en usted” (Macri, 2016b).

“Es fuerte, sobre todo para nosotros que somos simples laburantes”, dijo emocionado el vendedor (Los Andes, 2016).

En estas escenas, hay una serie de obsequios que se intercambian y fundan este lazo de reciprocidad y creencia. La carta con el dinero del trabajador como gesto fundante del encuentro. El obsequio de la presencia en sí de la figura política como un regalo en el día del cumpleaños de la mujer, que a su vez es retribuido con una serie de objetos y afectos en una disposición complaciente y servicial. Los vendedores invitan a la figura a tomar unos mates con tortilla asada. “Síéntese presidente”, “tome asiento por favor”, “para usted señor presidente”, dice Mónica entregándole una tortilla. “¿Toma dulce o amargo señor presidente?” (Télam, 2016). La retribución es firma y dedicatoria del mandatario en una remera de Boca para estos vecinos. “¡Hincha de Boca hasta la muerte mi presidente!” (grita Mónica).

Hasta aquí postulamos el modo en que estas escenas están signadas por la interpelación cercana, empática e individualizada por parte de

la figura política vinculada a emociones alegres y la postulación de una visión armónica de lo social. Ahora bien, ¿cómo se modeliza el componente sacrificial? ¿Cómo conviven las figuras del mérito, el esfuerzo y la falta en estas retóricas del entusiasmo y la vocación voluntaria? ¿en qué tipo de visión del mundo podría caber la idea de que un vendedor de tortillas pueda “donarle” dinero a un jefe de Estado para colaborar con el país?

El lenguaje de esta derecha neoliberal que encarna Cambiemos tiene, en los timbreos y escenas de encuentro con los vecinos, un marcado componente de hospitalidad que se anuda y en el que emerge en ciertos momentos una lógica sacrificial. Queremos argumentar que, en la interpelación armónica y reconciliada del diálogo, en la promesa de un futuro mejor, de “unir a los argentinos” y “acabar con la pobreza” en nombre del cambio, se modula como reverso un sacrificio individual y social. Repasaremos las escenificaciones del esfuerzo y entrega individual para lograr una vida o un país mejor, el elogio a los gestos meritorios y emprendedoristas, el desplazamiento de la enunciación de las figuras políticas hacia los ciudadanos, para dar cuenta del sacrificio y sus implicancias.

En el marco de esta escena significada como armónica y emocionante, interesa detenerse en el momento inaugural del encuentro que posibilita el vínculo. La construcción simbólica de la entrega de dinero. Postularemos que en la idea de “aportar \$100 para ayudar al país”, que podría ser caracterizada como un acto de ingenuidad o un exceso de fe, hay una propuesta sacrificial que sostiene un mecanismo de inteligibilidad de la acción social y política. En este monto ínfimo existe la postulación de una visión del mundo y una concepción de la comunidad que es valorada positivamente. Si bien la colaboración exigua de este trabajador no podría ser pensada en términos de algún tipo solución política, se trata de un modo de entender lo social, el lugar y la responsabilidad de los sujetos allí y el deber ser del Estado. En este gesto parecen modelizarse sentidos donde la privación, el renunciar a algo, el gesto de dar (aun en un estado de falta), las políticas de austeridad y la vocación solidaria vinculada a los que menos tienen ocupan un lugar fundamental. Más adentrada la gestión, la austeridad socializada hacia los más vulnerables será una política del Estado neoliberal y no encontrará grandes resistencias en la distribución diferencial de la precariedad.

La interpelación a la construcción conjunta entre el líder y sus destinatarios opera en una igualación en la que el Estado es un actor entre otros ya que “con un poquito cada uno, juntaremos mucho”.

Volviendo al gesto de aporte del vendedor, si bien el primer reflejo de la figura política es simplemente devolver el dinero, la entrega del billete potencia su valor simbólico en la sucesión de acciones en esta narrativa. Se transforma en un obsequio, en un símbolo de aquellos que movilizados por el esfuerzo y la voluntad están dispuestos a poner su “granito de arena” para que todos estemos mejor. Así el vendedor afirmaba en una entrevista

Yo planteé que si todos, trabajadores, políticos y empresarios, poníamos un poquito cada uno, podíamos sacar el país adelante. (Infobae, 2016)

Le pedí que acepte el dinero y el presidente cedió a mi planteo. Le dije que si medio país hicieramos lo mismo esta gestión tendría una gran inyección para mejorar las cosas. Ahora hay que ver si cumple, yo le tengo fe. (La Nación, 2016)

Tiene mis \$100 en un cuadrito. (El Día, 2016)

El significado del billete en esta narrativa no radica en el valor de éste sino en su operatoria como símbolo. Es una materialidad que sutura un lazo de creencia por parte del trabajador en la identidad macrista y postula ciertos mecanismos de inteligibilidad de la acción política. La figura de “aportar un granito de arena” que se vincula a idea de que con una sumatoria de pequeños gestos y aportes se podría sacar al país adelante desdibuja y despolitiza el rol del Estado en una sociedad desigual. Implica de algún modo asumir en términos de lo individual la responsabilidad y el rol de la gestión Estatal. El individuo, potencial destinatario de las políticas públicas que pueden dar lugar a una vida digna, simbólicamente toma a su cargo, e invita a la comunidad a hacerlo, lo que se podría pensar como materia de gestión pública. Lo que les cabe en todo caso a políticos y empresarios en relación al ciudadano común sería “poner un poquito más” (El Paraná, 2016). Esta construcción de una fantasía igualadora desresponsabiliza a los sectores de poder y a la gestión del Estado y opera en una equiparación de posiciones en la capacidad de respuesta a las situaciones sociales. Este movimiento traslada las cargas al espectro social, concebido como mera sumatoria de individuos y voluntades.

El billete es un símbolo y es una interpelación en un intercambio que constituye un lazo, la fantasía de que *todos juntos haciendo nuestro esfuerzo* lograríamos que el país finalmente esté mejor; en esa cristalización significante, más que dinero hay un lazo. El billete, como una estampita religiosa (recuperando en alguna medida el planteo benjaminiano), condensa un tipo de fe.

En relación al componente sacrificial, argumentaremos en este apartado que la entronización de las retóricas del esfuerzo y el empeño, la resiliencia y la resistencia en estas escenas constituyen un componente sacrificial que forma parte de esta identidad neoliberal. Entonces, ¿cómo se modelizan estas escenas? ¿A qué tipo de sujetos, objetos, valores y emociones aparece asociado el “valor” del esfuerzo? ¿Qué visión sobre la comunidad, el Estado y la política proponen? ¿Qué vínculo se postula entre la figura política y sus destinatarios?

Se trata de configuraciones significantes en las que la puesta en juego del esfuerzo y el tiempo vital del individuo, con énfasis en la superación de situaciones sociales adversas, se encuentra individualizada y valorada positivamente. Es en el nombre del cambio (como promesa de futuro mejor y feliz) que las escenas de hospitalidad y la lógica sacrificial se anudan. En la narrativa sobre su vida cotidiana, el matrimonio que donó \$100 para ayudar al país viaja algunos kilómetros en su Renault 12 hasta “Las 4 esquinas”, en las afueras de Rosario, lugar donde tienen su puesto de venta al costado de la ruta.

Nos levantamos dos de la mañana, venimos desde Rosario, a las tres ya tengo el fuego prendido. Y empezamos a cocinar durante toda la madrugada. (Macri, 2016b)

Allí pasa parte de la noche y el día un “simple tortero” (como se define el vendedor visitado por el presidente de la República) a la espera de vender sus tortillas asadas. El resto del día confecciona hornos de barro a pedido (La Nación, 2016).

Al poco tiempo, cuando la situación económica se recrudecía, el vendedor fue nuevamente entrevistado y ante la afectación que producen estas medidas económicas se refuerza la retórica entusiasta y esperanzada vinculada al esfuerzo: “es duro, pero hay que pagar las cosas lo que salen”.

"Los aumentos de materia prima también me golpearon. Pero nosotros vamos y pagamos lo que sale. Y al otro día seguimos trabajando como siempre", contó (Infobae, 2016). Según relataba el medio "Pese a su simpatía con el Gobierno, este trabajador aseguró que los aumentos de tarifas y la inflación le están afectando como a cualquier otro ciudadano, sin embargo, está esperanzado con el futuro de la Argentina"

En esta retórica el individuo soporta las medidas, sacrifica su bienestar para el sostentimiento del Estado. La aceptación de un recrudecimiento de sus condiciones de existencia, admitir la privación es un modo de aportar "al país" que implica proyectar la promesa de bienestar y felicidad general que caracterizó a esta fuerza política. En las escenas propuestas para su abordaje, esta construcción significante se trama con cierta vocación solidaria. Así, el matrimonio además de manifestar su voluntad de trabajo y de contribución con el país está presente en las villas rosarinas repartiendo alimentos.

En estas narrativas la vocación de aportar y salir adelante en términos de lo individual configura al sacrificio como salida posible. Son los individuos los que toman a su cargo las faltas de la comunidad. No solamente en el trabajo y el esfuerzo sino en la autogestión de las políticas de austeridad y los imaginarios del voluntarismo. Como sostiene Brown (2016) "La ciudadanía sacrificial se expande para incluir cualquier cosa relacionada con los requerimientos e imperativos de la economía" (p. 294).

Segunda escena. "Si no sé hacerlo, busco la manera". Uno de los momentos privilegiados donde se consolidaron los timbreos como estrategia central de la comunicación política de Cambiemos fue la campaña electoral del año 2015. En una de estas piezas comunicacionales la mostración de la identidad se dispone en un almuerzo entre el candidato y una vecina (Silvina) en Resistencia, Chaco.

La mujer es madre de una joven de quince y un chico de doce años, trabaja durante el día en un centro de salud, durante la noche en una pizzería. Trece horas de trabajo por día. Además, estudia para ser profesora de psicología. En el ritual del recibimiento se definen los roles de interacción que son singulares posiciones de enunciación. En estas piezas es la figura de los vecinos la que ocupa un rol preminente en la enunciación mientras que el candidato ejerce la acción política de la escucha. Silvina cuenta lo que siente, desea y su disposición para afrontar la vida diaria:

"Siento que tengo capacidad para algo más. . . Yo no tengo problema en limpiar, por ejemplo, pero si me dicen 'anda y hace tal cosa', y no la sé hacer, busco la manera de hacerla. Eso es lo que quiero: Progresar..."

La figura política responde "Superarte (...) Y que tus hijos te superen a vos".

Los sujetos aparecen enfrentados "al mandato de autosuficiencia e hiperresponsabilizados de sus fracasos" (Catanzaro y Stegmayer, 2019, p. 162). La presentación de la escena es la celebración entusiasta de la voluntad y el esfuerzo, postulando el sacrificio por resolver condiciones de una vida digna como algo ejemplar. Se configura la idea del mérito y haciéndola extensiva a todo el espectro social:

Silvina es mamá, trabajadora, casi profesora y además una excelente cocinera. Una historia de superación, una historia de cómo todos podemos hacerlo. ¡Gracias por invitarme a tu casa y por las ricas milanesas! (Macri, 2015a)

En términos de Brown "el capital humano por sí mismo tiene la responsabilidad de mejorar y asegurar su futuro, se espera que invierta en sí mismo de manera sabia y su dependencia se condena" (2016, p. 295). La capacidad o el intento de responder a la demanda ilimitada de la maternidad, el estudio, los trabajos (en plural) como algo valorable en lugar de una sobrecarga. El enunciador construye un nosotros inclusivo, la comunidad del esfuerzo de la que todos deberíamos participar.

Tal como sostienen Barros y Quintana (2020), en un análisis que aborda la configuración afectiva vinculada al amor y al odio en los discursos de Cambiemos, existe una lógica "retórico-afectiva" y una invitación al "auto-sacrificio" que implica "una renuncia a nuestras condiciones sociales, políticas, económicas de pervivencia" (p. 90). Este componente sacrificial no habita una serie de escenas aisladas, sino que forma parte de la visión del mundo de esta identidad que participa de una racionalidad neoliberal.

Tercera escena. "El país que soñamos está cada vez más cerca". Macri visita a Estela, una profesora de Concordia preocupada por las condiciones en que los alumnos van a la escuela:

"Yo sé de un alumno que se va a la escuela sin desayunar y sin comer al mediodía... ¿Qué le voy a enseñar matemática? No le puedo enseñar

matemática. Tengo que hablarle de un abrazo, un beso, una cosa así. Tengo que cambiarle esa vida de *miércole* que llevan”.

La enunciación de esta profesora se puede pensar como la escenificación de un daño social y un diagnóstico actual sobre la política argentina (gobernada por el kirchnerismo). A su vez, lejos de cualquier argumentación en torno al rol del Estado, la respuesta política postula una interpellación en términos de lo emocional:

–Primero amor y después conocimiento (dice Macri, entonces candidato a presidente): –¿Qué es eso que te dicen la loca?

–Y, porque quiero transformar el mundo, y bueno, hago lo que puedo en el lugar que puedo –responde Estela. Macri la abraza mientras caminan.

–Pero eso está bueno, que vos quieras transformar el mundo. (Macri, 2015b)

La escenificación de las problemáticas sociales vinculada a las dimensiones afectivas y a la idea de la necesidad del cambio se vincula a la conceptualización sobre el neoliberalismo contemporáneo postulada por Catanzaro y Stegmayer, que busca legitimarse apostando fuertemente a la dimensión de las pasiones poniendo en juego una dimensión de los afectos en “la alegría sin conflicto, lo positivo y el diálogo” (2019, p. 164).

Una situación social que podría ser interrogada desde una perspectiva de derechos y vinculada al rol de la acción política institucionalizada, se construye en la sola escenificación del daño e interpellación emocional y entusiasta. El cambio se construyó como un significante vacío, y como promesa abstracta vinculada la idea de un futuro mejor y feliz, capaz de llenar las faltas sociales con los sueños de los argentinos. Así, quien estaba a pocos pasos de ser el presidente de los argentinos construía el encuentro en tanto pieza de campaña:

En Concordia, Entre Ríos, estuve en lo de Estela. Le dicen “La Loca” porque quiere transformar el mundo. ¡Mira! El país que soñamos está cada vez más cerca. (Macri, 2015b)

“Autosacrificio” es aquí una “autorresponsabilización” de sí frente a la adversidad, queda desplazada la retórica de los derechos por los

imperativos del mérito, del esfuerzo y la vocación de servicio. Existe una distribución de las cargas hacia los sectores más vulnerables. Y en este mismo movimiento, un desplazamiento de la responsabilidad del Estado. Al ciudadano no le queda más que unirse a un sacrificio socializado en el que aporta “su granito de arena” para satisfacer los imperativos de una economía y una sociedad dañadas. En la construcción significante que atraviesa estas escenas (amenas y hospitalarias) se modeliza una aceptación de la precariedad, la austeridad y la incertidumbre, que hacen sistema estructurando la realidad social.

Estas operaciones se dan a nivel lingüístico, pero también a nivel corpóreo, estético y relacional. Es decir, a nivel de la composición simbólica de la puesta en escena que se materializa en aquello que los enunciadores dicen, pero que articulan con la disposición y desplazamiento de cuerpos, espacios, objetos.

Cuarta escena. “Necesitamos que nos escuchen con el corazón”. En Amaicha del Valle, Tucumán, el entonces candidato a presidente Mauricio Macri va de visita a la casa de la familia Díaz. El encuentro escenifica, en dos spots estructurados en clave de campaña, la preocupación por la gente de este pueblo por la falta de trabajo, por las condiciones edilicias de las escuelas, lugar en el que la familia colabora todo el año.

En estas escenas en las que son los “vecinos” los protagonistas de la enunciación y en las que las modalidades de interacción son cercanas, individualizadas y muchas veces lúdicas y joviales se configuran también las angustias, los problemas, faltas y esperanzas de los destinatarios. Estos sufrimientos sociales son presentados en clave confesional. Aquí la posibilidad de instaurar la posición de enunciación escenificando los conflictos que estructuran la realidad se desrealiza, contribuyendo a una visión armónica y esperanzada de lo social. Lo que sucede a la hora de escenificar el daño es el pedido desde una posición de enunciación signada por la humildad:

Apuéstele a la clase laburadora, a los profesionales que se capacitan de verdad y no que compran un título. Y apuéstele al negrito del norte. Somos bien laburantes. Necesitamos más oídos, pero no oídos desde la cabeza, que no escuchen con el corazón. Hay mucha gente que tiene ganas de laburar, que tiene proyectos que son fantásticos, que valen la pena. (Macri, 2014).

Una invariante en estas escenas tiene que ver con la posición de enunciación ligada a una singular idea sobre la acción política. En esta construcción la figura política ejerce fundamentalmente el rol de la escucha y la postulación de la cercanía que se inviste del valor de la honestidad, la humildad y la pureza en la medida en que se proyecta en contraposición a un sistema político corrupto y sumido en sus propios intereses. La figuración de un político que simplemente “está allí” y “abraza la situación” (en una literalidad radical) aparece no sólo como valorable sino como deseable:

Hay gente que no está todo el tiempo como los gobernantes que últimamente venimos teniendo mirándose el pupo. Hay gente que mira para el otro lado y que ve la necesidad de otra gente. No tenemos quién nos escuche. (Macri, 2015c)

Se podría pensar que la postulación de este lazo se vincule en cierta medida a una lógica pastoral, en los modos en que se plantea la relación entre la figura del líder y sus destinatarios. Foucault (1990) construye la idea de una modalidad de poder vinculada a la figura del pastor.² En esta tecnología, “el pastor” no sólo protege a su rebaño en general, sino que se trata de una relación (“bondad”, dice Foucault) constante e individualizada. El pastor se ocupa de cada una de sus ovejas, asegura su salvación a la vez que define una meta (la mejor) para su rebaño. En una disposición abnegada, su atención se dirige a todos a la vez que conoce a cada uno en su singularidad. “El poder pastoral supone una atención individual a cada miembro del rebaño” (p. 6). Esta configuración significante, que Catanzaro y Stegmater visualizan en la figura de María Eugenia Vidal como una “tonalidad piadosa” vinculada a una “actitud pastoral”, forma parte en este análisis de toda una lógica de la discursividad en sus estrategias de comunicación política (p. 169). La ruptura de escala que producen los procesos de mediatización en la comunicación política magnifica el campo de efectos posibles y de interpelación, construyendo la idea de

² Foucault trabaja sobre el problema de la identidad referida al “poder individualizante”, recorre ciertos modos en que el cristianismo fue moldeando la figura de un vínculo pastoral. El autor refiere “al desarrollo de las técnicas de poder orientadas hacia los individuos y destinadas a gobernarlos de manera continua y permanente. Si el Estado es la forma política de un poder centralizado y centralizador, llamemos pastorado al poder individualizador” (p. 3). El problema por el que se interesa tiene que ver con el poder político que actúa en el Estado como marco de unidad y el poder pastoral cuya función es cuidar de todos, pero fundamentalmente de cada uno, mejorar sus vidas.

llegada a cada vecino. Así Sandra recibía en Corrientes al candidato y afirmaba en uno de estos encuentros “¿Quién va a creer que Macri anda caminando nuestro barrio?” (Macri, 2015d).

En los timbreos se pueden pensar algunas de estas formas en la postulación de un vínculo individualizado que propone conocer (a la vez que exponer) las necesidades, deseos, angustias y expectativas de cada individuo en singular, que se realiza en esta narrativa como diagnóstico y daño social de una situación presente y promesa de un futuro mejor.

Conocer en el marco de lo íntimo, en detalle, lo que necesitan todos, pero por sobre todo cada uno de los argentinos. Establece un posicionamiento diferencial en el campo de la enunciación política que traspasa las fronteras del barrio para adentrarse al hogar, al mundo privado y singular de cada quien. A su vez, se presenta como quien sabe qué es lo bueno para una comunidad. Es el pastor quien guiará a su rebaño por el sendero del cambio, hacia un futuro mejor, la felicidad (siempre diferida al futuro, impulsada por la promesa).

A su vez, se podría reconocer también el rasgo de la abnegación que se vincula al *modelo de llegada* desde afuera de la política por parte de una derecha sensible; pero también la abnegación que habita cada acto sacrificial de renuncia a algo (dinero, tiempo vital, mejoramiento de las propias condiciones de existencia) para el bien del pueblo, del país, de la familia, de los alumnos. Como veremos, este vínculo pastoral habilitará ciertos momentos de enunciación de los vecinos en clave confesional, allí donde se modelizan las faltas de una comunidad. La dimensión afectiva se despliega entre la interpelación entusiasta y la escucha compasiva.

En términos afectivos las emociones se redireccionan, lo que podría ser un reclamo hacia las figuras y las dirigencias políticas se redirige en términos confesionales, las culpas hacia el propio individuo, lo que estabiliza en un tipo de lazo: en el encuentro compasivo, dialoguista, entusiasta, armónico. El elogio al esfuerzo vinculado a la meritocracia (“los que se capacitan de verdad” y no “los que compran un título”); la retórica e interpelación entusiasta sobre “lo que podemos hacer juntos”, “todo lo que podemos hacer”, “transformar el mundo”, como proyección de unión de una suma de voluntades y revoluciones con pasión por el hacer es también la proyección y socialización de las cargas y las faltas hacia la comunidad. El esfuerzo y la tenacidad de hacer lo “imposible” por mejorar la

comunidad es valorado positivamente: en referencia a la familia Díaz de Tucumán, Macri afirmaba: “Ellos con un compromiso inquebrantable hacen lo imposible por ayudar” (Macri, 2014). Lo que se desrealiza es la responsabilidad de los dirigentes políticos y el rol del Estado, la visibilización de los conflictos, las perspectivas de derechos.

Conclusiones

Este trabajo se centró en el análisis de dos lógicas aparentemente incoexas o incluso contradictorias que, según postulamos aquí, están profundamente entrelazadas configurando una visión de mundo. El ritual del recibimiento, el encuentro en escenas de hospitalidad, la intensa circulación afectiva y la figuración de “una derecha sensible”, empática y compasiva pueden ser vinculadas a una singular lógica sacrificial. Hospitalidad y sacrificio son pares que funcionan solidariamente en esta discursividad y se articulan en el nombre del cambio que fue la promesa de un futuro mejor y feliz al que todos podemos contribuir. Así, en este análisis argumentamos que iniciarse en el camino del cambio en un vínculo de hospitalidad desemboca y conduce a su reverso.

La figura del sacrificio es central, en la medida en que supone una entrega de sí, aún en un estado de vulnerabilidad o de falta. El sacrificio político y moral, según Brown (2016), involucra renunciar a algún aspecto de la propia vida, es siempre un autosacrificio, es un sacrificio *para*: “Renunciamos a algo que nos importa para tener un resultado y al hacerlo no renunciamos al mundo moderno del yo y sus intereses, sino que este mundo se confirma al nombrar este acto un sacrificio” (p. 301). En este caso, el autosacrificio se vincula a la proyección de un futuro de bienestar, comporta una esperanza, se nutre de ella a la vez que indica qué se desea y aquello que se está dispuesto a soportar para llegar a ello. Lo que se tolera, siguiendo a la autora, es el recrudecimiento de las propias condiciones de existencia en función del bienestar de algo que nos supera y que valoramos (el país, la comunidad educativa, los hijos).

El individuo toma a su cargo la responsabilidad sobre ese futuro, lo que reconfigura la idea misma del rol del Estado y la acción política. El lugar de lo público como sede de la acción política, así como el Estado y

sus instituciones en la gestión de las necesidades y derechos sociales, se desdibujan para dar lugar a singulares modulaciones donde la privación, el esfuerzo individual y la austeridad social cobran nitidez.

Así, en estas escenas, la hospitalidad en el marco de lo privado y lo doméstico se erige también como una hostilidad hacia la política y lo público. En esa construcción significante lo que se desrealiza es el rol del Estado en la construcción de lo común. La discursividad política en Cambiemos modeliza ciertas formas de estar juntos y estar separados, y pone en funcionamiento la apelación a una “suma de revoluciones” que asumen el sacrificio y la austeridad como una salida posible e individual. Lo que se diluye son las redes de contención políticas y sociales inaugurando formas actualizadas de vulnerabilidad. Allí donde se postula una interpelación alegre, lúdica y optimista hay una socialización de los costos y los riesgos, una privatización de los beneficios y un desdibujamiento de las formas institucionales de protección social.

Siguiendo a Catanzaro y Stegmayer (2019), en esta discursividad “la desigual distribución social de la precariedad y las responsabilidades políticas por esa distribución se desrealizan, para convertirse en obstáculos meramente individuales y psicológicos” (p. 168), lo que inaugura un tipo de lazo y un modo de sujeción a un orden.

En esta discursividad se demanda un sacrificio en la medida en que se estimula al individuo a ir más allá de sus propios límites, en el aliento entusiasta y la escucha compasiva, en la cruda felicitación. En la mirada aprobatoria se vuelve ejemplar el esfuerzo, con énfasis en la gente humilde y la valoración del empeño, allí donde las fallas y las faltas de una comunidad exponen su herida. Cada vez que se postula al sujeto como único artífice de su destino a través de sus méritos, en la fantasía de la igualdad de oportunidades y lazos transparentes, en el mandato de una disposición optimista y esperanzada, se funda una lógica sacrificial y cruel.

Hospitalidad y sacrificio son componentes que no sólo coexisten, sino que se constituyen el uno al otro; han logrado interpelar efectivamente a la sociedad argentina y aún hoy permean modos de ver y sentir el mundo. Postulamos que estas dimensiones que formaron parte novedosa de esta identidad son un componente central de la discursividad política argentina, disponibles para actualizarse, tomar nuevas formas y modelizar las promesas de futuro que signan los tiempos que corren.

Referencias bibliográficas

- ANGENOT, J. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y decible*. Buenos Aires. Argentina. Siglo XXI editores.
- ANNUNCIATA, R., (2018). "Si viene, yo lo voto": la proximidad en timbres y visitas de Mauricio Macri durante la campaña electoral y su primer año de gobierno (2015-2016). *Austral Comunicación* 7(1), 57-90. <https://riu.aulstral.edu.ar/handle/123456789/636>
- BARBETTA, P. Y BIDASECA, K. (2004). Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001 Piquete y cacerola, la lucha es una sola: ¿emergencia discursiva o nueva subjetividad?. *Revista Argentina de Sociología*, vol. 2, núm. 2, pp. 67-88.
- BARROS, M., Y QUINTANA, M. M. (2020). Elogios del amor y la violencia. Una aproximación a la retórica afectiva de Cambiemos. *Revista Pilquen. Sección Ciencias Sociales*, 23(1), pp. 80-92.
- BROWN, W. (2016). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso
- BUTLER, J. (2004 [1997]). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.
- CATANZARO, G., Y STEGMAYER, M. (2019). El nuevo giro neoliberal en Argentina. *Critical Times*. 2(1), pp. 159-185.
- EL DÍA. (2016, 11 de mayo). Macri sorprendió a rosarino que le envió 100 pesos para ayudar al país. *El Día*. <https://shorturl.at/UvZ1s>.
- EL PARANÁ. (2016, 3 de junio). Atacaron el puesto del vendedor de tortillas que le mandó 100 pesos a Macri para ayudarlo. *El Paraná*. <https://shorturl.at/ckq2E>.
- FILIPPELLI, N (2023). "Votemos con el corazón": la presencia, la escucha y la hospitalidad en los timbres de Cambiemos. Artículo presentado en el XVI Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación organizado por la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC) en alianza con la Federación Argentina de Carreras de Comunicación Social (FADECCOS) en Buenos Aires.
- FOUCAULT, M. (1990). Omnes et singulatim: hacia una crítica de la "razón política". En *Tecnologías del yo*. pp. 95-140. Barcelona: Paidós.
- GOFFMAN, E., (2006). *Los marcos de la experiencia*. España: CIS.
- INFOBAE. (2016, 11 de mayo). Emotiva visita de Mauricio Macri al vendedor que le regaló \$100 para ayudar al Gobierno. *Infobae*. <https://shorturl.at/F4EZF>.
- INFOBAE. (2016, 3 de junio). Atacaron el puesto del vendedor de tortillas que le mandó 100 pesos a Macri para ayudarlo. *Infobae*. <https://shorturl.at/snWVu>.
- KORTANJE M. (2009). "La hospitalidad" en Jacques Derrida. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 22(2), 451-453.

- LA NACIÓN. (2016, 16 de enero). La historia del hombre que le "donó" 100 pesos a Macri para colaborar con el país. *La Nación*. <https://shorturl.at/8iw5D>.
- LOS ANDES. (2016, 11 de mayo). Macri visitó al vendedor ambulante que donó \$100 pesos para su campaña. *Los Andes*. <https://shorturl.at/cFiWV>.
- MACRI, M. (2016b, 11 de mayo). El Presidente Macri visita a Alfredo en Santa Fe [Archivo de Vídeo]. *Youtube*. <https://www.youtube.com/watch?v=aXkV7UEkNJU>
- MACRI, M. (2016, 14 de enero). Alfredo tiene 63 años, vive en Rosario y tiene un puesto al costado de la ruta 178 donde vende pastelitos [Facebook]. <https://shorturl.at/l6p9j>.
- MACRI, M. (2015b, 21 de julio) Con Estela en Concordia, VAMOS JUNTOS | Mauricio Macri [Archivo de Vídeo]. *YouTube*. https://www.youtube.com/watch?v=MkEdN5ynM_I
- MACRI, M. (2015c, 25 de julio) Con Viviana y Florencia en Tucumán, VAMOS JUNTOS | Mauricio Macri. [Archivo de Vídeo]. *YouTube*. <https://www.youtube.com/watch?v=Ko6jvbLyQDQ>
- MACRI, M. (2015d, 25 de julio). Con Sandra en Corrientes, VAMOS JUNTOS | Mauricio Macri. [Archivo de Vídeo]. *YouTube*. <https://t.ly/wRNER>.
- MACRI, M. (2014, 28 de marzo) Mauricio Macri visitó a una familia en Amaicha, Tucumán [Archivo de Vídeo]. *YouTube*. <https://t.ly/tPvtX>.
- MACRI, M. (2015a, 6 de mayo) "Si no sé hacerlo, busco la manera" | Mauricio Macri. [Archivo de Vídeo]. *YouTube*. <https://www.youtube.com/watch?v=Sr6jSnleLAA>
- MAINGUENEAU, D. (2003). *Los términos clave del análisis del discurso*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- MARTÍNEZ, F. (2016). Análisis semiótico de una doxa pospolítica: los discursos del PRO (2013-2016). *Kairos. Revista de Temas Sociales*, n.15, 37.
- MARTÍNEZ, F. (2016). Nuevos sujetos neoliberales. Configuraciones sobre el mérito en los discursos del PRO. *Oficios Terrestres*, n. 35, 1-21.
- MARTÍNEZ, F. (comp.) (2020). *Discurso y precarización: avatares recientes del neoliberalismo en Argentina*. Córdoba: Nodo Ediciones.
- MARTÍNEZ, F. Y SCAMMINI, M. (2015). Retóricas antropolíticas: discursos pre-electorales del PRO (Alianza Propuesta Republicana, Argentina). Trabajo presentado en el VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP) Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 22 al 24 de julio de 2015.
- MAZZAFERRO, A. (2018). *La cultura de la celebridad*. Buenos Aires: Eudeba.
- MONTERO, A. S. (2003). Memorias discursivas de los '70 y ethos militante en la retórica kirchnerista (2003- 2006). Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

MORRESI, S., Y VOMMARO, G. (2015). *Hagamos equipo: PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Buenos Aires: UNCS.

MORRESSI, S. (2015). Una aproximación a la derecha sensible. *Dossier UBA*. pp-28-33.
<https://shorturl.at/VaY3j>.

SIGAL, S., Y VERÓN, E. (2014). *Perón o muerte: los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.

TÉLAM. (11 de mayo de 2016). Macri visitó a una pareja de vendedores de tortas en la localidad de Cuatro Esquinas [Archivo de Vídeo]. *Youtube* <https://www.youtube.com/watch?v=NtaLoMjn-qY>

UC CHÁVEZ, V. M. (2023). Hogar de sí hogar del otro: El pensamiento de la hospitalidad de Jacques Derrida. *Cuiculco. Revista De Ciencias Antropológicas*, 29(83), 295–305.
<https://shorturl.at/f2vfK>.

VERÓN, E. (1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política. En Verón, E. et al. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

VERÓN, E. (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

VERÓN, E. (2004). *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Gedisa.

Infiltrados, perversos y manipuladores: figuras de la enemistad y postulados supremacistas en las obras de Osiris Villegas y Agustín Laje

GABRIEL MONTALI

Introducción

El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. (...) Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad. Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene: "Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Julio Cortázar, *Casa tomada*

Publicado en diciembre de 1946 en la revista *Los anales de Buenos Aires*, entonces dirigida por Jorge Luis Borges, el cuento de Cortázar suele ser leído como una metáfora sobre los modos en que las derechas argentinas viven su contacto con la otredad, en este caso la otredad peronista. El texto remite a la imagen de una figura invasora, que se apropia de objetos y lugares que no son suyos y que tampoco le corresponden.

Una figura a veces amenazante; a veces, directamente abyecta o monstruosa, cuya presencia no hace más que romper la supuesta estabilidad del orden para lanzar al país al caos y la anarquía. A casi ochenta años de su publicación, el campo intelectual de las derechas parece haber resignificado la metáfora cortazariana. Ya no hay sólo peronistas ocupando el espacio público. La casa, ahora, también ha sido tomada por los travestis, los transexuales, las lesbianas y las feministas. Identidades a las que se atribuye la puesta en marcha de un proceso de transformación marxista de la sociedad, cuyo propósito, en palabras de Agustín Laje (2016), es destruir a la familia y al matrimonio “como forma de derrumbar la superestructura que sostiene al capitalismo” (p. 56). Tanto es así que la radicalización de esta clase de discursos en los últimos años forma parte de un debate de intensa actualidad que tiene, entre sus máximas inquietudes, una pregunta clave: ¿qué tanto hay de novedoso en estas nuevas expresiones de las derechas? Es decir, ¿qué tanto se diferencian de sus antecesoras? ¿Acaso no replican los discursos que caracterizaron a estas corrientes en el período previo a 1983? ¿Acaso no hay un común denominador situado en la radicalización ideológica, la xenofobia y el rechazo de cualquier iniciativa que asuma principios de solidaridad con los sectores excluidos? Y de ser así, ¿eso significa que estamos ante la reemergencia de una cultura política golpista, dispuesta a interrumpir los procesos democráticos mediante la práctica del *lawfare* y el empleo sistemático de *fake news*? ¿O acaso estamos ante otro tipo de fenómeno, propio de un nuevo contexto, de nuevas experiencias y de nuevas modalidades de interpellación de la ciudadanía?

Para empezar, puede decirse que estas inquietudes, así como los discursos de las derechas contemporáneas, han ganado visibilidad en un período signado por tres factores. De acuerdo con especialistas como Maristella Svampa (2016), Julia Expósito (2021), Matías Saidel (2021) y Pablo Ponza (2021), el primero se vincula al escenario de recepción global desatado a mediados de 2008, escenario que repercute en la Argentina al menos desde 2012 y entre cuyos múltiples efectos se destaca la consolidación de las corrientes liberal-conservadoras como una alternativa competitiva en términos electorales. El segundo factor, en tanto, apunta a la emergencia de los movimientos trans-feministas como principales colectivos de oposición a las matrices del

neoliberalismo y el patriarcado. Precisamente, la configuración de este fenómeno en torno a sucesos como las marchas contra los femicidios y por la sanción de la ley 27.610, que regula la interrupción voluntaria del embarazo, parece haber ofrecido a las derechas la posibilidad de construir una nueva alteridad político-ideológica. Nos referimos, con esto, a la imagen de un nuevo enemigo que parece haber incrementado la eficacia de sus discursos en sus intentos de interpellación de la ciudadanía. Por último, el tercer factor remite a una de las estrategias de posicionamiento político de estas corrientes: se trata del fortalecimiento del campo cultural como ámbito clave en las disputas para definir vías de resolución de estas problemáticas (Goldentul y Saferstein, 2020). Recordemos que las expresiones de derechas que aquí nos interesan, con Laje como caso emblemático, focalizan sus actividades en la publicación de libros y en sus intervenciones en los medios de comunicación. En parte porque entienden que la hegemonía se construye en los procesos de producción de sentido, es decir, aquellos en los que se dirimen los axiomas de un modelo de convivencia colectiva. Y en parte, también, porque estos soportes les ofrecen una tribuna de socialización desde la que pueden forjar vínculos estrechos con sus lectores, tanto a nivel político-ideológico como en los planos afectivos y emocionales.

En efecto, la centralidad pública que han logrado los imaginarios de derechas no sólo se observa en la competitividad electoral de figuras como Jair Bolsonaro, Luis Lacalle Pou o Javier Milei. El suceso editorial y mediático del politólogo Agustín Laje, con presentaciones a sala llena en la última edición de la Feria del Libro de Buenos Aires (2023), refrenda los esfuerzos de estos actores por ganar espacio dentro del campo cultural. Vale la pena detenerse en algunas cifras que confirman este fenómeno: además de contar con casi dos millones de seguidores en su canal de Youtube, unos novecientos mil en Instagram, más de setecientos mil en Twitter y casi seiscientos mil en Facebook, *El libro negro de la nueva izquierda* ya llevaba vendidos veinte mil ejemplares hacia el año 2020 (Goldentul y Saferstein, 2020). El éxito de este trabajo, publicado en 2016 por el sello Unión, catapultó a Laje hacia las grandes firmas de la industria editorial.¹ Tanto es así que sus últimos textos,

¹ Unión es una pequeña editorial española dedicada, sobre todo, a la difusión del pensamiento económico de la denominada escuela austriaca. Algunos de sus autores

titulados *La batalla cultural* (2022) y *Generación idiota* (2023), fueron publicados por el grupo Harper Collins, empresa norteamericana que integra la News Corporation del magnate Rupert Murdoch (Saferstein, 2023). De hecho, *Generación idiota* superó los veinte mil ejemplares en sus primeros cuatro meses de venta, a lo que hay que añadir sus conferencias, entrevistas, las intervenciones que realiza en sus redes sociales y sus presencias cada vez más recurrentes en los ciclos televisivos de Viviana Canosa y Eduardo Feinmann, ambos en *La Nación+*. Todo un ingente esfuerzo pedagógico que parece convalidar la disyuntiva en la que se encuentran estas corrientes: o bien profundizan su compromiso con el juego democrático, tal como parecen sugerir sus desempeños en los circuitos cultural y electoral, o bien se encaminan hacia una senda de radicalización que promueva métodos cada vez más reñidos con la poliarquía (Morresi, Saferstein y Vicente, 2021).

En ese sentido, el presente trabajo se propone contribuir al análisis de estas inquietudes a partir del abordaje de dos obras emblemáticas dentro de las tradiciones de pensamiento de las derechas argentinas. Una de ellas es *El libro negro de la nueva izquierda* (Laje y Márquez, 2016), donde se indagará sólo la sección escrita por Laje; y la otra es *Guerra revolucionaria comunista*, publicada en 1962 por el entonces teniente coronel Osiris Villegas. Cabe remarcar que ambos autores comparten una línea de afinidad ideológica cuya máxima expresión es el rechazo de cualquier forma de protesta social y su consecuente caracterización como una amenaza promovida por el marxismo. Como veremos, esas afinidades abrevan en el repertorio de teorizaciones que adoptaron las Fuerzas Armadas latinoamericanas entre las décadas de 1960 y 1970. Se trata de las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas, que tuvieron en Villegas a uno de sus más importantes divulgadores, no sólo desde su rol como intelectual, sino también en su

son Ricardo López Murphy, Diego Giacomini y Javier Milei, y entre los clásicos se destacan Friedrich Hayek, Murray Rothbard y Ludwig von Mises. Cabe agregar que el éxito de Laje, quien ya había publicado con dicho sello su primer libro: *Los mitos setentistas: mentiras fundamentales de la década del 70* (2012), en cierta medida es deudor de los *best sellers* de autores como Ceferino Reato y Juan Bautista Yofre. Publicados desde 2006 por Random House Sudamericana bajo la dirección de Pablo Avelluto, quien fuera Secretario de Cultura de la Nación durante el gobierno de Mauricio Macri, estos textos promovieron lecturas reivindicativas sobre el desempeño de las Fuerzas Armadas durante la última dictadura.

carácter de funcionario público.² Recordemos que Villegas fue ministro del Interior del gobierno de José María Guido (1962-1963) y secretario del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) durante la dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1970). Dichas funciones, sobre todo en el curso del *onganiato*, le permitieron poner en práctica buena parte de sus premisas represivas contra la *amenaza comunista*, a punto tal que su incidencia sobre el sistema político le otorgó un papel protagónico en el proceso de radicalización de la conflictividad social que marcó la etapa previa al estallido del Cordobazo (1969).

Junto con esto, también es preciso destacar que ambos autores comparten trayectorias biográficas. Por un lado, los dos nacieron en el interior del país: Villegas el 26 de julio de 1916 en la provincia de Mendoza, y Laje el 16 de enero de 1989 en la provincia de Córdoba. Por otro, los dos apostaron a legitimarse como escritores, tratadistas e incluso estrategas políticos a partir de su condición de especialistas en el estudio de las izquierdas de su tiempo. Y finalmente, ambos recurrieron al ejercicio del periodismo como espacio de difusión de sus ideas hacia el conjunto de la sociedad. En esa dirección, el propósito del trabajo es establecer qué continuidades y rupturas pueden observarse en sus producciones, tanto en lo relativo a sus imaginarios político-ideológicos como, a su vez, en relación a sus representaciones sobre la figura del enemigo, a su valorización de la actividad letrada como terreno de lucha política, a sus estrategias de interpellación de la ciudadanía y a sus apreciaciones sobre el rol de las Fuerzas Armadas en los contextos de conflicto. A estos fines, partimos de una doble hipótesis en carácter de ejes interpretativos de estas obras y del escenario histórico-cultural en el que fueron publicadas.

La primera hipótesis afirma que, si estos autores consideran al campo cultural como espacio principal de lucha ideológica, ello no obedece únicamente a su percepción de que allí se gestan los procesos constitutivos de un determinado orden social, ni tampoco a las vías de

² Impulsadas por los Estados Unidos en el marco de sus disputas con el bloque soviético, estas doctrinas habilitaban la ruptura de la legalidad constitucional como recurso de defensa contra la subversión comunista y, en simultáneo, establecían que los enemigos del orden no eran ejércitos de ocupación de una potencia extranjera, sino ciudadanos del propio país que obraban al servicio del comunismo. Dicho acervo teórico, por lo tanto, constituye uno de los factores que coadyuvó a legitimar el estallido de las dictaduras institucionales y la aplicación de las prácticas de terrorismo de Estado.

contacto que las instituciones culturales les permiten establecer con audiencias masivas. Al mismo tiempo, para estos autores el campo de las ideas es el territorio en el que actúan sus enemigos. Dicho de otro modo, son los adversarios quienes han llevado la lucha hacia ese terreno. De ahí que ambos definan al comunismo, en el caso de Villegas, y al marxismo trans-feminista, en el caso de Laje, como ideologías que operan en el plexo de la cultura con el fin de corromper las bases filosóficas, morales y espirituales que sostienen al *statu quo*. Y de ahí, también, que ambos propongan librar una batalla de signo contrario en ese terreno como vía estratégica principal para la defensa del orden cristiano-occidental-capitalista. Sus escrituras, por lo tanto, se constituyen como instrumentos de intervención política frente a conflictos que exigen actuar de manera urgente, ya que el enemigo, a su juicio, ha hegemoneizado “las aulas, las cátedras, las letras, las artes [y] la comunicación” (Laje y Márquez, 2016, p. 12). De modo que, en términos de Carlos Mangone y Jorge Warley (1994), puede afirmarse que se trata de *escrituras de combate*. Es decir, textos que no apuntan a comprender las ideas de sus adversarios ni mucho menos a indagar las circunstancias que las motivan, sino a encontrar los procedimientos más efectivos para persuadir al lector sobre la necesidad de adoptar una férrea actitud de oposición a los imaginarios de estos actores. Todo ello en una dinámica de producción sistemática de discursos que parten del libro como soporte de legitimación intelectual para luego proyectar sus teorizaciones hacia los medios masivos de comunicación.

La segunda hipótesis, por su parte, establece que las representaciones del adversario como un sujeto anómalo, o bien, como un *infiltrado* que amenaza las estructuras de la sociedad con su praxis de “intoxicación de los espíritus” (Villegas, 1962, p. 23) se instituyen desde lo que autores como Martín Vicente (2014) y Olga Echeverría (2018 y 2021) denominan como perspectivas supremacistas o exégesis de proyección totalizante. El origen de estos axiomas es un sentido común reaccionario que atraviesa, aunque con matices, a las distintas corrientes de pensamiento de las derechas argentinas.³ Nos referimos a la concepción de las ver-

tientes más ortodoxas del cristianismo y el capitalismo como principios consustanciales al ser humano. En otras palabras, como esencias ahistoricas o transhistóricas que delimitan los rasgos del verdadero orden social, a la vez que rechazan toda propuesta de transformación que no se corresponda con esos principios. Así, el resultado de estas exégesis es la configuración de un *ethos* que restringe la idea de libertad al ámbito del mercado, que limita el régimen de propiedad a la propiedad privada y que asume el concepto de disciplina como eje estructurante de un único modelo legítimo de comunidad. Una comunidad que al percibirse a sí misma como un cuerpo colectivo armónico y homogéneo, arraigado en tradiciones que supuestamente le son inherentes, resulta propensa a retratar a las otredades como sujetos patológicos que es necesario expulsar de la esfera pública. De ahí que las escrituras de intelectuales como Laje o Villegas respondan a los criterios de control biopolítico que caracterizan a los *discursos de exclusión* (Badiou, 2005), esto es, aquellos que tienden a proscribir las expresiones que implican alguna forma de desvío con respecto a su sistema de creencias taxativas.

Como se observará a lo largo del trabajo, esta clase de axiomas totalizantes constituye una primera línea de continuidad entre las obras de ambos autores. A ello debe añadirse la representación del enemigo como un infiltrado y su caracterización en términos laxos o flexibles, ya que ambos extienden los idearios del comunismo a cualquier actor que despliegue algún tipo de crítica contra el *statu quo* vigente, sean agrupaciones de izquierda, líderes peronistas, trabajadores movilizados u organizaciones trans-feministas. Y, por último, una tercera coincidencia es su retrato apocalíptico de la realidad nacional, generalmente descripta desde una lógica de polarización binaria frente a la cual nadie puede permanecer indiferente, mucho menos quienes se sitúan dentro del campo de las derechas, pero desde perspectivas moderadas o reformistas. No obstante, también se observan diferencias –pocas, pero no por ello menos significativas–, sobre todo en una doble dimensión: así como Laje coloca en el

un sustrato en común. En el caso específico de nuestro país, se trata de una exégesis jerarquizante y verticalista del orden socio-cultural, con componentes antibleyos, antiestatistas y antiigualitarios que a menudo se traducen en posiciones renuentes a debatir transformaciones en materia de acceso a derechos y reconocimiento de minorías. Para más información, consultar el artículo de Ponza publicado en este mismo libro.

3 Si bien la categoría *derechas* articula una multiplicidad de tendencias con diversos matices de radicalización y/o moderación, que varían de acuerdo al contexto socio-político, coincidimos con los autores mencionados respecto a que dichas corrientes comparten

centro de sus inquietudes a los discursos que cuestionan los paradigmas heteronormativos, su estrategia de batalla cultural abandona las medidas represivas que Villegas exige a las instituciones del Estado. Con lo cual, consideramos que en este punto se observa viraje ideológico que remite a la disyuntiva antes mencionada: una derecha permeable a los discursos de mano dura que, pese a todo, en ciertos aspectos no deja de mostrar al menos un relativo nivel de adaptación –si se quiere, un *aggiornamento*– al escenario posterior a 1983.

Osiris Villegas: anticomunismo en tiempos de Guerra Fría

En 1958, cuando la autodenominada Revolución Libertadora, el golpe militar que había derrocado al presidente Juan Domingo Perón (1946-1955), publicó el *Libro negro de la segunda tiranía*, el peronismo todavía simbolizaba el máximo enemigo y la máxima preocupación de las derechas argentinas. Dicho texto había sido confeccionado por la Comisión Nacional de Investigaciones (CNI) a los fines de constatar lo que se pre-juzgaba como crímenes del gobierno depuesto.⁴ Así, con un lenguaje “simple” y de “clara comprensión”, sus páginas se proponían justificar tanto el golpe como las iniciativas de sus perpetradores (CNI, 1958, p. 19). El diagnóstico, en este punto, era taxativo: la Libertadora representaba la reacción del “pueblo libre” contra una “dictadura” que “no creía en los principios de Mayo”, que “denostaba a cuantos sostenían los de la libertad”, que además había fortalecido al Estado “en detrimento del individuo” y que había manipulado las conciencias de “los espíritus más simples” para “sembrar el odio, dividir al país y afianzar el despotismo” (CNI, 1958, p. 26, 29, 40, 42). Quizás por el carácter trasversal que tuvo

⁴ Bajo supervisión del vicepresidente provisional y contraalmirante Isaac Rojas, la CNI se conformó el 7 de octubre de 1955 (decreto ley 6.132). Meses más tarde, en agosto de 1956, designó al crítico literario Julio Noé como jefe del equipo de redacción que tuvo a su cargo la escritura del documento (decreto ley 14.988). Militante del Partido Demócrata Progresista, del que había sido candidato a legislador en dos oportunidades (1922 y 1924), Noé era un destacado intelectual que integraba la Asociación Amigos del Arte y que dirigía la revista *Nosotros*. Su designación en la CNI tuvo como propósito adaptar la estructura del documento a un lenguaje que resultara accesible, además de persuasivo, para el conjunto de la población.

dicho proceso, pues incluso contó con el respaldo de la Unión Cívica Radical y los partidos Socialista y Comunista, el texto repudiaba los ataques del peronismo contra las agrupaciones partidarias o estudiantiles de izquierda. Las críticas se dirigían especialmente a la persecución de militantes, la clausura de periódicos como *La Vanguardia* y aquello que se evaluaba como un intento de explotación de las ideas de justicia social por las que el Partido Socialista “había luchado desde su fundación en 1897” (CNI, 1958, p. 39). De esta manera, la “corrupción peronista” se hacía extensiva a su hipotético intento de fraguar las tradiciones del país, reemplazándolas por un relato que encontraba en las políticas sociales uno de sus signos más evidentes de manipulación ideológica. Y es que a juicio de la CNI (1958), en la Argentina “nadie se oponía a la justicia social” y “nada impedía el progreso económico y social de los más capacitados” (p. 36, 39).

Apenas cuatro años más tarde, para el momento en que Osiris Villegas publica su libro, el contexto había cambiado en forma significativa. En el curso de las dos décadas siguientes y sin renunciar a su imaginario antiperonista, las derechas encontraron en el comunismo el nuevo actor leudante de todos sus temores. De acuerdo con los estudios de Ponza (2010), Vicente (2019) y Echeverría (2019), el triunfo de la Revolución Cubana (1959) y la radicalización tanto de la resistencia peronista como del movimiento estudiantil –dos colectivos que poco a poco confluyeron en sus posiciones hasta convertirse en los principales destinatarios de la represión estatal– constituyen algunos de los hitos que aceleraron el veloz ingreso del país al contexto de la Guerra Fría. A ello debe agregarse la novedosa moral sexual de los sesentas. En efecto, la emergencia de la moda unisex, la pastilla anticonceptiva y la contracultura desafiante del movimiento hippie, con sus raros peinados nuevos y su culto del amor libre, simbolizaron para el pensamiento conservador una clara señal de que todo occidente se encaminaba hacia un proceso de decadencia socio-cultural y socio-política. Tanto es así que, entre las vertientes de derecha más radicalizadas y sobre todo en los ámbitos castrenses, dicho fenómeno llegó a interpretarse como el resultado de “una conspiración moscovita e incluso maoísta para subvertir los fundamentos de la convivencia social” (Vicente y Echeverría, 2019, p. 181). De hecho, las expresiones de temor al comunismo “ateo

y anticapitalista" se volvieron cada vez más recurrentes en los discursos de las Fuerzas Armadas. Discursos que, por cierto, insistieron en la definición de un escenario de guerra con varios años de anticipación al surgimiento de grupos revolucionarios en el territorio argentino. Así lo hacía saber el general Edgardo Joaquín Landa, comandante de la IV División del Ejército, el 8 de julio de 1960:

Las fuerzas armadas están en guerra. (...) No reconocer el estado de beligerancia es quedar detrás del movimiento y no participar en lo que debe ser una verdadera cruzada nacional. Desgraciadamente, existen todavía muchos argentinos que se niegan a vivir esta realidad, con lo que cooperan, inconscientemente, con la acción de infiltración del enemigo. Pero, repito, para las Fuerzas Armadas, con o sin apoyo, la lucha contra el comunismo es a muerte. No hay transacciones ni treguas (1960, citado en Tcach, 2012, p. 87).⁵

Si bien el anticomunismo no era una novedad entre las derechas locales, su definición adquirió otras connotaciones durante la etapa de consolidación de la Guerra Fría. Desde entonces, la amenaza de un potencial estallido revolucionario se convirtió en el dilema político central para estas corrientes. Un problema que no sólo se interpretaba desde las exégesis que sus intelectuales habían elaborado en el tránscurso de los gobiernos peronistas, sino también desde la superposición entre esas exégesis y el creciente influjo de las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas. A criterio de autores como Morresi y Vicente (2017), la confluencia entre estos imaginarios fomentó la paulatina distinción entre una democracia deseable –liberal, republicana, limitada– y otra execrable –populista, caótica y autoritaria– que afianzó la concepción del totalitarismo como un peligro que no acechaba sólo desde fuera, ya que anidaba principalmente al interior de los propios regímenes democráticos. Dicho de otro modo, la idea de que las democracias podían ser corrompidas desde dentro, pues restringían las medidas de

5 El rechazo a las nuevas costumbres de la juventud alcanzó ribetes paranoicos con la sanción de la denominada ley anticomunista en 1967 (decreto ley 17.401). Promulgada durante el gobierno de facto del general Juan Carlos Onganía, la fobia a lo que se calificaba como conductas homosexuales supuso el implemento de un régimen de control totalitario de la población. Entre otras disposiciones, la norma otorgaba a la policía la potestad para detener a un hombre, afeitarlo y cortarle el pelo si su extensión no se adecuaba a los estereotipos de masculinidad tradicional.

control al ofrecer libertades susceptibles de ser empleadas en su contra, se tradujo en la definición del totalitarismo como el enemigo interno del *status quo* liberal-republicano. De manera que librado a su suerte, es decir, sin una tutela y una férrea regulación, el orden social quedaba expuesto a los "fermentos de odio y de discordia" impulsados por el comunismo (Villegas, 1962, p. 53). En términos de los autores, en definitiva, lo que se produjo en esos años fue "una reinterpretación profunda del concepto de democracia que no puede comprenderse sin considerar la irrupción totalitaria como el fantasma rector de la política internacional" (Morresi y Vicente, 2017, p. 11).

La obra de Villegas, en ese sentido, fue uno de los máximos aportes a este proceso de resignificación ideológica. Es más, si se tiene en cuenta que para entonces no existían grupos revolucionarios en el país, ya que estos surgieron a finales de aquella década, y que los partidos de izquierda contaban con una amplia tradición parlamentaria y una praxis reformista, su libro puede considerarse como una temprana adaptación al caso argentino de las doctrinas antes mencionadas. Recordemos que estas teorizaciones fueron promulgadas por los Estados Unidos en el marco de sus disputas con el bloque soviético, y que en buena medida contribuyeron a reemplazar las exégesis de la guerra moderna por los axiomas de la guerra interna. En otras palabras, como el peligro ya no estaba representado por los ejércitos de ocupación de una potencia extranjera, sino por ciudadanos del propio país que obraban al servicio del comunismo, estas doctrinas introdujeron un conjunto novedoso de tácticas a aplicar para la defensa del orden vigente. Según los estudios de Echeverría (2020), tres de ellas conforman el andamiaje teórico-conceptual del libro de Villegas. La primera es de orden represivo y abreva en los postulados de la Escuela Superior de Guerra francesa. Nos referimos a las tácticas de lucha contrainsurgente, que legitimaban la ruptura de la legalidad constitucional y el empleo de técnicas de tortura como instrumentos de control de la población.⁶ La segunda, por su parte, es de

6 Específicamente pensadas para el combate contra fuerzas no convencionales, como es el caso de las guerrillas urbanas, este repertorio de tácticas fue desarrollado por los militares franceses durante sus conflictos en Argelia e Indochina (1945-1962), y erigían la noción de *terrorista subversivo* como sujeto carente de derechos. Su influencia entre los militares argentinos, sobre todo a partir de la divulgación de los textos del coronel Roger Trinquier, se detecta ya hacia finales de la década de 1950. Según las investigaciones de César Tcach

orden económico y remite a los programas de la Alianza para el Progreso. Impulsada por el gobierno de John F. Kennedy en 1961, esta iniciativa ofrecía vías concretas de financiación destinadas a revertir el subdesarrollo latinoamericano, desde la premisa de que el atraso económico favorecía la posibilidad de que estallaran nuevos procesos revolucionarios en el continente. Por último, la lucha ideológica en el campo cultural constituye una tercera alternativa que adquiere un papel clave en la obra de Villegas. A juicio del autor: "no es anticomunismo eficaz y real la simple medida policial" (Villegas, 1962, p. 41), ya que para enfrentar al *imperialismo soviético*:

hay que combatir su esencia, su estructura, herirlo de muerte en su fundamento ideológico. Para ello, hay que partir de la premisa de que las ideas no se matan, sino que se las supera con mejores ideas; una falsa filosofía sólo se destruye oponiéndole una verdadera filosofía, que arroje la verdad y dé adecuada solución a las contradicciones internas de la sociedad, restableciendo su equilibrio. (Villegas, 1962, p. 41)

Precisamente, Villegas (1962) afirma que las acciones represivas eran indispensables por dos motivos: para fortalecer a los sistemas democráticos, pues estos contaban con "muy poca habilidad para la defensa y el ataque contra las nuevas formas de la guerra en desarrollo". Y al mismo tiempo, porque las democracias otorgaban al comunismo "varias de las armas que esgrime (...) para mantener en zozobra al mundo" (p. 45). En concreto, los presuntos infiltrados tenían la posibilidad de "recaudar fondos", ser designados "en cargos de gravitación en las universidades, centros culturales, deportivos y científicos", y también se les permitía "dirigir y controlar los gremios y sindicatos" (p. 46). De ahí que las acciones represivas debieran orientarse tanto a "aniquilar las formaciones militarizadas" como a "neutralizar el apoyo de la población mediante la captura de los agentes, espías [y] abastecedores" (p.

(2006), en febrero de 1960 un acuerdo secreto celebrado con Francia permitió establecer en el país una misión permanente de asesores militares entrenados en tácticas de contrainsurgencia. Un año más tarde, en octubre de 1961, se realizó en Buenos Aires el primer curso interamericano de guerra contrarrevolucionaria. En conjunto con el libro de Villegas, estos hitos son representativos del intenso trabajo pedagógico que llevaron adelante las Fuerzas Armadas para afianzar estas perspectivas. Tiempo después, sus teorizaciones sirvieron de insumo para las prácticas del terrorismo de Estado.

169). Después de todo, para Villegas el comunismo triunfaba en aquellos países donde sus adversarios eran "lo suficientemente ingenuos para oponerse al uso de la fuerza". Claro está que más allá de estas consideraciones, una estrategia adecuada también debía orientarse a combinar estos recursos con otras actividades, como por ejemplo la coordinación de iniciativas en el plano político-económico. Desde esta óptica, como los comunistas se proponían agudizar las contradicciones existentes "creando el fermento que lleva a las masas populares a la revolución" (p. 61), se hacía necesario promover medidas redistributivas que permitieran alcanzar "una equitativa distribución de bienes y servicios" (p. 42). El objetivo, en este punto, era "elevar los bajos medios de vida" de la población a los fines de impedir que los infiltrados tuvieran éxito en sus intentos por provocar "la pérdida de confianza del pueblo en las instituciones democráticas" (p. 58, 169).

Ahora bien, desde el enfoque de Villegas (1962), esta clase de recursos representaba un complemento a la planificación de la lucha en el terreno ideológico. La tesis del libro señala que la praxis comunista consistía en una estrategia de propaganda "tendiente a captar a las diferentes corrientes de opinión" (p. 148). Dicha estrategia no sólo apuntaba a "catequizar a las masas populares", sino también a influir en "los controles formativos de la clase intelectual", ya que era en esos ámbitos donde los marxistas formaban a los militantes que luego participaban en las acciones revolucionarias (p. 54, 56). Así, la consecuencia de estos postulados era la percepción de que resultaba poco probable vencer al comunismo "sin emplear una estrategia similar que se le oponga" (p. 167). En parte porque la propia concepción del enemigo obligaba a desplazar la lucha hacia ese terreno. Y en parte, también, porque Villegas entendía al campo cultural como el escenario en el que se construyen las subjetividades que legitiman a un modelo de convivencia colectiva. De modo que si el libro insiste en la definición de la lucha ideológica como "uno de los medios más eficaces de la técnica bélica moderna", algo que los supuestos infiltrados parecían comprender *in extenso*, ello a su vez obedece a su consideración de que "las relaciones humanas reciben el influjo innegable de factores morales, espirituales, religiosos [y] emocionales" (Villegas, 1962, 23, 36). De hecho, esta perspectiva se observa, por un lado, en la propia búsqueda de eficacia de su

escritura, que privilegia el léxico sencillo, las oraciones breves y el uso de términos concretos, claros e inequívocos. Y, por otro, en el intenso trabajo pedagógico que Villegas desarrolló en esos años y que abarca, además de la publicación del libro, múltiples intervenciones en diarios y revistas como *Primera Plana*, *Confirmado*, *La Nación* y *La Nueva Provincia* (Echeverría, 2020).⁷

Lo peculiar de este enfoque es que la caracterización del enemigo como un “infiltrado”, es decir, como una especie de agente encubierto que manipula y explota “las aspiraciones de las masas” sin revelar sus “verdaderas intenciones” (Villegas, 1962, p. 56), le permite extender el calificativo de comunista a cualquier acto de protesta contra el *status quo*. Y vale la pena insistir en este punto: no importa el grado de radicalidad de los fenómenos. Como el comunismo, desde esta óptica, es un hecho potencial que anida en toda forma de conflicto, la polarización binaria del campo social, que Villegas divide en dos bloques compactos, antagónicos y mutuamente excluyentes, lo conduce a ensanchar la calificación hacia cualquier forma de disidencia política. En otras palabras, es esa potencialidad la que habilita al autor a describir el fenómeno en términos laxos que pretenden atraparlo todo. De ahí sus advertencias respecto a que la mano maleva del marxismo estaba detrás de las “huelgas gremiales”, los “desórdenes estudiantiles”, las “marchas del hambre” y hasta de las manifestaciones de “resistencia pasiva a medidas de la autoridad civil” (Villegas, 1962, p. 58, 148). Por lo mismo, los marxistas también operaban en organizaciones “colaterales” como la “Liga Argentina por los Derechos del Hombre”, la “Federación de Mujeres Democráticas”, la “Federación de Trabajadores Científicos”

7 Estas actividades divulgativas lo convirtieron en un referente en materia de seguridad nacional. Como comentamos en la introducción, Villegas fue designado como secretario del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) durante el gobierno de facto del general Onganía, cargo que mantuvo hasta su pase a retiro en 1969. Entonces fue nombrado embajador en Brasil y se mantuvo en esas funciones hasta el retorno del peronismo al poder en 1973, momento en el que se retira por varios años de la escena pública. Durante la última dictadura, Villegas se dedicó a escribir libros sobre las disputas territoriales que la Argentina mantiene con Chile y el Reino Unido, y recién tras la apertura democrática de 1983 volvió a retomar el ejercicio del periodismo. En ese contexto, fue un acérrimo crítico del gobierno de Raúl Alfonsín, al que calificaba de izquierdista, así como de los juicios a las juntas militares, a las que defendía en sus columnas del diario *La nación* a partir de la calificación de sus crímenes como actos de guerra.

y hasta estaban detrás de los congresos de “Estudiantes, Periodistas, Médicos o Abogados Democráticos” (Villegas, 1962, p. 148). Incluso los ciudadanos indiferentes, tímidos o desinteresados ante estas circunstancias eran susceptibles ser circumscribidos dentro de la esfera comunista, ya que su falta de compromiso social obraba en favor del imperialismo soviético.

En síntesis, a tono con la percepción de que el comunismo “golpea a las puertas de todos los países de la tierra” (Villegas, 1962, p. 24), la tesis del libro parte de una exégesis paranoica que equipara a las distintas formas de disidencia social bajo la figura del soldado revolucionario. Incluso puede decirse, en diálogo con los estudios de Vicente (2014) y Echeverría (2020), que esta lectura generalizante y de escaso sustento empírico se basa en un conjunto de axiomas supremacistas sobre el capitalismo y la religión cristiana. Es decir, en el pensamiento de Villegas –y también, como veremos, en el de Laje– hay una manifiesta incapacidad para reconocer algún tipo de anclaje estructural a las demandas de los sectores subalternos y, en simultáneo, para congeniar con ellos un proceso de transformación que encauce dichas demandas e incorpore socialmente sus identidades político-culturales. Ansaldi (2017) atribuye este fenómeno al carácter “ontológicamente antidemocrático de la burguesía argentina” (p. 41), simbolizado en la concepción de las desigualdades como un *dato natural*, producto de la presunta incapacidad intelectual o moral de los sujetos excluidos, y en la consecuente representación de los valores tradicionales como algo dado: ajeno a las dimensiones de la historia y de la cultura. Esta perspectiva autoritaria puede apreciarse en el retrato que Villegas (1962) hace del capitalismo como un modelo de paz y prosperidad sin contradicciones, ya que estas eran promovidas por el comunismo –que viene a “perturbar la producción mediante la desavenencia entre patronos y obreros”– o en todo caso por “las incomprensiones humanas de ayer y de hoy” (p. 24, 41).⁸ Y en segundo lugar, en la manera en que califica a la religión como

8 Villegas (1962) ofrece pocas explicaciones que permitan comprender de dónde surgen las desigualdades cuya corrección limitaría la capacidad de infiltración del comunismo. Y las pocas que ofrece apuntan, no por casualidad, a la praxis de los propios comunistas, a quienes incluso atribuye estar detrás de los fenómenos inflacionarios, ya que sus acciones buscaban “encarecer el producto, fomentando la agitación entre los trabajadores, por demandas de aumento de salarios” (p. 24). En ese sentido, una breve referencia al

el máximo resguardo de la subjetividad individual contra cualquier proyecto desestabilizante. Esto es, como la esencia misma de los verdaderos valores, de la verdadera cultura, que hace del ciudadano un sujeto obediente a las leyes, responsable en su trabajo, respetuoso de las tradiciones y sumiso ante las jerarquías político-sociales. El comunismo, en sus palabras:

procura destruir las concepciones que le son opuestas, especialmente la cristiana occidental, cuyo basamento filosófico está dado por: la libertad del hombre, la dignidad de la persona humana, las garantías y derechos inalienables del ciudadano [y] la responsabilidad del individuo ante Dios, la sociedad y la ley. [Por ello considera necesario] Despertar o afianzar la conciencia religiosa en la población, [ya que] la religión es el enemigo más fuerte contra el comunismo, que es una ideología atea por excelencia. (Villegas, 1962, p. 41, 168)

Cabe destacar, por último, que de estos axiomas se deriva un decálogo de proposiciones totalizantes que históricamente distinguen a las derechas argentinas. En función del interés comparativo con la obra de Laje, entre ellas nos interesa mencionar dos arquetipos. Nos referimos a la concepción paternalista del ciudadano como un sujeto ingenuo, y por ello manipulable, que sin tutela ni disciplina puede ser cooptado por los “falsos espejismos” de una doctrina ideológica (Villegas, 1962, p. 42). Y, junto con esto, a la definición a las Fuerzas Armadas como el máximo símbolo de la argentinitud. Recordemos que en sintonía con el principio elitista que valoraba al orden burgués como el gobierno *de los mejores* –o bien, de los ciudadanos *virtuosos*, contrapuestos al conglomerado amorfo de la masa y garantes, por lo tanto, de una democracia *deseable*–, en los círculos castrenses esta idea tendió a traducirse en la representación de las Fuerzas Armadas como las únicas protectoras de la ley y de la esencia nacional. Una función que no podía concederse a las autoridades gubernamentales –ni tampoco a la democracia–, sea por su falta de aptitudes para “la conservación del espíritu vernáculo” o

Libro negro... de la CNI (1958) permite apreciar la histórica propensión de las derechas a juzgar a sus adversarios como los únicos responsables de los conflictos que vive el país. A criterio de los *libertadores*, era el peronismo quien “despertaba recelos, acentuaba enojos, provocaba el resentimiento, producía artificialmente la lucha de clases” (p. 159).

bien por el carácter presuntamente mezquino de los partidos políticos, evaluados como agrupaciones siempre “enceguecidas por el periódico espejismo electoral” (Villegas, 1962, p. 180, 185). Así, ambos arquetipos sintetizan tanto la cosmovisión antidemocrática de corrientes que no se mostraban dispuestas a coexistir con ninguna disidencia, como su redefinición en el marco de un influjo doctrinario que legitimó la intervención corporativa de los militares en el sistema político.

Agustín Laje: el nuevo viejo rostro del anticomunismo

No son pocos los puntos en común entre las teorizaciones de Agustín Laje y el imaginario de Villegas. Si la escritura de sus textos, en más de una oportunidad, parece regirse por la intención de traer al presente ciertos ejes argumentativos del pasado, lo mismo sucede con su estrategia de posicionamiento político dentro del campo cultural. Laje también irrumpió en el espacio público como un supuesto estudioso de las izquierdas, y hace valer sus diplomas de Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Católica de Córdoba y Magíster en Filosofía por la Universidad de Navarra (España), en tanto garantías de la *expertise* y la objetividad de su pensamiento. Con esas credenciales, el autor recurre al libro como herramienta de legitimación intelectual para luego irradiar sus saberes a través de distintas *performances rituales*, es decir, videos, posteos, conferencias y presentaciones de esos mismos libros, que funcionan como instancias de contacto y socialización comunitaria de sus ideas (Goldentul y Saferstein, 2020). Y en otro gesto que emula a su par mendocino, su técnica de interpelación del público también esgrime el lenguaje radicalizado de la agitación ideológica, con su épica de grupo a contracorriente y su actitud de resistencia contra el hipotético marxismo trans-feminista: “Si yo quiero cosechar más seguidores no encuentro otra manera que hacer *troll*. Y mucha gente entra por el *troll*, pero después busca formarse”, dijo en 2018 en una entrevista con Juan Elman publicada en la revista *Anfibia* (p. 14). Sin embargo, para entender cómo fue posible que un discurso hasta hace poco marginal, además de anquilosado en sus cosmovisiones, consiguiera prender en una audiencia vasta e inesperadamente juvenil, de chicos y chicas

movilizados y con una intensa voluntad de debate político, es preciso que comencemos indagando su biografía.

Laje nació en la ciudad de Córdoba el 16 de enero de 1989, en una familia de tradición conservadora y católica.⁹ De acuerdo con las investigaciones de Elman (2018), a sus quince años y en un episodio que parece querer replicar con sus seguidores, el autor leyó un libro que jugaría un papel clave en su biografía. Se trata del ensayo *La otra parte de la verdad*, en el que el abogado marplatense Nicolás Márquez (2004) reivindica el accionar de las Fuerzas Armadas durante la última dictadura. Se conocieron pocos meses después, en la presentación del libro realizada en el Jockey Club de la capital cordobesa, y desde entonces Márquez apadrinó su formación intelectual. Juntos escribieron dos textos en coautoría: *Cuando el relato es una farsa: la respuesta al relato kirchnerista* (2013) y el que aquí nos ocupa: *El libro negro de la nueva izquierda* (2016). De hecho, fue por recomendación de Márquez que Laje ganó una beca para cursar el seminario en contraterrorismo que dicta la National Defense University, institución que pertenece al Departamento de Defensa de los Estados Unidos. De ahí en más, el viraje hacia publicaciones críticas con los movimientos trans-feministas supuso varias transformaciones en su trayectoria. La primera es la popularidad, que creció en simultáneo a las marchas contra la sanción de la ley 27.610, que garantiza el acceso a la interrupción voluntaria del embarazo. Y la segunda es el intento de construir un espacio de militancia de derechas a escala regional, capaz de articular posiciones entre distintas corrientes de pensamiento. A este último objetivo no sólo se abocan sus libros y sus intervenciones en redes sociales y medios de comunicación, sino también los artículos, cursos y conferencias que publica y dicta a través de distintos *think tanks* hispanoamericanos, como la Fundación Libre (Argentina), de la cual es fundador;

el Centro de Estudios Cruz del Sur (Argentina), la Fundación Atlas (sede Argentina), la Fundación Jaime Guzmán (Chile), la Fundación Civismo (España), el instituto UNI Cervantes (Colombia) y el Instituto de Investigación Social Solidaridad (Estados Unidos, con sedes en Colombia, México y Perú).¹⁰

Precisamente, el éxito de *El libro negro de la nueva izquierda* parece tener correlación con la enorme visibilidad que ganaron los colectivos trans-feministas en el último lustro, debido a sus crecientes movilizaciones contra los femicidios y a sus protestas en demanda de igualdad de derechos en los planos sexual, civil y laboral. Las estadísticas en torno a la popularidad de Laje constituyen un indicio de esa presunción. Si para 2018 promediaba los cien mil seguidores en sus redes sociales (Elman, 2018), hacia junio 2023, como mencionamos en la introducción, esa cifra había crecido hasta alcanzar los casi cuatro millones de suscriptores. A ello hay que añadir que el contexto de crisis económica abierto en 2008 también parece actuar como leudante de estos paralelismos. En sintonía con los estudios de Verónica Gago (2019), Matías Saidel (2021), Julia Expósito (2021) y Luis García (2021), la superposición de cuestionamientos frente a las desigualdades de clase, género y etnia que caracterizan al orden neoliberal, coincide con la resignificación de perspectivas que apuntan a la conservación de los valores tradicionales de la sociedad capitalista. Dicho de otro modo, se trata de un escenario en el que la crisis económica parece coexistir con un fuerte proceso de conmoción subjetiva. Nos referimos, por lo tanto, a un particular estado de incertidumbre que ha revitalizado, en el caso de las derechas, el histórico temor a la perdida de los anclajes político-culturales que distinguen al modelo de sociedad occidental. Esto es, temor no sólo frente a la puesta en entredicho del concepto de propiedad privada, sino también de la familia como institución patriarcal y de las maneras jerárquicas de vivir los vínculos socio-afectivos.

9 La familia de Laje tiene raíces tanto militares como intelectuales. Según el relevamiento de Eduardo Sadous (2009), su bisabuelo, Manuel Félix Laje Weskamp, fue teniente coronel del Ejército y militante del Partido Demócrata, agrupación liberal-conservadora que a comienzos del siglo XX hegemonizó la política cordobesa a través de dos gobernadores: Félix Garzón y Ramón Cárcano. Su abuelo, en tanto, fue el doctor en derecho Justo Laje Anaya, titular de la cátedra de Derecho Penal en la Universidad Nacional de Córdoba y autor de numerosos libros y artículos especializados en esa rama de las ciencias jurídicas.

10 Entre los resultados del esfuerzo de Laje por conformar una red latinoamericana de intelectuales de derechas, se destaca la coordinación de dos cursos dictados en este último instituto: el Seminario para Jóvenes Líderes de Derecha y el diplomado internacional Transformando Realidades. Allí, Laje comparte el plantel de profesores con el colombiano Samuel Ángel, fundador del instituto; el peruano Miklos Lukacs, los españoles Javier Villamory y José Javier Esparza y su par argentino, Nicolás Márquez. Para más información sobre las articulaciones entre estos actores, consultar el artículo de Piero Gayoso (2022).

En el marco de estas circunstancias, la producción de libros ha jugado un papel insoslayable en su posicionamiento dentro del campo cultural. Goldentul y Saferstein (2020) atribuyen este fenómeno a las propias potencialidades que ofrece la escritura. En efecto, los libros no sólo permiten construir interpretaciones sobre un contexto determinado. A su vez, habilitan la confección de comunidades que los leen, los discuten y utilizan sus argumentos como insumo para fortalecer sus creencias. De modo que además de convertir al escritor en un referente de autoridad en torno a ciertas temáticas, todo este proceso también repercute en la emergencia de espacios de socialización que consolidan los vínculos entre autor y público. Entre ellos vale la pena destacar las presentaciones de libros. A juicio de Goldentul y Saferstein (2020), estos eventos constituyen una instancia óptima “para sellar compromisos entre los adherentes y confirmar el sentido de pertenencia a un grupo” (p. 117). Por eso no es casual el tiempo que Laje destina en cada presentación a la firma de ejemplares ni tampoco las giras que realiza por distintos países de Latinoamérica cada vez que publica un nuevo libro. Todo ello ha contribuido hacer de su nombre una figura de relieve ante un nuevo espacio de militancia de derechas a escala regional, en su mayoría compuesto por jóvenes en aparente ausencia de representación socio-política. Es decir, jóvenes apartidarios, o al menos defraudados por las opciones electorales en curso, que identifican al trans-feminismo como un enemigo en común y que encuentran en sus obras tanto un repertorio de teorizaciones como un relato de épica y esperanza. Un relato que los afirma en la sensación de *ser-estar-reunidos* frente al complejo devenir del presente.¹¹

Ahora bien, aunque el sustrato teórico que ha cimentado su popularidad es la crítica a la *ideología de género* –concepto que abarca toda

disidencia con el imaginario heteronormativo–, dicho discurso no supone necesariamente una novedad en términos ideológicos y/o conceptuales. En otras palabras, lo novedoso es la elección del adversario, que ya no es el peronismo ni la guerrilla comunista, pero no así sus procedimientos de caracterización. En este punto surgen continuidades que desbordan la centralidad que las derechas siempre han otorgado a la familia en tanto “núcleo de la sociedad civil” (Laje y Márquez, 2016, p. 61). Hablamos, en específico, de una intensa línea de conexión entre el enfoque de Laje y las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas. Para empezar, y en vínculo con la obra de Villegas, Laje resignifica el retrato de un contexto histórico escindido en dos bloques compactos, antagónicos y homogéneos, entre los cuales no puede mediar otra lógica que no sea la de la confrontación. La tesis de *El libro negro...*, en ese sentido, parte de la presunción de que si bien las izquierdas perdieron la lucha política con la caída del muro de Berlín (1989), ganaron, sin embargo, la batalla cultural, ya que supuestamente han hegemonizado “las aulas, las catedras, las letras, las artes [y] la comunicación”. De modo que según esta lectura paranoica, próxima a las fabulaciones de las teorías conspirativas, el activismo marxista habría cambiado de táctica en las últimas décadas: “tuvieron que fabricar Ongs y amazonas de variada índole” a los fines de “maquillarse y encolumnarse detrás de nuevos argumentos que oxigenaran sus envilecidas y desacreditadas consignas” (Laje y Márquez, 2016, p. 11). Así, mediante un ejercicio de argumentación que reedita la potencial amenaza del *infiltrado* –Laje y Márquez (2016) escriben, en definitiva, para poner al descubierto “la inadvertencia social que hay en torno a este peligro” (p. 12)–, la obra relata el hipotético modo en que las izquierdas habrían conseguido el mismo éxito que ya se les atribuía en los años sesenta:

capturar almas atormentadas o marginales a fin de programarlas y lanzarlas a la provocación de conflictos bajo excusas de apariencia noble, las cuales *prima facie* poco o nada tendrían que ver con el stalinismo ni mucho menos con el terrorismo subversivo, sino con la “inclusión” y la “igualdad” entre los hombres: indigenismo, ambientalismo, derecho-humanismo, garanto-abolicionismo e ideología de género (esta última a su vez subdividida por el feminismo, el abortismo y el homosexualismo cultural). (Laje y Márquez, 2016, p. 11)

¹¹ Según declaraciones del autor (Sánchez Moccero, 2023), en la última Feria del Libro de Bogotá, realizada en mayo de 2023, destinó casi siete horas a la firma de ejemplares. Pese al carácter masivo de dicha presentación, a la que se calcula que asistieron tres mil personas, es probable que hayan vuelto a repetirse las mismas escenas que Goldentul y Saferstein (2020) han observado en otras ocasiones: cercanía con el autor, posibilidad de contacto e interacción personal y reafirmación, por parte del público, respecto a que su escritura “ha despertado [a] gente que no se movilizó nunca en su vida”, ya que sus libros “te da[n] argumentos” útiles para intervenir en los debates (testimonio de Santiago, p. 122).

El mismo retorno de los fantasmas del pasado se aprecia en sus definiciones sobre los movimientos trans-feministas. Aquí, por una parte, la hipótesis de que estos colectivos basan su praxis en los axiomas de la teoría gramsciana, repite la puesta en valor del campo cultural como terreno privilegiado de lucha política. Desde su punto de vista, entonces, la estrategia de las “nuevas izquierdas” sería “crear una ideología” capaz de articular las demandas de distintos actores sociales –desde los pueblos originarios hasta el movimiento *queer*– con el propósito de romper el consenso hegemónico en torno a las cosmovisiones de la sociedad occidental (Laje y Márquez, 2016, p. 33). Por eso lo que está en peligro, a criterio del autor, es mucho más que “la noción de los derechos individuales y de la propiedad privada” (Laje y Márquez, 2016, p. 35). En simultáneo, los grupos trans-feministas, a quienes Laje (2016) atribuye el rol de vanguardia dirigente de este proceso, tienen como objetivo “[la] destrucción de la familia y el matrimonio como forma de derrumbar la superestructura que sostiene al capitalismo” (p. 96). En rigor, como la familia “supone un resguardo del individuo y sus relaciones más próximas frente a la intromisión del Estado”, hacer estallar dicha institución equivaldría a hacer lo propio con la sociedad civil, que a juicio de Laje (2016) “constituye la dimensión que resulta absorbida en regímenes totalitarios por la política, donde ésta lo invade todo” (p. 61). ¿Acaso no es el temor a la pérdida de esa imagen tradicional ya desgajada, crisis tras crisis, por las desigualdades y los cambios culturales fomentados no por el comunismo ni el trans-feminismo, sino por el sistema capitalista, lo que conduce al autor a evaluar el presunto ataque de estos colectivos a la heterosexualidad como el eje táctico de la contienda? En sus palabras, al ser el binarismo “la base y la génesis de la unidad familiar”, debe por ello ser destruido “como manera indirecta de destruir esta última y como manera indirecta, a su vez, de derrumbar uno de los pilares del orden capitalista” (Laje y Márquez, 2016, p. 84). De ahí sus consideraciones respecto a que las derechas deben dar una batalla en sentido contrario –y en el mismo terreno: el sentido común, la cultura–, así como sus críticas a los liberales que se muestran indiferentes ante este fenómeno, críticas que, por cierto, conforman otro punto en común con el libro de Villegas.¹²

12 Cabe remarcar que en la escritura de Laje hay una suerte de fascinación con la teoría gramsciana. Ligada a su propuesta estratégica, que se vale de los aportes de esta línea

En definitiva, la tesis de Laje (2016) no sólo se funda en un diagnóstico apocalíptico: “Si la militancia feminista radical sigue introduciendo sus prohibiciones y persecuciones, no sería exagerado intuir que pronto estaremos en la puerta de una verdadera ‘dictadura de género’” (p. 150). Al mismo tiempo, su lectura no admite matices ni mucho menos pone en consideración las múltiples formas de desigualdad, concretas y objetivas, que condicionan la existencia de estos colectivos. De modo que aun cuando distingue un presunto feminismo *malo* de otro *bueno* –aquel que se limita a la lucha por “la igualdad ante la ley, reivindicando derechos cívicos y políticos para el sexo femenino” (Laje y Márquez, 2016, p. 47)–, su perspectiva no deja de constituir una generalización de las distintas tramas internas que componen a este movimiento. En consecuencia, toda demanda que supere los límites del liberalismo conservador es catalogada, de manera taxativa, como parte de un proyecto “totalitario” que emplea a la igualdad “como pantalla” para ocultar su verdadero objetivo: promover “una guerra entre hombres y mujeres [y] entre heterosexuales y homosexuales”, cuyo propósito es la imposición de “un orden planificado centralmente” que coloque al Estado “en el centro de la vida social” (Laje, 2016, p. 56, 111, 129). De acuerdo con el autor, “Nada debería importarnos, por ejemplo, que determinado sujeto se considere a sí mismo, inclusive, un cocodrilo o la mismísima chita encerrada en un cuerpo humano (...); el problema es que la presión ideológica ejercida sobre el Estado lleve a éste a obligarnos al resto a compartir dicha locura y pagar los gastos de la misma, bajo la amenaza de la coerción” (Laje y Márquez, 2016, p. 113).

Por añadidura, si Laje no brinda mayores referencias que permitan comprender por qué las críticas a la moral heterosexual y a la propiedad privada, sea en sus versiones radicales o reformistas, conducen en forma directa al estalinismo, ello se debe a que el objetivo de su texto es, ante todo, político. Así lo expresa el autor en *La batalla cultural*: “mi interés teórico no está al servicio de la mera teoría, sino de una práctica política que sirva a las derechas en general” (Laje, 2022, p. 14). De ahí

de pensamiento, esa fascinación puede parecer disruptiva en un autor de derechas. Sin embargo, el comparativo con la obra de Villegas (1962) muestra que este detalle tampoco instituye una novedad. A criterio de Ansaldi (2017), estas corrientes siempre han tenido “una formidable capacidad de apropiarse de conceptos elaborados por sus antagonistas y de invertir su significado primigenio en las controversias ideológicas” (p. 36).

que su escritura abunde en operaciones de montaje dirigidas menos a la construcción de conocimientos que a la interpelación del lector. Entre ellas se destaca lo que podemos calificar como tácticas de selectividad estadística. Estas se observan en la estructura de *El libro negro...* especialmente en sus reflexiones sobre los femicidios. Si bien Laje (2016) reconoce que existen asesinatos de mujeres, a su entender “la violencia no tiene género” (p. 139), por lo que en vez de femicidios se trataría de crímenes comunes no mediados por formas de dominación o desigualdad radical. La base de su argumento es que las mujeres también ejercen violencia hacia los hombres. Y para demostrar esta presunción cita dos libros que recopilan distintos estudios internacionales, en su mayoría relativos a casos de maltrato, no de asesinatos. Esto es, hace citas de otras citas sin contextualizar las problemáticas, métodos, públicos y objetivos de esos relevamientos y sin comparar sus resultados con los abordajes estadísticos de la realidad argentina. *Ipsos factos*, de este recorte parcial y selectivo de la información, Laje extrae conclusiones que se asumen como verdades reveladas y que se vuelven aún más determinantes en sus intervenciones televisivas: “el aumento de los llamados femicidios en la Argentina es correlativo al aumento de la militancia feminista y al aumento de los fondos públicos que se le da a ese tipo de militancia” (entrevista con Canosa, 2020: minutos 7 al 10 del video). Con lo cual, en una evidente torsión de los hechos, las culpables de los femicidios serían las mujeres que protestan contra los femicidios, y no los hombres que las asesinan.¹³

Las últimas conexiones entre su obra y la de Villegas se expresan, por un lado, en los principios de concepción elitista de la otredad. Recordemos que a juicio del autor las demandas de estos movimientos no provienen de experiencias concretas de desigualdad económica o identitaria, sino de un ejercicio de manipulación de sujetos “marginales” que han sido “formateados políticamente en el odio y el resentimiento”

13 Otro punto son sus afirmaciones acerca de que el feminismo promueve “la legitimación de la pedofilia como parte de la revolución socialista” (Laje, 2016: 81). Aquí, sus argumentos se basan en citas de una única teórica –la norteamericana Shulamith Firestone–, en supuestos vínculos entre organizaciones feministas –cuyos nombres no menciona– e instituciones calificadas como pedófilas y en declaraciones de cinco activistas europeas y norteamericanas. De nuevo: datos desconectados en su conjunto con los debates más concurrentes que signan a estos movimientos en la actualidad.

(Laje y Márquez, 2016, p. 11, 111). A ello hay que añadir que también su imaginario se sustenta en axiomas supremacistas sobre el capitalismo y la religión cristiana. En efecto, si el primero se describe como un sistema sin contradicciones, en el que la lógica en teoría neutral del mercado garantiza *per se* la emancipación femenina –pues el mercado “es ciego” y “cualquier empresa que sea lo bastante estúpida como para prescindir de mujeres cualificadas”, resultaría inmediatamente “desplazada por otra que no discrimine en función del sexo”–; la segunda es la que viene a aportar un conjunto de premisas morales que cumplen una doble función: impedir que a nivel socio-económico prime el “primitivo cálculo capitalista” y, en simultáneo, fortalecer a la familia heterosexual en tanto núcleo del orden vigente (Laje, 2016, p. 123-125). Lo interesante en este último punto es que el autor propone una secularización relativa de sus postulados. Así, Laje (2016) realiza pormenorizadas descripciones anatómicas –e incluso fisiológicas– con el fin de poner en evidencia que el sexo es un “dato natural” (p. 74) orientado por la cultura, esto es, por los ideales monogámicos y binarios del cristianismo. En sus palabras, el sexo no es “ni naturaleza con prescindencia de cultura (porque la sexualidad sería puro instinto, desprovisto de particularidad y función social), ni cultura con prescindencia de naturaleza (porque se haría inaprensible la universalidad del sexo, sus reglas y su función natural)” (Laje y Márquez, 2016, p. 120). De modo que ambas dimensiones establecen límites que invalidan toda distinción entre sexo y género y que, en consecuencia, relegan a las alteridades –tanto como a las decisiones de vida que no se ajustan a los preceptos de la monogamia o la maternidad– a los planos de la perversión o la patología monstruosa.

En síntesis, la comparación entre estos autores muestra que en sus imaginarios son más evidentes las continuidades que las rupturas. De hecho, estas tampoco dejan de remitir a la inquietud que formulamos en la introducción: ¿en qué medida discursos extremos como el de Laje se corresponden con un *aggiornamento* de las derechas al juego democrático? En rigor, hay dos factores ausentes en la obra del politólogo cordobés que podrían interpretarse como una novedad alentadora. Nos referimos al abandono de la represión estatal como un complemento indispensable para la defensa del *statu quo* y, en esa misma línea, a su renuncia a considerar a las Fuerzas Armadas como la verdadera institución

protectora de los valores nacionales, con potestad para intervenir en los conflictos debido a la ineeficacia del sistema democrático para garantizar esa protección. Y es que a diferencia de las derechas del pasado Laje no define al siglo ~~XXI~~ como un escenario de guerra. En todo caso, y nos explayaremos sobre este punto en las conclusiones, su distanciamiento del escritor mendocino obedece a la percepción de que la guerra ha cambiado decididamente de territorio, armas, tácticas y estrategias. Así lo hace saber en *La batalla cultural*: “La cultura es, al unísono, aquello que está en juego y aquello donde se juega lo que está en juego”, es “el fin” de la batalla y también “el medio” donde esta se produce (Laje, 2022, p. 37). Por eso enfoca su perspectiva en “los cambios que acontecen en el nivel de lo simbólico” y no en aquellos que puede promover “la presión armada que un ejército ocupante ejerce sobre una población para que esta adopte nuevos valores” (Laje, 2022, p. 34, 36). Todo ello conecta con su intención de convertirse en un referente intelectual de las derechas, con su esfuerzo por descubrir el “elemento particular (...) capaz de encender los antagonismos” y con su aspiración a hacer de su escritura una herramienta programática, formativa, movilizadora de nuevos cuadros, ya que toda batalla exige “una cierta planificación y dirección consciente de lo que ha de hacerse si se pretende ganar” (Laje, 2022, p. 40, 43).

Sin embargo, junto con las continuidades ya mencionadas, a esta novedad se contraponen otras dos formas de ruptura que abren diversos focos de tensión entre su discurso y el sistema democrático. La primera se vincula a las posibilidades de interpelación de la otredad, que Villegas al menos contempla en el plano económico, quizás por influencia del pensamiento desarrollista en auge en la década de 1960. El politólogo cordobés, en cambio, no parece admitir ningún tipo de commiseración con los supuestos nuevos enemigos de occidente. Dicho de otro modo, si Villegas (1962) encontraba en las políticas redistributivas una vía para coartar “la fuerza de penetración del comunismo en el seno de las democracias”, ya que así se quitaba al adversario “el factor mediante el cual capitaliza a su favor las angustias populares” (p. 178), en los textos de Laje no se observa una estrategia equivalente. Por eso resulta más agudo su rechazo tanto a las alternativas reformistas como al hecho de otorgar entidad a las desigualdades denunciadas por el trans-feminismo. Y aquí cabe añadir que si el otro ya no puede ser objeto de

persuasión, seducción o negociación, sino sólo de descarte, dicho *ethos* de la negatividad desborda el plano de las ideas para situarse en la estructura misma de la lengua, que constituye el segundo nivel de ruptura entre estos autores. En específico, si la prosa de Villegas, aunque radicalizada, no pierde formalidad y es escueta, llana y comedida, en los textos de Laje sucede todo lo contrario. Su estilo abandona la seriedad del lenguaje castrense, no así su grandilocuencia, y la suplanta por un sentido del humor tan irónico como agresivo. Luis García (2021) califica como “discursos del odio” a estas retóricas de la injuria que apuntan a reírse de un otro antes que *con el otro* (p. 13). Una *risa canalla*, al decir del poeta Leónidas Lamborghini (2004), que recurre a la adjetivación denigrante y estereotipadora de la otredad para burlarse del sujeto diferente, multiplicando en un mismo movimiento sus circunstancias de exclusión. Así, esta suerte de carnaval retórico, en el que el *leitmotiv* de la fiesta es la degradación de los sujetos subalternos, no puede considerarse mero chiste o expresión inocente. Como ocurre con toda lengua, la prosa de Laje ejecuta un acto político a través de las palabras. Hay en ella una proyección sobre el cuerpo del otro: un deseo que se lanza sobre esa humanidad cosificada en la plaza pública.

Surge entonces una pregunta inquietante: ¿cuál es el límite entre este lenguaje exaltado en su violencia simbólica y el devenir de la lengua en actos concretos sobre el cuerpo disidente? ¿Acaso esa pulsión verbal no trabaja para diluir las fronteras entre deseo y acción? ¿Acaso su desensibilización frente a los femicidios no es ya una manifestación concreta de ese deseo convertido en acto? “Hay que sacar a esa gente a las patadas”, dice el politólogo cordobés sobre los integrantes del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) en su entrevista con Viviana Canosa, y agrega: “Los progresistas y los izquierdistas estos que se tiñen el pelo y entonces son unos tipos revolucionarios que andan con sus pañuelos verdes, son unos idiotas útiles”, y concluye: “no hay nada más intolerable que la intolerancia de los que se dicen tolerantes, que son esta lacra que está metida en el poder del Estado haciendo mucha plata mientras el pueblo pasa hambre financiando estupideces de género” (entrevista con Canosa, 2020: minutos 20 al 24 del video). Como sugiere Ponza en otro capítulo de este libro, en el que analiza el lenguaje verbal y gestual de Javier Milei, en estos referentes de las derechas

contemporáneas se observa la misma propensión al melodrama semiótico que distingue a los discursos de combate. La exaltación colérica, la belicosidad de los gestos, la cadencia progresivamente enfervorizada de una voz que parte del guiño irónico para acabar encadenando adjetivaciones con el rostro enrojecido –en una especie de estridencia *in crescendo* que recuerda al hiperbólico Doctor Strangelove, el personaje que da nombre al filme de Stanley Kubrick–, son síntomas de un lenguaje agonial en el que la disputa por las ideas no sólo se define, ante todo, como batalla, sino que a su vez se reviste del tono épico y admonitorio de una escatología del fin de los tiempos. Un augurio de contienda decisiva por el futuro de la humanidad que al volver inadmisible la convivencia con el adversario, arroja un cono de sombras sobre su integridad física y sobre sus posibilidades de subsistencia política.

Comentario final

Como hemos comentado hasta aquí, existe un sustrato en común entre las obras de Laje y Villegas, que atraviesa de manera trasversal a las distintas corrientes de pensamiento de las derechas argentinas. Se trata de la subordinación de los principios democráticos al concepto de orden, desde un imaginario que entiende a las sociedades como cuerpos colectivos expuestos al caos cuando no impera la disciplina. Aunque con matizadas, la expresión máxima de este sustrato se aprecia en el repudio de ambos autores a las diversas formas de protesta social, concebidas como manifestaciones de un programa de desestabilización orquestado por el marxismo. Un programa que tiene, por lo tanto, idénticos protagonistas: agentes infiltrados, en cada caso comunistas, que se aprovechan de las libertades civiles para horadar los fundamentos del *statu quo*. Dicha caracterización los lleva a definir como campo de batalla un escenario en particular: el territorio de la cultura, entendido como el espacio en el que se construyen las bases de significación que dan sustento a la estructura del orden cristiano-occidental-capitalista. De ahí que ambos propongan una misma estrategia de defensa frente a esta clase de conflictos: el empleo de tácticas de lucha ideológica a los fines de resguardar los presuntos valores morales del país. Tácticas que parten del libro como

soporte de posicionamiento y legitimación intelectual, pero que responden a una dinámica organizada por la política. Es decir, una dinámica en la que la construcción de conocimientos se subordina a los objetivos del combate ideológico. Y vale la pena insistir en este punto: la premisa de la batalla cultural configura sus textos como *escrituras de combate*, esto es, textos que no apuntan a comprender las ideas de sus adversarios ni mucho menos a indagar las circunstancias que las motivan, sino a encontrar los procedimientos más eficaces para alcanzar sus objetivos. Y es por eso que la prosa de Laje y Villegas asume la praxis de una estética pedagógica, antinómica y panfletaria, que busca persuadir las emociones del lector para animarlo a tomar partido frente a la emergencia de esa otredad catalogada como amenaza.

En definitiva, estas exégesis polarizantes que confirman la persistencia de las doctrinas de Seguridad Nacional en los imaginarios de estas corrientes vuelven inevitable la pregunta respecto a lo que ambos autores omiten: ¿cómo es posible atribuir al marxismo conflictos derivados de las múltiples formas de desigualdad que instituyen las matrices del capitalismo, el colonialismo y el patriarcado? ¿Cómo puede llegar a conclusiones tan generalizantes sobre actores diversos, heterogéneos, críticos con el capitalismo, pero no necesariamente desde posiciones anticapitalistas, y nunca unificados en una proclama totalitaria como la que sí caracteriza a las cosmovisiones de Laje y Villegas? Y aún más: ¿cómo puede culparse a las mujeres de asesinatos perpetrados por la mano del hombre, crímenes que apenas conforman el punto más extremo de un régimen de opresión que articula tantas otras formas de maltrato? La defensa a ultranza del sistema de privilegios de clase, etnia y género que distingue a las sociedades occidentales en buena medida explica estas omisiones. Aquí, sin embargo, hemos elegido enfocar el estudio en otra dimensión: el campo de las ideas, de las férreas convicciones. Y lo que surge en esta dimensión es un retrato de los programas más ortodoxos del capitalismo y el cristianismo como principios inherentes al ser humano, como únicas formas legítimas dispuestas por la naturaleza y/o el orden divino para vivir en comunidad. Perspectiva que no sólo niega la historicidad de los procesos sociales, o bien, las propias capacidades que tiene toda sociedad para transformarse a sí misma a través del conflicto, con el sistema capitalista como máximo ejemplo de un devenir que

jamás está predeterminado; sino que incluso niega al otro en sus penurias, sus inquietudes, sus diversas identidades y cancela lo que hay en él de humanidad tanto como su derecho –por cierto, democrático– de exigir soluciones a problemáticas concretas y objetivas.

Es esta evidente línea de continuidad la que orienta el interrogante clave de este trabajo: ¿qué tiene de novedoso el cristianismo restrictivo del politólogo cordobés, cuyo determinismo científico no oculta que es la religión la que impone cómo debe organizarse una comunidad y cuáles deben ser las conductas de sus ciudadanos? O para ser más específicos, cuál es la verdadera innovación de este credo totalizante, dogmático, sin matices, que habría venido a humanizar las estructuras del capitalismo y la naturaleza gracias a un mandamiento al que Laje (2016) no casualmente otorga especial relevancia: “no desear a la mujer ajena” (p. 123), principio que a criterio del autor habría fortalecido el régimen de propiedad privada y que, claro está, también supuso la consolidación de otro fenómeno que Laje prefiere omitir en su discurso: la imagen de la mujer como posesión, como otro objeto cuantificable en el mercado de compra y venta de bienes y servicios. Desde nuestro punto de vista, si hay algún tipo de novedad en estas teorizaciones, antes que en el plano ideológico dicha novedad se expresa en la disyuntiva en la que se encuentran las derechas del siglo XXI. Es decir, en la renovada tensión entre autoritarismo y democracia. Tensión que remite a un ideario de batalla cultural planteado en términos bélicos, agónicos, de enemistad radicalizada y sin mediaciones. Términos que pese a su voluntad de incidir en los procesos simbólicos parecen menos vinculados al ajedrez de la política que a la filología marcial del lenguaje castrense. Toda una taxonomía de tácticas y estrategias de ataque y defensa cuyo objetivo, en palabras de Laje (2022), es “el control de las condiciones de la acción y de la vida de los demás” (p. 45). Por lo que volvemos a la misma inquietud del inicio: ¿cuánto tendrán que ver esas expectativas de control con el sistema democrático?, ¿acaso pueden compaginarse ambas dimensiones o una de las dos terminará devorando a la otra? La proyección electoral de estas corrientes, los efectos de la crisis económica y la resistencia de los colectivos trans-feministas quizás sean algunos de los factores que determinen, en los próximos años, qué tan sólida o qué tan contingente es la actual inscripción de las derechas en el orden representativo.

Referencias bibliográficas

- ANSALDI, W. (2017). Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas. *Theomai*, 35, 22-51. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12452111003>.
- BADIOU, A. (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- CANOSA, V. (2020). *Entrevista con Agustín Laje* [Archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=39BI-FcWFrA>.
- COMISIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIONES (1958). *El libro negro de la segunda tiranía*. Buenos Aires: Vicepresidencia de la Nación.
- CORTÁZAR, J. (1970). Casa tomada. En *Bestiario* (pp. 9-18). Buenos Aires: Sudamericana.
- ECHEVERRÍA, O. (2018). Pensar las derechas argentinas. Conceptos, enfoques y períodos: el caso de las derechas de la primera mitad del siglo XX. En L. Rubiolo y M. Tamagnini (comps.) *Historia debate historia* (pp. 42-57). Río Cuarto: UniRío Editora.
- ECHEVERRÍA, O. (2020). Las Doctrinas de la Seguridad Nacional Latinoamericanas: Osiris Villegas y sus teorías en tiempos de desperonización y Guerra Fría. Argentina, 1956-1985. *EIAL*, 31 (1), 39-58. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/117002>.
- ECHEVERRÍA, O. (2021). Una identidad derechista racista, ideológica y clasista: nacionalistas, católicos integrales y liberales conservadores en la Argentina del siglo XX. En M. Ribeiro y D. Precioso (Comps.), *América Latina, historia e desafíos* (33-58). Anápolis: UEG.
- ECHEVERRÍA, O. y VICENTE, M. (2019). Las derechas argentinas ante las transformaciones socio-culturales de los largos años sesenta. *Revista de historia americana y argentina*, 54 (2), 175-206. <https://shorturl.at/1ldQI>.
- ELMAN, J. (2 de octubre de 2018). Quién le teme a Agustín Laje. *Anfibio*. <https://shorturl.at/9Q1tw>.
- EXPÓSITO, J. y SAIDEL, M (2021). ¿Anticomunismo sin comunismo? La construcción del feminismo como enemigo estratégico de las nuevas derechas. *Razón Crítica*, 11, 255-288. <https://shorturl.at/DjFPi>.
- GAGO, V. (2019). La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo. Buenos Aires: Traficantes de sueños.
- GARCÍA, L. (2021). *La babel del odio*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- GAYOSO, P. (2022). Agustín Laje y el Neo-conservadurismo latinoamericano de derecha. *Revista argentina de ciencia política*, 1 (29), 306-344. <https://shorturl.at/tpfot>.
- GOLDENTUL, A. y SAFERSTEIN, E. (2021). Los jóvenes lectores de la derecha argentina. Un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez. En *Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, 112, 113-131. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/165695>.

- LAJE, A. (2022). *La batalla cultural*. Buenos Aires: Hojas del Sur.
- LAJE, A. Y MÁRQUEZ, N. (2016). *El libro negro de la nueva izquierda*. Buenos Aires: Unión.
- LAMBORGHINI, L. (2004). *La risa canalla (o la moral del bufón)*. Buenos Aires: Paradiso.
- MANGONE, C. Y WARLEY, J. (1994). *El manifiesto: un género entre el arte y la política*. Buenos Aires: Biblos.
- MORRESI, S.; SAFERSTEIN, E. Y VICENTE, M. (2021). *Nuevas configuraciones derechistas en Argentina*. Buenos Aires: Red de Fundaciones de Izquierda y Progresistas.
- MORRESI, S. Y VICENTE, M. (2017). El enemigo íntimo, usos liberal-conservadores del totalitarismo en la argentina entre dos peronismos (1955-1973). *Quinto Sol*, 21 (1), 1-24. <http://dx.doi.org/10.19137/qs.vii1.1226>.
- PONZA, P. (2010). *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba: Babel.
- PONZA, P. (2021). Identidades políticas y disputas culturales en los medios digitales: significaciones históricas y arquetipos aspiracionales en el espacio liberal-conservador argentino. *Cuaderno de Ideas*, 15, 1-12. <https://shorturl.at/4Vdxo>.
- SADOUS, E. (2009). *Quince Genealogías*. Buenos Aires: Editorial Armerías.
- SÁNCHEZ MOCERO, M. (4 de mayo de 2023). Agustín Laje llenó la sala mayor de la Feria del Libro. *Infobae*. <https://shorturl.at/OSupo>.
- SCHUSTER, M. (mayo de 2023). Los nuevos bestsellers de la derecha “sin complejos”. Entrevista a Ezequiel Saferstein. *NUSO*. <https://nuso.org/articulo/libros-derecha-libertarios/>.
- SVAMPA, M. (2016). *Debates latinoamericanos*. Buenos Aires: Edhasa.
- TCACH, C. (2006). Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem. En H. Quiroga y C. Tcach (Comps.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, (pp. 123-166). Rosario: Homo Sapiens.
- TCACH, C. (2012). *De la Revolución Libertadora al Cordobazo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- VICENTE, M. (2014). Trazando círculos cuadrados: en torno al liberal-conservadurismo como ideología. *Intersticios*, 8(1), 73-93. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/92312>.
- VILLEGAS, O. (1962). *Guerra revolucionaria comunista*. Buenos Aires: Pleamar.

Las fibras del odio: venganza, vergüenza y victimización

PABLO SÁNCHEZ CECI

Aunque sea muy tarde
Tantos odios para curar
Tanto amor descartable
Virus

Los afectos en la discursividad de las nuevas derechas

El objetivo de este ensayo es presentar un recorrido por tres figuras afectivas –la venganza, la vergüenza y la victimización– para elaborar una lectura posible de las particularidades del discurso de las llamadas nuevas derechas argentinas.¹ A partir de la articulación de elementos teóricos de

¹ Recientemente la pregunta por la intensidad de la derecha y su performance pública parece plantear una fascinación por el carácter supuestamente novedoso de fenómenos como este. Morresi, Saferstein y Vicente (2021) elaboran una breve historia de las derechas argentinas desde el siglo XX hasta la actualidad. Entendiendo por “derecha” una configuración relacional opuesta a una “izquierda”. Lo particular del espacio de interacción formado por actores y prácticas que se entiende por derecha son los procesos de configuración de identidades y comprensión del mundo derivados del rechazo histórico a innovaciones igualitarias/inclusivas que son percibidas en términos de desposesión. Para estos autores, podemos encontrar “familias de derecha”, ya que hay movimientos que comparten ideas, prácticas, espacios de socialización, memorias y lenguajes comunes. En el caso argentino pueden distinguirse dos corrientes: “La corriente

la socio-semiótica y el giro afectivo abordamos una serie de escenas de la discursividad política reciente para indagar en los modos en que las emociones se configuran en la enunciación pública de diversas zonas sociales en las que se hacen presente las diferentes variaciones de una identidad reconocible más por su carácter conservador que por su novedad.

Siguiendo la propuesta de Ahmed (2015) de trabajar textos de dominio público como una vía de ingreso a lo que las emociones hacen con esas materialidades significantes que circulan en la vida cotidiana y se expresan en soportes diversos de la semiosis social, seleccionamos para este escrito algunas escenas de la política mediatizada de una manera que no pretende ser exhaustiva, sino más bien ilustrar un escenario de tensiones que nos permite argumentar sobre la complejidad de las emociones en el discurso político reciente. Los fragmentos del corpus que componen las tres figuras sobre las que vamos a escribir de aquí en adelante son testimonio de la “pegajosidad” de las emociones, de los efectos y el acondicionamiento que pueden tener algunos afectos en otros.

Las escenas que constituyen el corpus sobre el que trabajaremos consisten en discursos producidos en torno al intento de magnicidio contra Cristina Fernández de Kirchner por parte de enunciadores vinculados al grupo Revolución Federal, en el que el tema de la venganza es central; después retomaremos dichos de Mauricio Macri y Javier Milei en distintos medios digitales, en los que el significante vergüenza se articula de maneras heterogéneas como un componente afectivo articulador de subjetividades interpeladas; finalmente plantaremos una discusión sobre el rol de la victimización en la discursividad política de carácter más polémico a partir de la exposición en la legislatura porteña de Ofelia Fernández, como un conjunto de enunciados que discuten con las formaciones ideológicas libertarias y sus agravios a la institucionalidad democrática.

Las emociones o los afectos, palabras que usaremos de manera indistinta para referirnos al mismo fenómeno, a pesar de ser objeto de una

nacionalista-reaccionaria” (ligada a las fuerzas armadas, la iglesia, el legado hispánico-católico) y “la derecha liberal-conservadora” (vinculada al orden político, republicano y económico capitalista con ribetes laicos y antipopulistas). En este sentido, interpretamos que lo que Morresi (2008) llamó la nueva derecha argentina es un fenómeno histórico con una densidad que no empieza ni en la emergencia de figuras como Milei, que crecieron en la atmósfera ideológica del trumpismo, ni en el neoliberalismo de la alianza Cambiemos, que interrumpió la hegemonía populista del kirchnerismo.

reciente fetichización por parte de la literatura de la autoayuda y la cultura terapéutica, que cada vez colonizan mayores áreas de la discursividad social ya que son una parte central del imaginario neoliberal hegémónico, difícilmente sean parte de la agenda pública o los debates sobre la política sin llevar un velo de sospechas o desprecio. No son pocas las voces –teóricas o no– que emprenden cruzadas en nombre de la racionalidad como paisaje incontaminado de los caprichos de la pasión, la ceguera de los afectos o la inmadurez de la sensibilidad.

Las tres figuras a partir de las cuales se organiza este escrito tienen en común la potencia de expresar y testimoniar un daño, es decir que funcionan como signos de cierta experiencia con la violencia, a la vez que dan cuenta de su dimensión histórica o su temporalidad pretérita más o menos sedimentada. Son afectos de la supervivencia, de la sobre-vida, del tiempo después de un acontecimiento traumático. Pocas emociones son tan “semióticas”, en el sentido de encarnar un tipo de cicatriz, marca, índice o huella de un tipo de operación de sentido que impacta en una materialidad significante. Es en virtud del vínculo complejo con el pasado que encarnan estas emociones que las cuestiones de la identidad serán centrales en los análisis que presentaremos a continuación. Los afectos que el tiempo imprime en un cuerpo, en una vida, en una subjetividad dan forma a una cierta forma de autopercepción. Quien lleva la marca de la vergüenza, el rostro rabioso de la venganza, la postura destemplada de la victimización ha sido marcado por un acontecimiento. Eso que la historia inscribe emocionalmente en una persona atempera la posibilidad de pronunciar su mismidad. La potencia para describir el proceso por el cual se constituye una posición de enunciación en primera persona, un “yo” o un “nosotros”, en torno a la experiencia de estas emociones es uno de los motivos por lo que elegimos estas figuras (y no otras) para interrogar la relativa emergencia de una forma política radical y curiosa como las nuevas derechas en el contexto argentino. Parte de la curiosidad de investigar este tipo de formaciones ideológicas está, en primer medida, en el boom editorial y mediático que induce a cierta grafomanía de investigadores, periodistas y doxógrafos en general que se congregan en torno al sintagma de moda, “nuevas derechas”, pero también por las particularidades de esta fuerza política que al menos hasta el momento permanece en la vereda de la oposición, el banquillo de la esperanza/amenaza que

acecha para regresar o inaugurar un modo de gestión del poder estatal. A pesar de que el carácter emocional de la derecha argentina ha sido diagnosticado con nociones como “discurso de odio”, que parecen totalizar la configuración afectiva de todo un género de grupos diferentes pero a la vez comparten una cierta orientación ideológica, consideramos que existe el riesgo de perder la complejidad de estas identidades políticas. No es que falten motivos para caracterizar a estas fuerzas políticas, que muchas veces se organizan en torno a ideas de racismo o misoginia al punto de estructurar sus discursos, como hablantes nativas del lenguaje del odio. Sin embargo, siempre hay algo más que odio en estado puro, otras emociones reverberan en este paisaje. Aquellos sujetos que entregan su cuerpo a la conmoción de la violencia, que agitan furiosos las cuerdas de la horca y la guillotina, que conocen el abecedario completo del exterminio, también expresan una profunda melancolía por objetos perdidos, vestigios de una energía libidinal como testimonio de la presencia de un amor intenso, pero también la esperanza de cambiar el mundo hacia cierta dirección, por eso mismo es que juegan a la política. Por otro lado, el odio mismo es una emoción compleja, saturada de historia y tramas pobladas de personajes atravesados por conflictos; una proliferación de nombres cubre un espectro amplio de las distintas artesanías que hay en las usinas que mueve este afecto considerado usualmente como negativo. En aras de ir contra esa negatividad y cuestionar sus elementos, nos proponemos no un ejercicio de empatía con el odio, pero sí una descripción más o menos densa de sus artilugios narrativos.

Por otro lado, este tríptico se caracteriza por una clara dimensión social y pública de vulnerabilidad expuesta ante otros. Es generalmente ante la mirada exterior que surgen estos afectos, suponiendo la presencia virtual o actual de un otro que ocupa una posición heterogénea con respecto a la propia, hay sujetos que ocupan el lugar de víctimas y victimarios, vengadores y vengados, avergonzados y vergonzosos. Cierta idea de la justicia en el caso de la venganza, cierta idea de la dignidad en el caso de la vergüenza, cierta idea de orgullo en el caso del odio, testimonian la importancia de una jerarquía moral frustrada que impulsa a los tres afectos que nos importan aquí. Aquellos acontecimientos, objetos o personajes que amenazan un tipo de sujeto idealizado son los objetivos a quienes se dirigen estos afectos. En estas configuraciones afectivas se

postula una forma de establecer el lazo social, los fundamentos de una comunidad y un régimen de restricciones, acceso y distribución del espacio público. En estas emociones se puede leer un imaginario de lo social que estas fuerzas políticas disputan o vehiculizan.

La conceptualización del carácter social y cultural de los fenómenos afectivos es un punto de partida epistemológico central para el argumento que sostendremos en este texto. A pesar de ciertas ideas muy extendidas en el ámbito de las ciencias sociales y de la salud, o en el discurso de auto-ayuda que cada vez estructura con mayor presencia las doxas regionales del discurso social, una emoción no es resultado de una volición o disposición individual. Como afirma Peller: “Las emociones no se tratan nunca solamente de un yo individual, sino que al manifestarlas los sujetos nos exponemos y nos dirigimos a otros, que pueden percibir los sentidos de nuestra emoción y reconocerla como un acontecimiento social significativo que nos conecta éticamente” (2022, p. 144). El contacto con otros que supone emocionarse y la posibilidad de ser o no reconocido por esa otra subjetividad, es el punto de apoyo de la politicidad de las emociones que nos interesa particularmente para observar cómo en ciertos discursos públicos la afectividad se manifiesta configurando identidades y adversarios, proyectos y memorias comunes, heridas y caricias significativas.

Por otro lado, estas emociones forman parte de un tejido afectivo denso que constituye una suerte de familia, gramática o economía. La venganza se encuentra con el resentimiento, la vergüenza con el pudor y el miedo, la victimización con el dolor y la culpa; a su vez estos afectos pueden considerarse modulaciones del odio. Nuestra apuesta interpretativa es que podemos desagregar el odio y leerlo en sus relaciones con otras emociones, ¿no hay en la venganza, en la victimización y en la vergüenza una manifestación de cómo se produce la organización de las energías sociales del desprecio, la cólera y finalmente el odio?

La perspectiva a partir de la cual sostendremos este trabajo –con cierto guiño veroniano– propone una doble hipótesis: toda manifestación afectiva es necesariamente parte de un proceso de producción de sentido; a la vez que todo fenómeno emocional es, en una de sus dimensiones constitutivas, manifestación de la politicidad inherente a toda expresión discursiva.

Desde una mirada que busca alcanzar analíticamente las emociones como políticas culturales, el carácter significante o el rol de los afectos en

la producción social de sentido tiene una serie de consecuencias, en principio sobre el modo en que entendemos la relación entre afectos y semiosis, en segundo lugar sobre la metodología y los principios para la construcción de archivo o corpus. Las emociones son de alguna manera artefactos culturales. Esto quiere decir que para que alguien reconozca por ejemplo que está atravesando un estado de enamoramiento o de melancolía, hizo falta una larga historia cultural para que se generaran las condiciones para llamar de cierta manera a una experiencia corporal. Podríamos decir sobre las emociones aquello que Rossana Reguillo dice de los miedos urbanos: "constituyen una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida" (2008, p. 70). Las fuerzas que tensionan lo decible en un momento de la historia, eso que Angenot llama los componentes de la hegemonía discursiva (2010), son mecanismos semióticos que producen cierta forma de percibir las emociones, así como qué es legítimo sentir ante determinados acontecimientos o cómo expresar debidamente los afectos. Las emociones son algunas de las materialidades significantes más interesantes en la producción social del sentido ya que llevan las marcas de la historia y a la vez dejan su huella en todo lo que hace una comunidad. Es por un proceso semiótico que podemos sentir furia o dolor ante un edificio que se emplaza sobre un lugar que significó otra cosa. Así, pensar el carácter emocional de los discursos implica indagar tanto en cómo se nombran las emociones y qué gnoseología postulan, en qué tramas de disputas por la nominación legítima de un acontecimiento afectivo, como las figuras retóricas que producen asociaciones y desplazamientos, como efectos o movimientos.²

² Si afirmamos como Ahmed que las emociones "son performativas e incluyen actos de habla que dependen de historias pasadas, a la vez que generan efectos" (2015, p. 40), podemos postular en una traducción al metalenguaje de la sociosemiótica que los afectos funcionan como gramáticas o condiciones de producción (abriendo así la posibilidad de rastrear en un discurso/emoción las huellas de otros discursos/emociones anteriores), y como gramáticas o condiciones de reconocimiento. La noción de los afectos en producción habilita la pregunta por la historia, es decir por las victorias y fracasos de las luchas del pasado, pero también por la forma en la que lo acontecido sigue sucediendo en el presente. Sobre la segunda dimensión, los afectos en reconocimiento, plantea una cuestión central para los debates políticos y epistemológicos en torno a las emociones, ¿cuál es el campo posible de efectos de sentido de cierto discurso/emoción?, ¿qué vehiculiza una palabra de odio, un discurso amoroso, un largo rumiar melancólico?, ¿qué puede esperarse que pase cuando ciertas emociones se hacen presentes en un discurso político?

Por otro lado, al afirmar la politicidad inherente a toda expresión afectiva sostenemos una perspectiva ni psicológica ni biologicista de las emociones. En consonancia con la teoría crítica de los afectos desarrollada a partir de autoras como Sara Ahmed o Lauren Berlant, nuestra definición de las emociones parte de asumir que estas "no son estados psicológicos sino prácticas sociales y culturales, no suponen una autoexpresión que se vuelca hacia afuera (in/out) sino más bien se asumen desde el cuerpo social (outside/in), en tanto son las que brindan cohesión al mismo" (Arfuch, 2016, p. 251). Al elaborar un recorrido crítico sobre esta corriente epistemológica, Cecilia Macón afirma que se trata de una perspectiva teórica que desarticula "binarismos clave: razón/emoción, interior/exterior, mente/cuerpo, acción/pasión" (2020, p. 13). Desde este enfoque lo afectivo es resultado de instancias performativas y colectivas. Fuera de cualquier esencialismo o binarismo, se propone el "análisis crítico del modo en que las narrativas construidas alrededor de las emociones impactan sobre la experiencia colectiva y viceversa" (Macón, 2020). Según Arfuch el objetivo que se propone esta versión del giro afectivo es analizar "a través de diversos tipos de discurso –publicitarios en medios tradicionales o en las redes sociales– los efectos sociales que generan diversas emociones en el discurso público" (2016, p. 251). En este sentido los afectos no pueden configurarse de manera independiente de cierta noción política, las disputas entre actores por la manera legítima de organización del espacio social, la historia de desplazamientos y frustraciones en las esperanzas de distintas comunidades que eligieron una forma entre otras de llevar la vida cotidiana con otros, las fantasías ideológicas y las lógicas de la cultura que ofrecen artefactos simbólicos en los cuales elaborar las pulsiones del inconsciente, sobre esa materia política se construyen las emociones.

Estudiar, desde una perspectiva discursiva, las configuraciones afectivas establecidas a partir de distintas escenas de disputa en el espacio público es interesante cuando se vuelve manifiesta la capacidad que tienen las emociones de disciplinar o excitar a la lengua. El silencio y los velos de secretismo sobre algunos temas o enunciados tabúes que duermen en la sombra de una cultura, como las consignas que son cantadas por el clamor de un coro de voces que estaban esperando su momento para gritar, son instancias que tienen sus condiciones de posibilidad en ciertas configuraciones afectivas que pueden investir de soledad o publicidad

ciertos signos. La vergüenza puede hacer que un discurso se reprema a mencionar aquello que lo afecta, o quizás lo obliga a explicitar o denunciar a aquellos que lo avergüenzan.

Ya sea para disciplinar algunos cuerpos para que solo puedan callar y soportar los suplicios de la precarización de su existencia y la captura de sus deseos o para elaborar una resistencia solidaria con otras vidas desamparadas por las jerarquías que distribuyen de manera desigual el acceso a la palabra, las emociones como reflejos de orientación suscitan los encuentros y reorganizan el espacio social. Cuando el sujeto de la enunciación encuentra el artefacto semiótico para exponer sus propias emociones o las del destinatario al que habla, se produce un desplazamiento tectónico, la afectividad (des)habilita posiciones subjetivas para aquellos que están involucrados en un discurso. El lugar de la víctima, el del vengador, el vergonzoso son encarnaduras de lugares sociales disponibles a partir de un dispositivo de enunciación. Para la discursividad particularmente política, aquella involucrada en la disputa por la (de)formación de las condiciones sociales de existencia de lo común, los lugares de enunciación que surgen de las emociones públicas son centrales, ya que organizan los colectivos, las demandas, diagnósticos, memorias y proyectos que estructuran el campo de reconocibilidad subjetivo.

Venganza: ¿qué se muere cuando alguien mata?³

*Yo fui educado con odio
Y odiaba la humanidad*

Charly García

A primera vista puede ser difícil o raro que pensemos en la venganza como una emoción o un afecto. Para cierta concepción reconocemos bajo ese nombre un tipo de acontecimiento o acto de justicia, o es por lo menos de esta manera que en nuestra sociedad circulan historias y discursos en los que la venganza es el principal motivo detrás de un acto generalmente violento.

³ Agradezco a María Eugenia Boito la presentación y discusión de textos de Simone Weil, Anselm Jappe y Götz Eisenberg, es ella quien acuñó la pregunta que nombra este apartado.

Sin embargo, nuestra hipótesis se sostiene en una concepción afectiva de la venganza. Es decir, entendemos que estamos ante una emoción pública que circula en los discursos sociales en un momento particular de la cultura orientando prácticas sociales y configurando el sentido de relatos, cuerpos y objetos.

En el contexto de la filosofía spinoziana, la venganza forma parte de los afectos que se derivan del odio, es decir del polo afectivo de las pasiones tristes. La particularidad de este afecto entre otros surgidos de la misma raíz se expresa no tanto en cómo orienta el vínculo con otros, como en una cierta motivación e historización de un daño; es en este sentido que Spinoza traza una diferencia: “El esfuerzo por inferir un mal a quien odiamos, se llama ira; el esfuerzo, en cambio, por devolver el mal a nosotros inferido se llama venganza” (2000, p. 154).

Una historia de venganza es la historia del reconocimiento de una herida sobre la que se busca reclamar una compensación. Quien se propone realizar un acto de venganza, se reconoce como sujeto lesionado, o como objeto de la maldad de otro. Además de una posición subjetiva en el lugar social de quien tiene derecho a exigir incluso por medios violentos la responsabilidad de otro que originó la primera falta; la venganza supone una cierta experiencia de la temporalidad, una manera de hacer memoria que lleva las marcas de la tristeza y el odio. Quien busca venganza está persiguiendo cambiar la orientación de su propia historia, no tanto como re-escribir o volver a vivir; pero sí reparar, devolver, remunerar o sanar. Podríamos decir que la venganza es la emoción que justifica aplicar la fuerza sobre otro en función de algo que ocurrió en el pasado. En este sentido, en tanto afecto está involucrada como un elemento narrativo que configura una idea de pasado; en términos de Verón (1987), es parte de los componentes descriptivos de un discurso, en tanto que realiza una “constatación”.

También la venganza como deseo puede ser parte de un futuro imaginado. Leonardo Sosa, miembro fundador del Revolución Federal –un grupo de ultraderecha liberal caracterizado por una performance militante de toma del espacio público relativamente excéntrica, llevando réplicas de horcas y guillotinas a manifestaciones opositoras– declaró en un reportaje para una revista digital que: “Nuestro objetivo es que los kirchneristas tengan miedo de ser kirchneristas” (2022). Siguiendo de

nuevo a Verón, el componente programático de este grupo tiene una clara configuración afectiva como horizonte: generar miedo. En este sentido es que los artefactos amenazantes y la estética necropolítica que escenifican la (pena de) muerte de los principales referentes del oficialismo tienen un rol preponderante como objetos emocionales, buscan vehiculizar el miedo. En la misma entrevista Sosa desarrolla sobre este tema: “es una expresión de deseo. A nosotros los funcionarios nos cagaron la vida con los impuestos y los queremos presos o exiliados” (2022). Aparece más nítidamente en este fragmento la venganza.

Sino es la muerte literal y efectiva de ciertos políticos lo que persiguen grupos como Revolución Federal, cabe preguntarse –y más después del fallido atentado contra la vicepresidente Cristina Fernández de Kirchner– ¿qué pasaría si ese deseo se cumpliera? ¿qué se muere cuando alguien mata?, podemos –por suerte, azar, milagro, misterio a despejar por un peritaje– plantearnos esta pregunta de manera anticipada y por lo tanto anacrónica. Como un rayo que ilumina las horas de una noche larga sin luna, el video o la foto del arma a centímetros de CFK relampaguea en un instante de peligro. No fue, pero las imágenes de lo que podría haber sido hacen guiños al porvenir y a la memoria. Al aplazar esa pregunta –¿qué se muere cuando alguien mata?–, el no-acontecimiento nos llega –paradójicamente– como un don. Dar (el) tiempo y no (la) muerte, para reflexionar sobre el deseo de venganza como una tópica que forma parte del discurso social de nuestra época.

A partir de un texto de Götz Eisenberg en el que desarrolla la tradición frankfurtiana de los estudios sobre el fascismo, nos proponemos presentar algunas reflexiones sobre la relación entre el odio y la venganza como proyectos políticos.

En el campo de los estudios sobre el fascismo y la personalidad autoritaria al momento de analizar el lenguaje del odio varios autores destacan las metáforas higienistas y animalistas que deshumanizan la otredad y la extranjería de las figuras demonizadas que amenazan el hogar o la nación. Siguiendo esta línea interpretativa, Eisenberg compara un estudio de Löwenthal y Guterman realizado en los cincuenta con el ascenso de Trump en Estados Unidos.

Si bien se podría pensar que Eisenberg tiene una mirada un poco “determinista” de los apegos familiares en las inclinaciones políticas

de las personas, su lectura de la infancia y lo afectivo es bastante interesante para pensar las emociones y la política. Para Eisenberg la “educación autoritaria” es uno de los elementos que orientan al fascismo a algunas personas. Así podríamos pensar que el discurso de odio, puede encontrar sus catalizadores en los medios de distribución ideológica en su materialidad analógica y digital con sus diversas narrativas, pero es también el resultado de un trabajo didáctico que da forma a una manera de entender el mundo.

El resentimiento fascista se puede sintetizar en un enunciado “la misma injusticia para todos” (Eisenberg, 2018, p. 317). Pero hay otros resentimientos (Fisher, 2017), que si bien surgen como un sentimiento reactivo al impedimento o frustración de la felicidad, que invierten este enunciado o producen significantes equivalentes a la justicia social. Darle una orientación o configuración afectiva diferente a la que el resentimiento adquiere una vez activado políticamente por el fascismo es un trabajo de reparación. El resentimiento puede ser parte de la gramática afectiva de un movimiento emancipador, si partimos de la base de que las emociones no tienen una naturaleza moral. Pensar en el odio, el resentimiento o el miedo, como pasiones tristes que indefectiblemente disminuyen la potencia de un cuerpo, que desvían el sentido ético de un agenciamiento, puede ser un error; así como suponer la naturaleza alegre de emociones complejas y contradictorias como el amor, la felicidad o la esperanza.

Por otro lado, Eisenberg piensa en las condiciones que conducen a ciertas personas al tipo de violencia que instrumenta el fascismo o el autoritarismo:

La vida abatida y dañada se incuba más allá de sus compensaciones e incita a la venganza. Sobre la base de una experiencia impedita, de una vida en buena medida asfixiada por los cauces pedagógicos, se desarrolla una tendencia a resarcirse en el otro y a perseguir aquello que aún parece estar vivo (Eisenberg, 2018, p. 317).

Algo en el odio fascista y antidemocrático busca eliminar al otro no solo por su diferencia inapelable, sino en virtud de una fantasía ideológica que supone que la forma de la justicia coincide con la venganza. Quizás sea que en una sociedad sin un espacio común donde detenerse

a reparar o rehabilitar las grietas del agonismo inevitable de cualquier agrupamiento comunitario quede abierta la posibilidad a que la inequidad o el simple sentimiento de inadecuación, soledad o injusticia pueda despertar en ciertas subjetividades dañadas la pulsión en la que el juez se confunde con el verdugo.

¿Cómo se produce esta educación perversa donde la justicia es odio fascista? ¿No era –como escribieron los reformistas– la educación una larga obra de amor? ¿Qué acondicionamiento afectivo y político fue necesario para que proliferaran estas pedagogías de la crueldad? Escribe Eisenberg:

En la medida en que cada uno de nosotros hemos sido objetos y víctimas de estos procesos educativos, en parte nos han matado y albergamos en nosotros el conflicto de lo muerto con lo vivo. A una parte de nosotros le dan vida y la habitan los cuerpos que la han sostenido, protegido y dado calor, así como los objetos de amor pasados; la otra parte ha sido deshabitada, vaciada de vida, anestesiada y en el caso extremo la han dado muerte ausencias, castigos, frialdad y abandono (Eisenberg, 2018, p. 317)

Pienso que quizás la tarea científica y periodística comparten un mismo gesto: ponerle el cascabel al gato. Para evitar que florezca el fascismo, hay que identificar los silbatos para perros del vocabulario de los movimientos del odio antidemocrático. No es momento para generalizar, sino para las particularidades. Así creo que es mejor pensar no “el odio”, sino su tipología particular, las narrativas y cadenas significantes en las que logra espesor y dirección, la dimensión enunciativa-retórica desde donde construye su legitimidad y sus contenidos/enunciados.

El odio es la naturaleza misma de los movimientos del capital. Por eso, como dice Lazzarato, el capital odia a todo el mundo. El odio fascista/antidemocrático es un odio con un reverso melancólico. “El odio del fascista es un odio dirigido contra ciertos elementos de su propia persona, contra los propios deseos pulsionales de los que se defiende y que mantiene a raya con esfuerzo”, escribe Eisenberg (2018, p. 320). Está bien, el discurso del odio es ese tipo de mensaje que busca la eliminación de un otro, pero es también la sede de constitución de una identidad dañada y melancólica. Hay que buscar reparar ese daño bajo el cual se construyen comunidades aisladas y rumiantes, esperando su día de reparación. El

odio fascista se pronuncia en un terrible “nosotros”, una primera persona desoladoramente plural, un lazo social tanático.

Volviendo a las expresiones concretas del discurso de la venganza, Jonathan Morel –fundador de Revolución Federal y carpintero– declaró en exclusiva para ElDiarioAr: “Yo escucho un Víctor Hugo y me dan ganas de darle la cabeza contra un cordón... yo veo un kirchnerista y lo quiero hacer sangrar”⁴. Resuena aquí la declaración de Leandro Sosa, compañero de militancia de Morel, en *Revista Anfibia* que citamos más arriba de que “nuestro objetivo es que los kirchneristas tengan miedo de ser kirchneristas”. Si bien ambos en distintas apariciones en medios de comunicación han expresado que muchas veces sus expresiones son irónicas o humorísticas, mientras que las guillotinas son artísticas; estas palabras no pierden un cierto sentido narrativo, el de una venganza. “A nosotros los funcionarios nos cagaron la vida con los impuestos y los queremos presos o exiliados” (2022), dice Sosa. Esa primera persona del plural habla desde un lugar de daño que no admite más que la expulsión del campo social de a quien se identifica como el origen de un malestar que es colectivo y que justifica, al menos en el terreno de la fantasía, una retribución.

“La quise matar por la situación del país” explicó el detenido por el intento de magnicidio, Sabag Montiel, en *C5N*. Si bien hay una retórica episódica de la venganza –algunos enunciados como los de Johnatan Morel y Sabag Montiel expresan un deseo de retaliación– el discurso visual y performático de las marchas anticuarentena y, mucho más atrás, las manifestaciones anticristinistas que se masificaron a partir del año 2008, aproximadamente, son más claramente una expresión semiótica de una configuración afectiva que escenifica y legitima la muerte como una práctica de intervención política.

Falta en nuestro presente quizás una política de la misericordia y la compasión, capaz de auscultar el daño en la estructura económica, ya que no son solo los propagadores ideológicos quienes provocan el crecimiento hipertrófico de las comunidades del odio. La raíz del odio puede estar quizás en la precarización, la socio-segregación y la naturaleza misma de la democracia. Son varias las voces que han cuestionado con acierto la imposibilidad de que el amor venza al odio. También hay quienes desaconsejan

4 <https://shorturl.at/rngoc>

cualquier tipo de voluntarismo o reglamentarismo que busque censurar los discursos de odio en función de evitar su contagio. La comunicación es el campo para discutir densa y detenidamente el funcionamiento de la producción social de sentido y los fenómenos sociales como el odio.

Para este escrito, quiero recordar una frase célebre de Martin Luther King: "El poder sin amor es peligroso y abusivo, el amor sin poder es sentimental y anémico. El mejor poder es el amor que implica la petición de justicia, y la mejor justicia es el poder que corrige todo lo que pone obstáculos al amor". Quizás no se trate de pensar en términos de vencer –nunca se vence para siempre, la historia es una disputa abierta– en el terreno de los afectos, ni de censurar o limitar el alcance de ciertos mensajes –que es la estrategia que utilizan las grandes empresas que buscan algoritmizar la gubernamentalidad y la vida con redes sociales, ya que las armas del amor difícilmente desarmen su casa–. Incluso, quizás no tengamos que pensar en las escenas de violencia como efectos del odio, sino como "obstáculos al amor", es decir como una frontera, un dispositivo de segregación, una limitación en la comunicación y la cultura. Quizás encontremos respuesta a esa pregunta incómoda –¿qué hacer?– en un trabajo de la justicia sobre el poder que rompa las barreras para el encuentro y los afectos. No podemos contentarnos ingenuamente con una política romántica que cifra toda su esperanza en el amor, tampoco podemos combatir el fascismo con un ejercicio de poder sin afectos. Necesitamos no cesar en ejercitar el amor que llama a la justicia mientras que levantamos esos obstáculos al amor que producen celdas y entornos cerrados. Ante el odio fascista, un gesto de comunicación contra la segregación y el olvido, es decir buscar la justicia social, no como retribución sino como búsqueda incansable de compasión no entendida como una tristeza o empatía condescendiente, sino como un espacio afectivo en el cual encontrarse con Otro, como un principio de cohabitación y hospitalidad.

Las ya mencionadas imágenes de horcas, bolsas con cadáveres y otros dispositivos asociados a la pena de muerte pueden interpretarse a nivel simbólico como este desplazamiento de la discusión política con un adversario hacia el deseo ansioso de castigo y suplicio del adversario. No solo se produce aquí una figuración de la alteridad negativa con un cuadro fúnebre como el del enemigo exterminable, sino que también se legitima un yo o un enunciador que no es un polemista o un agente de la

vida pública. Un enunciador dañado a tal profundidad que solo puede saciarse con sangre es la subjetividad que produce el discurso político visual de la necropolítica vengativa.

Por otro lado, quizás haya que afirmar que no puede haber democracia sin una pasión intensa de odio, lo cual es incómodo, pero es la condición imposible de la posibilidad democrática. El odio quizás sea el espectro y la deuda de toda democracia, siempre en estado de democracia por-venir.

Para pensar el odio necesitamos indagar en su espacio de experiencia y larga duración, su proceso de sedimentación. Para evitar una historización episódica, no pensemos que falta ir a Alfonsín o la última dictadura militar para encontrar el odio de hoy. Quizás haya que ir a las marchas anticristianistas que fueron tan intensas desde 2008. Todas las tapas de la *Revista Noticias* donde se representaba a CFK y otros políticos bajo la iconografía del suplicio y el disciplinamiento. Y, más recientemente, la gran aceleración de las estéticas necropolíticas en el vocabulario simbólico de las marchas anticuarentena. Por no decir que los noventa fueron el gran momento de espectacularización de la violencia. Porque los discursos de odio estuvieron siempre presentes, pero estuvieron más que nada en la publicidad y en la retórica del consumo. Habría que ver si el consumo neoliberal, a costo de cualquier otro, no fue el discurso de odio magma a partir del cual se producen estas subjetividades dañadas que hacen causa común en el odio.

Vergüenza: exhibiciones de una axiología fracturada

Si tomamos una definición, estrecha pero clásica, sobre este afecto como la de Spinoza (2000, p. 176) –"la vergüenza es la tristeza acompañada de la idea de alguna acción, que imaginamos ser vituperada por otros"–, nos acercamos de alguna manera al vínculo entre el odio y la vergüenza. Esta emoción supone que pesa sobre el sujeto que la siente el imaginario de la culpa y la censura, del ostracismo y la desviación, de la anormalidad y el vicio.

De alguna manera, que alguien sienta vergüenza es signo de que esa persona tiene algún tipo de ideal, fantasía o deseo de honorabilidad bajo el cual le gustaría vivir. Este afecto es hijo de una cierta jerarquía moral

y simbólica, de ciertas reglas de juego y disputa por los capitales sociales que marcan la distinción de un sujeto. Parecería más evidente que en otras emociones que la lógica de este afecto está atada al funcionamiento de lo social y lo colectivo.

Entre las formas que tiene la cultura de “organizar de una forma determinada los procesos emocionales (y los circuitos neuronales implicados)”, el aprendizaje emotivo de valores y formas de reaccionar sensiblemente a ciertas restricciones e interacciones sociales constituye un mecanismo importante de selección contextual y circunstancial que orienta la conducta cultural (Lampis, 2009, p. 5). En este aprendizaje de prohibiciones, las reglas de la vergüenza y el miedo (Lotman, 1970) son de las más poderosas normas culturales que tiene que asimilar tempranamente un sujeto para formar parte de un grupo. Para esta teoría el rol de las emociones en la constitución de formas colectivas de identificación es central. Particularmente, la vergüenza y el miedo son dos emociones entre las que “se establece una relación de complementariedad... esta disposición es dinámica y constituye el objeto de una lucha recíproca” (Lotman, 1970, p. 207). Con el aprendizaje de las prohibiciones, se introduce por medio de reglas emocionales en la cultura las formas de organización colectiva, “el nosotros cultural es una colectividad dentro de la cual actúan las normas de la vergüenza y el honor”, por otro lado, “el miedo y la coerción definen nuestra relación con los otros” (1970, p. 206). El grado cero de lo social, el desplazamiento de una primera persona singular a una plural, asumir la propiedad de lo propio mismo como algo compartido, la enunciación colectiva que hace posible la política, el poder de decir “nosotros” que se opone a otro colectivo exterior a una zona peligrosa y desafiante para la estabilidad del conjunto al que se pertenece que decimos “ellos” u “otros”; esa fractura básica para cualquier cultura, tiene en la semiótica lotmaniana un fundamento emocional. En esta estructura conceptual la vergüenza como reverso o fracaso del honor, funciona como un código de lo que es susceptible de condenar a los sujetos deshonrosos al ostracismo. En este péndulo, entre la vergüenza y el miedo la cultura orienta repertorios narrativos, cognitivos y conductuales a sus habitantes. A veces por medio de mitos religiosos y formas literarias, a veces por reglamentos deportivos aliados en el fondo general de la sociabilidad patriarcal, el

miedo y la vergüenza son el aprendizaje emocional que pueden llegar a codificarse en comportamientos supuestamente irracionales o inexplicables, como la caza de brujas o linchamientos clasistas en el contexto de salidas festivas de jóvenes.

Desde la teoría narrativa de Jameson y la semiótica de la cultura lotmaniana, Gómez Ponce (2020; 2021; 2022) ha presentado algunos análisis sobre los modos en que los afectos –principalmente el miedo y la vergüenza– se presentan en formas culturales como las series de televisión o deportes como el rugby, la premisa de fondo de sus interpretaciones sostiene que “mientras hacia el exterior (hacia un “otro”) intervienen la coerción y el miedo, en el interior del sujeto (en relación a su “yo”) actúan las normas de la vergüenza, usualmente vinculadas a la opinión pública y la violación del honor” (2022, p. 200).

Si bien, las categorías de Lotman no son centrales en el punto de vista que pretendemos construir en nuestro análisis, sí nos resulta sumamente significativa la interpretación de Gómez Ponce del asesinato de Fernando Báez Sosa perpetrado por un grupo de jóvenes que tenían en común una formación deportiva y cultural en los valores del rugby. En palabras del autor:

atacar en conjunto es, también, hacerlo en nombre de ese honor colectivo que debe ser “defendido” de un otro que, aunque no suponga un riesgo, siempre amenaza y despierta miedo por diferente, temor que *no demora en transformarse en odio* y, especialmente, en uno de clase, algo que, en nuestra cultura argentina, siempre tiende a matizarse bajo lo que aparece como una distancia racial (Gómez Ponce, 200, p. 2022).

En un trabajo reciente sobre colectivos de hijas, hijos y familiares de perpetradores y colaboradores de violaciones a los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad que condenan los crímenes de sus progenitores y sus legados, Mariela Peller se pregunta por el rol de la vergüenza en las formas de relacionarse con el pasado en la construcción de memoria por parte del grupo Historias Desobedientes. A partir del trabajo sobre discursos y documentos de referentes de este colectivo, Peller considera que “la aparición de la vergüenza en las hijas desobedientes expone que se mueven en un universo de valores diferente al de sus progenitores” (2022, p. 141). La vergüenza expresa su dimensión

política al exponer públicamente la fibra axiológica de una sensibilidad. Como un signo político indicial, la vergüenza es la huella de que ciertos valores, sentido de la responsabilidad o ethos, son importantes para una persona o grupo de personas.

Ocupar el lugar social de la vergüenza, dejarse llevar por su malestar, escucharla como un síntoma de una transgresión frente a la cual no hay forma de permanecer neutral, da pie para un tipo de praxis política:

en las experiencias de estas descendencias, la vergüenza actúa posibilitando el pasaje desde el ámbito de los valores y las lealtades familiares-militares hacia la asunción de una responsabilidad ética respecto de la memoria, los derechos humanos y la justicia. En otras palabras, la vergüenza favorece el reconocimiento de una posición de implicación (Peller, 2022, p. 134).

Los trabajos de Peller y Gómez Ponce, leídos en serie, dan cuenta de los funcionamientos políticos diversos que puede tener la vergüenza en un grupo, sea un colectivo inserto en la tradición de los derechos humanos o en un pelotón de rugbiers transformados en verdugos, “la estructuración de la vergüenza difiere notablemente entre distintas culturas y entre distintas formas de acción política” (Kosofsky Sedgwick, 1999, p. 210). La potencia heurística de observar esta emoción la encontramos por un lado siguiendo la propuesta de Lotman sobre la influencia que tiene en la formación de grupos, y por otro lado vale la pena considerar lo que afirma una de las referentes del giro afectivo, Kosofsky Sedgwick: “la vergüenza y la identidad permanecen en una relación bastante dinámica, al mismo tiempo deconstituyente y fundacional, puesto que la vergüenza es tanto peculiarmente contagiosa como peculiarmente individualizante” (1999, p. 203).

Como alguien se relaciona con la vergüenza, ya sea que la resista o se deje conmover por su intensidad, sea movilizada por el propio cuerpo o el de otro el que sea afectado por esta emoción, despliega indicios de cierto imaginario de la normalidad, de lo que se espera de alguien. Cierta expectativa del adecuamiento a una norma o conjunto de valores se establece como una frontera entre aquellos cuerpos y vidas que merecen integrar el conjunto social y aquellos que no.⁵

5 La historiadora Pothiti Hantzaroula en su investigación sobre los modos en que se exhibe la vergüenza entre trabajadoras domésticas griegas durante el periodo 1920-1950 se ha

Desde una perspectiva sociosemiótica cabe preguntarse entonces, ¿qué narrativas atraviesan la vergüenza?, ¿de qué heroísmos y villanías estamos hablando cuando un código de honor tiembla ante las estocadas y rubores de los sentimientos de vergüenza?, ¿qué códigos morales o qué axiologías para qué identidades se postulan como marcos de inteligibilidad de una vida legítima de ser vivida? Partiendo de la idea de que la vergüenza se expresa como sentimiento público, y no como un malestar individual, nos preguntamos qué rol tiene esta emoción en el discurso político.

Una forma paradigmática que pueda asumir la vergüenza en el discurso político es el insulto o la interpelación agravante; se le dice a un otro que debería sentir vergüenza, que este es un “sinvergüenza” o cualquiera de sus metáforas del habla cotidiana como “cara dura”. Como pocos otros afectos, la vergüenza forma parte del “componente prescriptivo” del discurso político, en esta dimensión se establece cierto orden del deber, de la necesidad deontológica (Verón, 1987).

En este apartado nos interesa observar las formas en que la vergüenza adquiere modalidades diversas en el discurso político reciente. En octubre del 2022, cuando el gobierno argentino decidió abstenerse en la votación que definió la continuidad de la Comisión de Naciones Unidas formada para investigar las violaciones a los derechos humanos en Venezuela, el expresidente y referente de la oposición Mauricio Macri publicó un tuit al respecto en el que expresaba: “Pido perdón a nuestros queridos hermanos venezolanos por la abstención de la Argentina a la condena de crímenes de lesa humanidad en su país. *Los argentinos de bien sentimos vergüenza por este gobierno* que no defiende ni la libertad ni los derechos humanos” (2022).

El de Macri es el tipo de apelación a la vergüenza como vector axiológico de unidad colectiva. La disociación nocional parte al colectivo “argentinos”, para solo hablar de aquella parte de ese sujeto plural que

interrogado sobre el carácter emocional del silencio. Los discursos normativos y la estructura desigual de clase/género producen un tipo particular de configuración afectiva en él se hace patente la vergüenza en tanto “internalización nociva de los presupuestos de inferioridad originados en la mirada externa” (2015, p. 263). Aquí podemos considerar que papel tienen ciertas economías afectivas en la legitimación de relaciones de dominación social. La vergüenza y el asco, como antesala del odio racista son algunas de las disposiciones sensibles que garantizan el funcionamiento de máquinas de exterminio.

comparte ciertos valores, de acuerdo a cierta prescripción o imperativo a la defensa de la libertad y los derechos humanos. Valdría un capítulo aparte sobre el rol problemático que ha tenido en el imaginario político de Mauricio Macri el significante “derechos humanos”, al que ha asociado tanto a la corrupción como a una extravagancia innecesaria. Por otro lado, no es menor la mención a la libertad, significante que particularmente después de la pandemia, el ASPO y la irrupción de las fuerzas libertarias en el campo de las nuevas derechas, se ha configurado como una entidad en disputa de la discursividad política conservadora.

En este enunciado, Macri asume el lugar de la subjetividad avergonzada, no de manera solitaria, ya que se incluye entre los “argentinos de bien”. En este caso, la vergüenza no solo hace presente el ethos libertario y respetuoso de los derechos humanos, sino que habilita o justifica que Macri pida perdón ante la comunidad internacional, específicamente el pueblo venezolano. Siendo que Macri no es presidente, ni funcionario político en ejercicio al momento de la publicación de este tuit, solo ocupa la borrosa investidura de las figuras vaporosas de la legitimidad de la enunciación política como lo son la expresidencia y el liderazgo de la oposición. Es por medio de la vergüenza nacional que Macri construye una legitimidad de enunciación para poder pedir perdón.

Para considerar otros aspectos de la relación entre el perdón y las modalidades de la vergüenza, recordamos que el diputado nacional por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Javier Milei, en ocasión de la Feria del Libro en la que se presentó un texto de su autoría declaró: “No tengo por qué sentir vergüenza de ser un hombre blanco, rubio y de ojos celestes. No le voy a conceder nada al marxismo cultural. Con esto saben que el Ministerio de la Mujer pierde pista, porque la única igualdad es ante la ley”.⁶

En este fragmento de discursividad también encontramos la presencia de la vergüenza y el perdón, pero de una manera diferente que en el mensaje de Macri. Aquí la vergüenza no es una emoción colectiva, se menciona como algo individual; pero a diferencia de Macri –donde este afecto ocupa un lugar positivo para diferenciarse de quienes atentan contra la libertad y los derechos humanos–, Milei se niega a sentir

vergüenza, porque sus acciones o persona no tienen nada humillante o deshonroso. El cambio es más o menos sutil; en un caso la estrategia discursiva es ocupar el lugar de la vergüenza por lo que esta habilita a denunciar y construir como sujeto político colectivo; mientras que, en el otro, despegarse de la vergüenza –o lo que es similar: presentarse como un sinvergüenza– es una manera de defender la dignidad ante una posible acusación. Son dos modos distintos de construir un sujeto político y dos modos de defender una posición de enunciación –un lugar desde el cual es legítimo hablar (y sentir) públicamente– en los que la vergüenza se hace presente.

En sus conclusiones sobre el rol de este afecto en una agrupación política completamente alejado a la formación discursiva de Macri y Milei, Peller afirma que: “la vergüenza colaboró en el desplazamiento desde una experiencia personal trágica hacia una salida al espacio público y la conformación de un *colectivo político*, que suponen una posición de “sujeto implicado” (2022, p. 134). A pesar de las diferencias, nos interesa resaltar el potencial de la vergüenza en la manera en la que esta tiene de hacer un llamamiento moral a la política, interpela a otros, busca formar un lazo social. La vergüenza puede ser un punto de apoyo central para el compromiso político porque puede implicar a alguien en un asunto público. Este afecto parece activarse como un mecanismo de defensa propio del carácter polémico del discurso social. Aquí radica gran parte de la politicidad de la vergüenza, en tanto impugnación.

Por otro lado, el pliegue de estar implicado en la vergüenza supone una alteridad, algo que no debe existir como tal por que es agravante y deshonroso. La vergüenza puede ser un cuchillo en la mano del odio, tanto como el orgullo más nacionalista, chauvinista, fascista. Intuimos que existe entre la vergüenza y el orgullo una relación tensa, aporética, densamente tramada en los imaginarios políticos de la época. El orgullo masculinista o androcéntrico de Milei, al declarar que no siente vergüenza de su género, es también un desafío y una marca de la contradestinación de su discurso; emergen los contornos de su otro negativo. Sentir vergüenza sería una concesión, no sentirla entonces es una amenaza o advertencia conectada a su programa político de eliminar el Ministerio de la Mujer.

6 <https://t.ly/QSoq1>

Victimización: lugares del decir/sentir dañado

A diferencia de la venganza o la vergüenza, cuando escuchamos la palabra victimización no parece que estemos frente algo definido o acabado. Hay una suerte de proceso abierto, de abstracción cuando decimos victimización. No queda claro cuándo se termina de ser objeto de esta acción. Nuestra primera hipótesis es que estamos ante una figura afectiva que funciona de manera más o menos eficiente en nuestra cultura como una disposición subjetiva, ofrece un papel o rol social disponible. Nos referimos a algo que Ahmed encuentra en el carácter social de las emociones en discursos nacionalistas, estas “proporcionan un guion: tú te conviertes en el “tú” si aceptas la invitación a alinearte con la nación y en contra de esos otros que amenazan con llevársela” (2015, p. 38). A veces una nación, una ideología, una cultura mediática, un amo puede ofrecer a ciertas personas el guion de la víctima. También puede rechazarse, repudiar, negar esa geografía afectiva que implicaría asumir el nombre de la víctima. Este apartado es sobre lo que se juega políticamente en esas tensiones.

Los lugares del decir, aquella posición social desde la que se habla condiciona de alguna manera el alcance performativo de un discurso, establece su relación con respecto al poder. Entonces, podemos preguntarnos: ¿qué puede la subjetividad?, ¿qué posición de enunciación ocupa una víctima?, ¿qué locus retórico puede articular y cuáles puede desarticular una víctima?, ¿qué debe callar, qué debe decir?, ¿cómo se integra narrativamente a la polifonía del discurso social la voz de una víctima?, ¿cómo participa su voz en la esfera pública y el ejercicio político en contexto de democracias hipermediatizadas, debilitadas por la precarización generalizada de las condiciones vitales de todos los existentes?, ¿qué sujetos de reflexión y acción se constituyen en el lenguaje de la victimización?

No son pocas las interpretaciones que sostienen que el sujeto paradigmático del neoliberalismo es la víctima (Rebolledo, 2019; Pitch, 2014).⁷

⁷ Entre otras autoras que han trabajado la relación entre el giro punitivo de la gubernamentalidad neoliberal, los usos políticos para legitimar estrategias represivas y precarización a la vez que estos mecanismos de control deshistorizan, individualizan y privatizan la violencia estructural a partir de figuras como la de “víctima”.

Las retóricas pospolíticas, la propagación del miedo como una pasión colectiva concomitante a los peligros de la vida cotidiana en las ciudades socio-segregadas y las pesadillas de la violencia social expandida solo tienen para ofrecer una respuesta en las ofertas de múltiples mercancías para la seguridad individual aislada de los fundamentos de lo común. En este sentido es que nuestras preguntas se enfocan en considerar las políticas de la víctima en tanto configuraciones afectivas que postulan un tipo particular de subjetividad; o, dicho de otro modo, nos interesa pensar la victimización de la política entendida como la forma en que el neoliberalismo en tanto hegemonía cultural y las fuerzas recientes de las nuevas derechas argentinas tienen en la violencia una forma de procesar el agnosticismo del juego democrático.

Dicho lo cual planteamos algunas preguntas del orden semiótico que emergen de este particular momento del discurso social en el que la victimización forma parte central de la gubernamentalidad neoliberal: ¿qué antagonismos/contradestinatarios construye la estrategia discursiva de quien se posiciona como una víctima?. Si la enunciación política por su carácter polémico es una lectura destructiva de un Otro negativo, ¿qué modos de leer tiene una víctima?, ¿qué pasajes de lo social resalta?, ¿cuáles son ininteligibles para su interpretación?, la victimización como expansión de una tecnología política de subjetivación opera produciendo marcos de inteligibilidad, una política de lectura que no escapa a cierto efecto de paralelo o ilusión óptica.

Para discutir empíricamente cómo se presentan estas disputas en la configuración afectiva y subjetiva de la victimización, seleccionamos una escena de la discursividad política reciente. En diciembre del año 2021, durante el acto de renovación de bancas de la legislatura porteña, Ofelia Fernández tomó la palabra para responder a la violencia de la fuerza La Libertad Avanza que en ese día accedía por primera vez a la representación legislativa en la CABA, como resultado de las elecciones de medio término:

Es el primer día de algunos y quiero que un límite a la violencia quede establecido desde el principio. Yo ayer salí de esta legislatura y un grupo de libertarios me agredió un buen rato mientras yo solamente seguía caminando. Así como hoy asume un diputado que me ha dicho “gorda hija de puta incógnito”

más de diez oportunidades, entre muchas otras cosas. Bienvenidos a la legislatura. Miren, esto no es twitter. Hay reglas, hay sanciones. Yo no pienso ser su víctima. No tengo problemas en ser su enemiga y en demostrar insistentemente que para mí lo que le vienen a proponer a la sociedad está mal. Pero lo voy a hacer hablando exclusivamente de política. Y a diferencia tuya, que no voy a decir tu nombre porque tengo bastante más trascendencia que vos y regalos no hago, lo voy a hacer en tu cara, como lo estoy haciendo ahora. Pido que pidan disculpas y, si es posible, que le digan a sus militantes que venir de a cuatro a la puerta del lugar en el que trabajo no es de plantados ni de fuertes; por el contrario, es bastante de cagones. (Fernández, 2021)

Este breve fragmento de discursividad pública expresa los (des)equilibrios y tensiones que el lugar y la interpellación que el significante víctima puede mover en el imaginario político contemporáneo. Ofelia Fernández propone un desplazamiento, la afirmación de una negativa, la resistencia a la performatividad del lenguaje de odio que se cifra en los insultos recibidos. Recuerda Leonor Arfuch (2012):

La noción de agencia es utilizada por algunas feministas para oponerse a cierta tendencia dentro del feminismo a la victimización de las mujeres como puro objeto de sujeción. Así se puso el acento en la capacidad de acción de las mujeres, sus estrategias de supervivencia, resistencia, negociación, etcétera.

Sacrificar la agencia en el altar de la subjetividad de la víctima tiene un costo político incierto. La disyuntiva aporética de dar una respuesta ético-política a la legitimidad del lugar de enunciación de la víctima merece la delicadeza de un tiempo que la velocidad del poder y sus herramientas de dominación no pueden otorgar en una esfera pública tan volátil como la de una sociedad de intensa mediatización de la experiencia subjetiva de sus integrantes.

En otra oportunidad, Arfuch vincula la victimización de la cultura contemporánea como una condición de enunciabilidad al llamamiento a la justicia por mano propia:

“Los medios se apropián de las “biografías” de las víctimas, las ponen en escena junto con la de los victimarios de una manera muy parcial, acentuando los aspectos traumáticos y conflictivos. Entonces, el estatuto de la víctima se integra al espacio biográfico, en la medida que la violencia

de las sociedades contemporáneas se expande. Esa forma del testimonio que acompañó nuestras postdictaduras ahora es del orden de lo cotidiano y además buscado por los medios” (2016).

Como un pacto con el diablo, la víctima entrega su agencia –tanto su capacidad de hacer, como de decir su historia– por las manos de la violencia sin derecho, la fuerza sin la justicia. La víctima “renuncia” al poder, por un instante de dominación –y violencia sin cálculo–. En nuestras particulares condiciones de hipermediatización de la experiencia y la producción de sentido, la biografía de una víctima es un botín de guerra que familiares, militantes, medios de comunicación se disputan para integrar a una cadena significante. Las retóricas amarillistas que parecen seducir de manera eficiente los ojos de grandes audiencias explotan en las víctimas su historia de daño y dolor, su condición misma de vulnerabilidad. Vale la pena recordar, la advertencia de Judith Butler de que ser vulnerable no es lo mismo que ser una víctima: “No hay que ser resistentes a la vulnerabilidad, sino a los regímenes que vulnerabilizan la vulnerabilidad, pues no podemos seguir pensando que la vulnerabilidad nos hace víctimas, hay que pensar que es nuestra vía a la resistencia” (2015).

En el contexto del ejercicio de la残酷 bélica, Butler identificó que la posición de víctima como estructura afectiva, posición de enunciación y componente de la identidad nacional es una estrategia del imperialismo y su cultura política. Siguiendo este razonamiento, podemos afirmar que dado el carácter innegable y terrible del daño efectivamente sufrido por las víctimas, la izquierda tiene el desafío de tomar la palabra sin desconocer la historia de ese daño pero tampoco evadir la responsabilidad de dar una respuesta que no sea indulgente con la venganza fundamentada por los marcos interpretativos de un cultura política (imperialista) de la victimización.

Al analizar los discursos públicos en torno a las acciones militares y de defensa nacional en el caso estadounidense, Butler llama la atención sobre las entidades del imaginario político que organizan las narrativas imperialistas victimizantes:

Al recurrir a este término –terrorismo–, los Estados Unidos se posicionan exclusivamente como víctima súbita e indiscutible de violencia, incluso cuando no hay duda de que la haya sufrido. Pero una cosa es sufrir violencia

y otra muy distinta es utilizar el hecho para fundamentar un marco en el que el daño padecido autorice una agresión sin límites contra blancos que pueden o no estar relacionados con el origen de nuestro sufrimiento (2006, p. 28).

Los análisis de Arfuch y Butler sobre distintos regímenes de victimización dan cuenta de la pluralidad de narrativas que el lugar de víctima puede ocupar en el espacio público y la vida política. Ante esta constatación, nos interesa argumentar que ninguna ética política puede comenzar con la saturación, clausura o monopolización del lugar de la víctima. En la imposibilidad de una vida social sin violencia se sigue que siempre hay al menos una víctima, pero no es siempre la misma, ni tiene las mismas características. La víctima es un lugar contingente, transplantable, volátil y nunca vacío. La esfera pública debería poder soportar reconocer distintos tipos de violencia e historias de daño para asumir un carácter democrático. Esta apertura histórica de los regímenes de victimización habilita desplazamientos como el que propone Ofelia en su intervención en la legislatura porteña. En ese caso, invertir el signo de la víctima y borrar el nombre del agresor (desobrando su biografía), al que acusa, es uno de los caminos para un tipo particular de reapropiación de la injuria (Butler, 1997) y reintroducir el disenso/conflicto a la política. Como relación social, la victimización está atravesada por una falla constitutiva, un principio de ruina o edificación para una interpelación subjetivante.

Por otra parte, cabe pensar que otros afectos, además del daño y el dolor, componen la configuración afectiva de la victimización. En los primeros años de la presidencia de Trump, la filósofa Natalie Wynn dijo algo así como que un signo del triunfo de la cultura de la victimización se evidenciaba en que sus más fervientes oponentes la abrazaron por completo. La victimización de las nuevas derechas es una parte central de la melancolía reaccionaria y la retro-utopía de una subjetividad política que se identifica con el lugar de víctima total y ansía la venganza y el regreso de un tiempo en el que no era víctima. El discurso de la derecha genera víctimas –cuando interpela de forma hiriente a Ofelia–, pero también se ubica a sí mismo en situación de tal.

Las condiciones de circulación de la palabra política en el contexto cultural del neoliberalismo, como lo venimos describiendo, vuelven difícil encontrar un espacio de enunciación heterogéneo a la figura de la víctima.

Si los géneros (auto)biográficos y la espectacularización de la intimidad pública como mercantilización de la experiencia personal de las redes sociales se han transformado en la forma legítima de lograr inteligibilidad/reconocimiento/verosimilitud/autoridad, es difícil pensar la efectividad política de un discurso que se resista al espacio biográfico y su mercantilización por parte de la dinámica de las redes sociales. Cuando Ofelia advierte “esto no es twitter”, desafía las lógicas de circulación discursiva que presume pretende utilizar su adversario.

Por otra parte, este adversario, al usar dedicadamente la violencia y el insulto por fuera de los mecanismos tradicionales de la intervención pública, revela que no es solo victimario, también es una víctima y como tal pretende hegemonizar el monopolio de la violencia política no-institucional.

El coraje de decir de Ofelia está en renunciar al lugar de víctima y al desenmascarar a sus adversarios, no tanto como victimarios que le han causado un daño, sino como agentes que pretenden la desdemocratización de las instituciones y sus protocolos de expresión pública por medio de ocupar el lugar de la víctima para avasallar la justicia. La política de la victimización de los grupos libertarios no hace más que victimizar la política, la daña en su núcleo central, incapacitando su capacidad de rediscusión de la legitimidad de la violencia y la socialización de la justicia. Una víctima se constituye como exterior constitutivo de la política. Por esta razón es que se vuelve tan significativa la advertencia de Ofelia “lo voy a hacer hablando exclusivamente de política”. La única forma de redemocratizar lo que desde el lugar de víctima los libertarios destruyen es con palabra política. No puede ella ocupar el lugar de víctima como si quisiera combatir fuego con fuego.

Cualquier apuesta de hegemonizar el campo social necesita tomar una decisión ante la aporía que plantea el llamamiento a la victimización. No oír a ninguna víctima imposibilita la justicia, el derecho y la posibilidad de cierta paz. Reconocer la excepcionalidad de la víctima sobre lo social despolitiza el conflicto inherente a lo social.

Una política cultural de las emociones populista podría radicalizar la democracia en nuestras sociedades a partir de encontrar un espacio social hospitalario para aquellos sujetos que se reconocen como dañados. Siguiendo la idea de Butler, se trata de diferenciar vulnerabilidad

de victimidad y encontrar las estrategias de resistencia de acuerdo a cada caso, y no ceder ante los flujos de una violencia sin límite.

Si nuestras sociedades producen violencia y su consecuente daño, la política pasa por disputar la distribución social de ese daño. Las nuevas derechas –como antes el fascismo–, como proyecto de gestión afectiva del daño social, encuentran en la victimización de la política y la producción de subjetividades-víctimas un modo posible de reconocimiento. De distintas formas y en varias ocasiones, Milei repite un enunciado interesante para ver la dinámica de la victimización de las nuevas derechas libertarias. Cuando, por ejemplo, esta figura política dice “el Estado es un ente ladrón que te roba vía los impuestos”,⁸ dirige una invitación a reconocerse en lugar del robado por una institución que se personifica negativamente. La criminalización de la política fiscal en el discurso libertario es uno de los principales ejes en los cuales la figura de víctima se le ofrece a la ciudadanía y al paradestinatario de estas fuerzas políticas. Más recientemente, el economista libertario ha declarado que la educación sexual integral “es un mecanismo por el cual lo que se hace es deformarle la cabeza a la gente”.⁹ Si bien el tema ya no es la política económica, sino educativa, sanitaria y cultural del Estado, este tipo de enunciado coincide con el anterior en individualizar fenómenos sociales a la vez que presenta a los integrantes de la comunidad como víctimas de una imposición. No discutimos aquí la legitimidad del Estado y sus instituciones para establecer relaciones de dominación o conducción; solo notamos una regularidad discursiva particular de una fuerza política que encuentra en la victimización un lugar cómodo para ofrecer a su electorado o imagen de ciudadanía¹⁰.

Quizás el momento presente en nuestra cultura exige a la democracia por venir que desplace su voluntad de articulación de demandas por una distribución social del daño. La cultura de la victimización

ha escindido la “demanda” del “daño”. No basta con articular simbólicamente una situación específica como un daño para responder a una demanda. La biografización del ejercicio político-democrático de la ciudadanía estalla la posibilidad de acceder a disputar la gestión del daño por una mera articulación simbólica.

La cultura de la victimización no opera en lo simbólico, sino en lo imaginario. Se trata de un marco de visualidad y espectacularización de las heridas en un cuerpo. La víctima no hace cadena de significante o no es ahí donde se apoya tanto como en el régimen de identificación. De hecho, la respuesta de las nuevas derechas es lograr una identificación plena con el imaginario de la victimización y su escenario afectivo de melancolía narcisista y lenguaje del odio.

Las discursividades que discutimos aquí dan cuenta de al menos dos movimientos: las políticas de la víctima de las nuevas derechas o las narrativas imperialistas como victimización de la política y, por otro lado, ensayos como el de Ofelia que desbaratan el paradigma víctima/victimario para reintroducir el disenso a los protocolos de expresión democrática.

Antes de pasar al siguiente apartado nos gustaría detenernos en qué dicen los regímenes de victimización de nuestra cultura sobre el lugar del daño en la sociedad y, particularmente, qué consecuencias pueden tener en la acción política estas tensiones. Como resultado de las políticas neoliberales en Argentina, la crisis del 2001 arrasó con gran parte de los presupuestos y automatismos ideológicos de la vida democrática. Sobre esto Beatriz Sarlo escribió: “Nos acostumbramos a que la sociedad argentina sea impiadosa. Ese es un verdadero giro en un imaginario que, hasta hace no tantos años, tenía al ascenso social como una expectativa probable para casi todos” (2001, p. 133). Más de veinte años después la costumbre de la que habla Sarlo se transformó primero en resignación y después en entusiasmo. Hoy la desigualdad, la impiedad, el deseo de provocar un daño son un proyecto político. Estas coordenadas sensibles que la crítica cultural detecta como inauguradas en el 2001 son en nuestra lectura las condiciones de emergencia e irrupción de las nuevas derechas y su maduración reciente en los grupos libertarios, identidades políticas que nacen de la impiedad, una ruptura en un pacto previo a la democracia que es la confianza en el otro.

8 <https://t.ly/1vWMS>

9 <https://t.ly/eieTP>

10 Sin embargo, la categoría de víctima ocupa un rol central en la cultura política de nuestra época. En ciertas gramáticas del feminismo, el populismo, la izquierda tradicional también puede encontrarse la postulación de cierta narrativa de la victimización. Es decir, la figura de la víctima tendría modulaciones y actualizaciones heterogéneas en diferentes contextos. Particularmente en las nuevas derechas este lugar significa una posición elocuente para construir al Estado como agente productor de daño.

Consideraciones finales: bajo la sombra del odio

Usá tu odio para el bien común
Pone tu odio al servicio del bien común

Luy

Empezamos este trabajo llamando la atención sobre el rol preponderante que tiene el sintagma “discurso de odio” en el actual estado de la semiosis social. Como una nube inmensa que cambia de forma en el horizonte, la sombra del odio se cierne sobre la democracia argentina porque las emociones tristes modulan la forma de la enunciación política. Argumentamos aquí que la sintomatología cultural del odio se expresa en formas más sutiles que el insulto racista o la expresión explícita del deseo de exterminio a una alteridad conjetural. El odio es un afecto atravesado por la vergüenza como reverso del orgullo, de la venganza como proyecto político de democratización del miedo en la esfera pública y de la victimización como una relación social que atenta contra la agencia de la subjetividad. Los afectos son precarios, contingentes, asediados por fantasmas de memorias borrosas que actualizan fuerzas culturales dispuestas a activarse políticamente. En este panorama, el lenguaje del odio parecería ser siempre un discurso sobre el dolor o el sufrimiento. Parece imprescindible e imposible una sociedad que no procese simbólicamente la experiencia del dolor. Sin embargo, la responsabilidad frente a la inalterable promesa de muerte y sufrimiento de la condición humana puede llevar a caminos diferentes a los que se dirige el odio. Quizás sea una domesticación necesaria la que tengamos que efectuar sobre este afecto destructivo. Calmar su sed, sosegar la propensión a la crueldad, un viento que disperse la nube del odio puede ser una tarea sobre toda una configuración afectiva que demande un trabajo más denso que una censura sobre términos o enunciados aislados.

Referencias bibliográficas

- AHMED, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM.
- ANGENOT, M. (2010). *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ARFUCH, L., (2012). Narrativas del yo y memorias traumáticas. *Revista Tempo e Argumento*, 4(1), 45-60. <https://www.redalyc.org/articulo oa?id=338130378004>
- ARFUCH, L. (2016). Leonor Arfuch: El infortunio de ser común/ Entrevistada por Carlos Ossa. *Revista Palabra Pública*.
- ARFUCH, L. (2016). “El giro afectivo. Emociones, subjetividad y política”. *Revista DeSignis*, 24.
- BAINTRUB, N. (2022). Que tengan miedo de ser kirchneristas. *Revista Anfibia*.
- EISENBERG, G. (2019). El odio a lo vivo. Observaciones sobre la psicología social del fascismo, ayer y hoy. *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, 10, 314–323. <https://constelaciones-rtc.net/article/view/2948>
- FERNANDEZ, O. [@OFEFERNANDEZ_]. (7 de diciembre de 2021). Hoy asumieron algunos legisladores que solo son vivos atrás de la pantalla, además cayeron sus militantes a agredirme a la puerta. Miren: acá entran sin su teatrito violento. [Tweet]. Twitter. <https://t.ly/wdGd6>
- FISHER, M. (2017). *Los fantasmas de mi vida: Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.
- GÓMEZ PONCE, A. (2022). Emociones culturales. Cultura(s) del miedo, cultura(s) de la vergüenza en Barei, S. y Gomez Ponce, A. Lotman revisitado. *Perspectivas latinoamericanas*.
- HANTZAROULA, P. (2015). Vergüenza, memoria y subjetividad en los testimonios de trabajadoras domésticas: Grecia 1920-1950. En *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* Macón, C. y Solana, M. (Eds). Buenos Aires: UBA.
- KOSOFSKY SEDGWICK, E., (1999). Performatividad queer. The art of the novel de Henry James. *Nómadas* (Col), (10), 198-214. <https://www.redalyc.org/articulo oa?id=105114274017>
- LAMPIZ, M. (2009). Emociones y semiótica de la cultura. *Entretextos. Revista electrónica-semestral de estudios semióticos de la cultura* N 11-12-13.
- LOTMAN, J. (1970). Semiótica de los conceptos de ‘vergüenza’ y ‘miedo’. En Jorge Lozano (comp.), *Semiótica de la cultura* (pp. 205-208). Madrid: Cátedra.
- LOTMAN, J. (2006). “La caza de brujas: semiótica del miedo”. En Desiderio Navarro (comp.), *El pensamiento cultural ruso en criterios*. Vol. I (pp. 14-34). La Habana: CentroTeórico-Cultural Criterios.

PELLER, M. (2022). Hijas desobedientes Un uso justo de la vergüenza en la generación pos-perpetradores en la Argentina. En *Política, afectos e identidades en América Latina*, Anapios, L. y Hammerschmidt, C. (Coords.). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

PITCH, T. (2014). La violencia contra las mujeres y sus usos políticos. En *Anales de la cátedra Francisco Suárez* (Vol. 48, pp. 19-29).

REBOLLEDO, L. N. (2019). El giro punitivo, neoliberalismo, feminismos y violencia de género. *Política y cultura*, (51), 55-81.

REGUILLO, R., (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, 18(36), 63-74 https://www.redalyc.org/articulo_oa?id=74716004006.

MACÓN, C. (2020). Prólogo. Lauren Berlant: El sonido, la furia (y los afectos). En *Optimismo cruel*, Berlant, L. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.

MAURICIO MACRI [@MAURICIOMACRI]. (7 de octubre de 2022). Pido perdón a nuestros queridos hermanos venezolanos por la abstención de la Argentina a la condena de crímenes de lesa. Twitter <https://twitter.com/mauriciomacri/status/1578399929193701376>

MORRESI, S. D. (2008). *La nueva derecha argentina y la democracia sin política*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional - UNGS.

MORRESI, S. D., SAFERSTEIN, E., & VICENTE, M.. (2022). Ganar la calle. Repertorios, memorias y convergencias de las manifestaciones derechistas argentinas. *Clepsidra - Revista Interdisciplinaria De Estudios Sobre Memoria*, 8(15), 134–151. <https://revistas.ides.org.ar/clepsidra/article/view/252>.

SARLO, B. (2001). *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo xxi Editores Argentina.

SPINOZA, BARUCH (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Trotta

VERÓN, E., (1987), “La palabra adversativa”, en AA.VV., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette.

Derechas, discursos políticos y medios de comunicación en la Argentina actual completó su proceso de edición en el mes de agosto de dos mil veinticuatro.

Fue diagramado con tipografías de la familia Piazzolla y Alegreya Sans, diseñadas por la fundidora tipográfica colaborativa argentina

HUERTA TIPOGRÁFICA 